

LUIS FERNANDO GUACHALLA

EL IMPERIO DE LOS CUATRO SUYOS

Breve exposición político-social
del incario

Portada e Ilustraciones del libro de
Felipe Guamán Poma de Ayala

© Rolando Diez de Medina, 2006
La Paz - Bolivia

LOS INCAS

Por ALBERTO CRESPO RODAS.

Cuando se dice que cada generación elabora su propia versión de la historia, de acuerdo a la mentalidad y las exigencias intelectuales de cada época, eso quiere decir al mismo tiempo que las fuentes documentales ya utilizadas con anterioridad son sometidas a nuevas lecturas, consultas y exámenes, para descubrir en ellas la información que a los investigadores precedentes paso simplemente inadvertida o no ofrecía interés ese momento. Un buen ejemplo de tal hecho está en la historia de los Incas, la cual ha sido estudiada en períodos sucesivos desde ángulos distintos, según los diferentes aspectos que a cada generación llamaban más la atención. En este caso de los Incas, el material documental básico estaba formado por los escritos de los cronistas que, además de relatar las hazañas militares de los conquistadores españoles, se interesaban en conocer y revelar el alcance y nivel de las culturas anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo.

Hace unos años, dos décadas, un historiador peruano Raúl Porras Barrenechea, que conocía como pocos esa literatura, localizó cerca de cien crónicas, aunque, como se sabe, no todas se refieren a tiempos anteriores a la invasión europea. Desde el recuento hecho por Porras, se han venido descubriendo otros testimonios similares, entre ellos un informe del pacificador La Gasca que identificó Joseph Barnadas en Viena no hace muchos años.

En un primer momento (Prescott, Markharn), los historiadores se sintieron atraídos por extraer de las crónicas los datos que sirvieran para conocer la organización general del imperio, las dinastías de los gobernantes, sus guerras de conquista, sus luchas postreras por el poder. Entre paréntesis, el problema de las dinastías se ha venido complicando cada vez más hasta llegar en la actualidad a una absoluta desorientación.

Cien años más tarde, enriquecido por el uso complementario de otras fuentes procedentes de archivos, el interés se centró en los aspectos económicos, los métodos de cultivos, los sistemas de trabajo de la tierra, la distribución de los bienes (Baudin, Murra), o su verdadera actitud frente al proceso de la conquista española (Espinosa Soriano).

Como resultado de una nueva lectura de las obras de los cronistas, Luis Fernando Guachalla en el trabajo que ahora publica ha colocado su curiosidad en la situación y el problema de lo que modernamente se llama MANO DE OBRA dentro de la organización social que los Incas llegaron a construir, con atingencia particular en los sistemas de los MITIMAES y YANACONAS, o sean dos temas que están en la primera línea de las preocupaciones actuales. Desvalorizados los enfoques de carácter político o militar en la historia, el factor social ha venido a ocupar el lugar de aquéllos, porque se cree con razón que por esa vía se podrá llegar a una más útil y real comprensión de las condiciones dentro de las cuales se desarrollaba la sociedad incaica.

A lo largo de su trabajo, Luis Fernando Guachalla da un tratamiento equilibrado a los asuntos que toca, sin usar la expresión laudatoria ni el criterio adverso, que durante mucho tiempo fueron las únicas medidas utilizadas cada vez que se quería examinar la verdadera situación incaica. Tampoco ha querido el autor enjuiciar esa realidad pasada, ni juzgarla, sino exponerla de manera objetiva. Son éstas, por lo demás, cualidades ya exhibidas en los libros de carácter testimonial MISION EN EL PARAGUAY y JAYUCUBAS, escritos sin abandonar en ningún momento una serenidad a prueba de pasiones y una modestia intelectual totalmente opuesta al intento de querer apropiarse de verdades. Ante todo, el libro de Luis Fernando Guachalla es la reflexión de un intelectual sobre un momento esencial de nuestro pasado.

En Bolivia no son numerosos los trabajos sobre el imperio incaico, a pesar de que estas tierras y sus antiguos pobladores fueron parte componente de él. La mayor parte de las versiones e interpretaciones venían del extranjero, del Perú u otros países, y tal vez el libro de Guachalla, breve aunque denso de ideas, sea el comienzo de un interés hacia ese capítulo de la historia de Bolivia.



Un puric o hatunruna, trabajador -de-físico-capaz perteneciente a la tribu quechua, vestido con su indumentaria de los días de fiesta. Dibujo basado en otro de Felipe Guamán Poma de Ayala (cerca de 1565)

I

Los orígenes del hombre en América se pierden en las tinieblas del conocimiento incierto. La ciencia ha rechazado la autoctonía de ese hombre en el Continente, descartando la tesis de Villamil de Rada y de Ameghino. También ha rechazado la de la generación simultánea en varias regiones de la tierra. El Nuevo Mundo, fue, pues, un enorme espacio vacío de vida humana durante millones de años. Los hallazgos de la arqueología de hace un siglo y algo más han aportado la prueba de migraciones prehistóricas sobre las cuales va formándose un consenso universal.

Los etnólogos y arqueólogos han señalado que la lonja terrestre que unía la punta extrema de Alaska con la de Siberia, fue el eslabón entre la gran Mongolia, venero de pueblos en movimiento hacia el Occidente y el Oriente, y la frígida soledad del Yukon, por el cual pasaron

hacia América miles y miles de migrantes, en olas sucesivas, y de ahí se expandieron, cada vez más lejos, por los tres sub-continentes, tomando la vía de las cordilleras o de los llanos orientales. Una falla geológica hundió la ruta de conexión entre América y Asia y se formó un estrecho, el de Behring, descubierto recién en el siglo XVII.

Esta conclusión que parece englobar a toda la humanidad prehistórica de América resulta algo disminuida por nuevos descubrimientos que vienen a restar la influencia mongólica. De los centros de melanesia, llevados por corrientes oceánicas, tocaron playas meridionales elementos de otras razas e instalaron sus cuarteles en la costa, mezclándose con los caminantes que bajaban del norte.

El autor de un "Ensayo de Prehistoria Americana" (1920), Belisario Díaz Romero, en un artículo publicado en 1925, sostiene que los primeros americanos "es muy probable que fueron negros africanos arribados a la costa del Brasil" "en los tiempos cuaternarios en que el actual territorio brasileño se hallaba unido al Africa"... "por amplia lengua de tierra o istmo que podría denominarse BRASILIA paso natural entre los continentes". Y agrega el notable escritor que "el negro precedió en la evolución humana a las razas amarilla y blanca", indicando que esa invasión vino de la "Senegambía" y formó la raza brasilio-guaraní de la que se desprendieron, afirma el citado autor, las sub-razas batacuda, churúa, pulche, araucana, calchaquí, fueguina y otras tribus de la Amazonía y del Chaco.

A estos canales de migración se suman algunos, ya menores, que hablan de la misteriosa Atlántida y del Yucatán prehistórico de los mayas que, avanzando por bosques y pantanos alcanzaron esa Amazonía y escalaron los Andes.

El hombre de esas edades pretéritas, cazador o pescador, recolector de frutos, nómada durante milenios, de rasgos melenacio-mongoloide y de ciertas comarcas euroafricanas, constituiría la prueba de que el origen del hombre estuvo en Asia, una vez que Europa, asegura la ciencia, fue poblada por migraciones de hordas de ese vasto universo. Sin embargo, en cuanto a antigüedad, los últimos descubrimientos del arqueólogo británico Ricardo Erskine Leakey, continuador de los trabajos de sus padres acerca del HOMO HABILIS en Kenia, demostrarían que el hombre vivió más de dos millones de años. Este descubrimiento dejaría atrás al hombre de Pekín, Java, Cro-Magnon, Neanthertal y de las cavernas de Altamir y del Homo-Pampaeus y otros cuyos restos fósiles dan edades más cercanas. África sería entonces la cuna del ser humano.

Sea lo que fuere, en los Andes meridionales tribus nómadas vagaron por siglos y siglos dejando huellas de sus primeros campamentos, descubiertos en fechas no lejanas, por numerosos hallazgos líticos, particularmente puntas de flechas de distintos cortes y a veces fósiles humanos y de animales extinguidos. Y corridos lapsos incontables, algún día, como en toda evolución humana, en las altiplanicies nació la célula-tierra porque el nómada ya semi-sedentario aprendió a cultivar los suelos, dando consistencia a la familia individualizada, a lo largo de sus peregrinaciones.

Diversas culturas locales marcaron su presencia en los Andes Centrales, sin conexión entre ellas. Debieron pasar centurias antes de que empezara la cohesión de esos núcleos y se organizaran en la costa sureña y en la meseta serrana, agrupaciones que llegaron a depender de mandos donde primaba la influencia del culto a los muertos.

Ya el esforzado arqueólogo Carlos Ponce Sanjinés dice que "el año 1.200 antes de Cristo constituye fecha clásica para la comprensión del pasado histórico de la meseta andina de Bolivia. Se trata —expresa más lejos— del comienzo del horizonte formativo, denominado así por la aparición de las primeras comunidades sedentarias en el Altiplano". El distinguido investigador termina declarando que "no existía diferenciación social, por lo menos en forma clara en un principio".

En estas mis breves notas corresponde dar relieve a la gran meseta boliviana porque de ahí partieron, en época indeterminada históricamente, los AYLLUS kollas —los diez AYLLUS de la leyenda— hacia el noroeste por motivos que aún no se ha precisado, y fundaron el Cuzco, el centro de su acción futura, en un villorio mal acomodado. La cita del esclarecido indianista Ponce Sanjinés sugiere que estas formaciones humanas, con cerámica sin pintura y chozas redondas, tuvieron como base el AYLLU consanguíneo, cerradamente cimentado a través del culto de los antepasados, creado por Wiracocha, entre los aymaras según antiguos mitos.

Desde el fondo de nuestro lejano pasado y hasta donde llega el conocimiento del historiador, del paleontólogo y del arqueólogo, surge la imagen de Tiahuanacu, urbe y santuario, que dejó huellas imperecederas en la piedra milenaria. De ese conjunto monolítico no es mucho lo que la sabiduría ha descubierto. Los arqueólogos Ponce y Portugal son los que buena obra han realizado en este campo.

Esas piedras venerables de la llanura tiahuanacota, magnificadas por la Puerta del Sol, tal vez así llamada por la ubicación de su espacio abierto o por la belleza de su friso de figuras aladas que parecen rendir pleitesía al "dios lloroso" que las preside, figuras que el ingenio del investigador le concede variadas interpretaciones hasta suponerlas la expresión del calendario maya o egipcio, y que confunden a sabios y comentaristas sin que aparezca la explicación concluyente.

Todo mueve a señalar, sin embargo, que sobrevive en la llanura altiplánica el INDIO de ese lejano pasado, denominación colectiva salida de la heroica hazaña del Descubridor que buscaba otra meta, sin que en su íntima estructura haya sufrido cambios pero sí en la conciencia vital de su existencia de hombre libre. El Descubridor genovés tomó otro rumbo, el del cruce del Atlántico, porque las fuerzas del Islam interrumpieron la ruta hacia las riquezas del Oriente por tierras ya conocidas, obligando a los navegantes a emprender sus viajes por otros derroteros.

El indio plantó su estandarte de señor y dueño del yermo que humedecía la gran hoya hidrográfica del Titicaca. Y ese hombre, duro y estoico, vió la decadencia del Imperio de Tiahuanaco y, después, fue el pilar del reino kolla, confederación de pueblos que seguían a sus MALLCUS.

También de ese pasado legendario, sembrado de mitos, se proyecta en el tiempo sin límites, la constitución familiar del AYLLU en el cual finca su autoridad el CURACA, jefe nato de su unidad social. De esos AYLLUS, los más poderosos o los más capaces, dejaron sus lares del gran Lago y fueron a establecer sus reales en campos serranos y acogedores de donde, al correr de pocos siglos, nacería un Imperio en el Pacífico Sur con asentamientos en los valles cordilleranos, en los llanos y con penetraciones en las cálidas regiones del Oriente. Ese fue el Imperio de los Incas o Ingas, conglomerado de naciones ligadas por la Corona pero de consistencia vulnerable por su enorme extensión y su tardía presencia en el cuadro histórico de su época.

El AYLLU del Ande se apropia del valle de Guatanay y perdura en el Imperio y más allá del Imperio. Su constitución endógena persiste y la rigidez de sus hábitos no desaparece en los AYLLUS "aristocráticos" e imperiales, instalados en la ciudad capital. El AYLLU no muere con el Imperio, sobrevive como parcialidad en la Colonia y comunidad en la República. Más le fue necesario al crecer, ensanchar su base consanguínea con "agregados", individuos atraídos por los requerimientos de la producción agrícola, sin que ello importara modificaciones en la textura misma de la célula-tierra, fuente de un derecho de convivencia familiar.

Estos requerimientos de economía agraria llevaron al AYLLU disperso a procurar contactos que le diesen mayor rendimiento organizado para sus labores campestres, sin perder su personalidad familiar. La aldea y después la MARCA, conjunto de AYLLUS de un pequeño burgo, aportaron muy rudimentariamente un principio de "revolución urbana" que, a la larga, suscitaría un despertar clasista en esos centros poblados —distinto a la de la casta gobernante—, por la división del trabajo y la apropiación, aunque reducida, de bienes.

No era el Inca o el Amauta ni el Orejón y menos el ejército el poder en el Imperio; estaba oculto en el AYLLU secular que, a estar a versiones de incólogos, quiso Pachacutec disminuir su ascendiente ancestral. La religión de los antepasados, propia de cada hogar, engendraba en éste una fuerte tendencia contraria a la cohesión del conjunto. La MARCA reflejaba, pero en otro sentido, un primer peldaño hacia el enlace terrícola. Hubo de ser, en consecuencia, en el sentimiento religioso del pueblo que los fundadores de la dinastía buscaron el medio que posibilitaría aproximar a los AYLLUS diseminados, y lo encontraron en el culto al Sol y en la calidad de Hijo del Sol que se adjudicaba el líder. Este culto importaba un mensaje político destinado a alcanzar la unificación del naciente reino.

El mandatario se inspiraba en la realidad de su medio y no en utopías; en el incario esta realidad fluía de los AYLLUS capitalinos, inteligencia política en el Cuzco un poco como lo fuera la

GENS romana. Esta razón política y el fuerte ingrediente religioso que la sostenía, traducían la base normativa de esta célula-social. Los Incas no eran positivamente innovadores, no iban tras cambios fundamentales. La dinámica común podía sacudir la apatía del conglomerado con el fin de conseguir cierta liberación y un orden más justo, pero tal no se observaba precisamente en el AYLLU, perenne en su formación y métodos de labor.

La estática que dominaba al AYLLU fue la resultante del aislamiento en que permaneció; de ahí que el espíritu de imitación que nace de los contactos humanos, incalculable elemento de cultura y progreso —en la justa medida de las cosas, como diría Montaigne— no existió en aquella comunidad agrícola; sirvió, sin embargo, de soporte del Imperio e hizo de dura lanza de sus conquistas, pero le restó energías para cultivar aproximaciones benéficas fuera de su ámbito, destino adverso de los grupos solitarios.

Desde la horda alzada cabeza el jefe-sacerdote o la sacerdotiza de un posible matriarcado, obediente a ciertas regulaciones primitivas hechas de costumbres y supersticiones, las cuales, casi por entero, velaban por la existencia física del individuo. Los siglos han conservado, con ampliaciones moderadas que, tal vez hubieran ido más lejos, ese organismo primitivo andino, fuente de un derecho embrionario al cual vendrían a sumarse acrecentamientos paulatinos.

El AYLLU es una supervivencia de ese estado de cosas, tipo de célula religiosa que se encuentra en otras latitudes con explicables variantes. La similitud entre estos grupos humanos parece tener una explicación que algunos historiadores y psicólogos llaman "el paralelismo de la inventiva humana" a la cual debe agregarse cierta semejanza en las condiciones externas que rodean al conjunto. En el AYLLU, como en todo organismo primario, germinan manifestaciones de derecho, apoyadas en una tradición que va de padres a hijos, de base inmutable sin que necesariamente exista aún el Estado formalista. El AYLLU antes que la persona interviene en la creación del poder y, en el hecho, es el poder mismo que se ejercita calladamente sobre los que toman el mando. Este poder en manos del AYLLU irreductible grava a aquél con una inercia interior en ese campo tan delicado de las improvisaciones y de las mudanzas.

Por su constitución, el AYLLU actuaba a modo de freno de los impulsos que, sin duda, debieron existir con el fin de alcanzar mejores niveles de vida para el común. El AYLLU venía de lejos, y el transcurso del tiempo no alentó procesos evolutivos que permitiesen a esta agrupación familiar avances notables en el camino del progreso. Era de su esencia, desde luego, no romper el ritmo de una colectividad eminentemente conservadora, porque así lo demandaba el medio telúrico en el cual se desenvolvía.

Plasmada así su naturaleza, ni el paso de los años ni el hombre por fuerte que fuera, bastaban para darle bríos o ánimo y modificar seriamente su íntima substancia. Empero, no es lícito desconocer que la civilización incaica, más serrana que costera, y enfrentada a problemas nutritivos en gran escala y permanentes, veía en el AYLLU un instrumento de trabajo invaluable para la producción agrícola aun a trueque de mantener esa célula-tierra en un estado impedido de tomar nuevos rumbos. El gobierno del Cuzco antes que todo y sobre todo cuidaba de la subsistencia de su pueblo.

Sobra decir que durante las rebeliones en el Kollao, sangrientamente reprimidas, no se vió intento alguno de trastocar la situación del AYLLU. Cabe expresar, por último, que esta institución representó, en cierta manera, un Estado dentro del Estado por su vivencia antes de la monarquía cuzqueña, durante esa monarquía y después que ésta desapareció.



II

Escribir acerca de la confederación cuzqueña que culminó en un Imperio por sus conquistas, es tarea que conduce fácilmente al error al afirmar cosas inciertas y, por tanto, discutibles. Con el fin de posibilitar algunas de las conclusiones de la política social de ese Imperio, ha de buscarse necesariamente el dato primario en los escritos de los cronistas que estuvieron a merced de la tradición oral, fuente originaria de toda información. Esto y la abundancia posterior de estudios con raíz científica y otros con buena dosis de imaginación, arrojan algún desconcierto para la síntesis, pues marcadas son las contradicciones y amplio el campo de la libre interpretación y aun de la fantasía.

Así Inca Garcilaso de la Vega, el apologista, defensor del linaje materno, cuenta grandezas del Imperio de sus mayores en sus célebres "Comentarios Reales", que vieron la luz en la Península (Lisboa) en 1609. Nacido de Isabel Chímpu Ocllo, sobrina de Huayna Capac e hija del AUQUI Huallpa Tupac, y del brioso Capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, "el leal de las tres horas" como rezaba su apodo por su defección a las filas de La Gasca, vino al mundo el 12 de abril de 1539, en el Cuzco, y se le apellidó también Gómez Suárez de Figueroa, "en recuerdo de su ilustre antecesor", anota Luis Alberto Sánchez en su excelente biografía del genial mestizo.

Quería Inca Garcilaso —al decir de Hiram Bingham en "Lost City of the Incas" (1970), —que el Viejo Mundo admirara la obra de sus antepasados peruanos; de ahí que muchas de las páginas de los Comentarios "tienen una decisiva atmósfera europea"

José de la Riva Agüero en una docta disertación en San Marcos (1916), dijo de Garcilaso que era "hombre de la Edad Media", y que él "no influyó en el Renacimiento de manera apreciable", retractándose, en gesto caballeresco y en el mismo discurso, el haber empequeñecido la estatura del autor de "La Florida del Inca". De la Riva expresó después, de aquél: "era íntima y profundamente clásico, era hombre moderno, de su época y de su radiante siglo". En 1560 Garcilaso deja su tierra natal y queda en España hasta su muerte (1616).

Y así Pedro Sarmiento de Gamboa, el antagonista, al servicio del Virrey Toledo. Hombre de extrañas aventuras, descubridor de Islas en el Pacífico Sur y prisionero de piratas, en su Historia de los Incas (1572) es severo con el indio, pues le parecen rebatibles sus obras y sus méritos. Sarmiento es parcial; es servidor del recordado virrey y conocido por su afán de enaltecer la obra del gobernante —que ostenta indudables méritos— para lo cual juzga de buena ley disminuir al incario.

Y así también el tercer modelo de narrador de los reinos del Cuzco, el imaginativo Fernando Montesinos. En "Antiguos Historiales del Perú" (1644), este jesuita acusioso y singular al cual Riva Agüero titula "padre de todas las quimeras", sostiene que los Incas conocían la escritura y da una nómina de ciento tres monarcas que, sin duda, representan a régulos del pasado tiahuanacota-kolla, anterior a la organización incaica.

Entre los "cronistas de convento" toma lugar fray Antonio de la Calancha, escritor chuquisaqueño de buenos quilates, el cual en ocasiones introduce juicios de las Escrituras en sus anales compendiados en la "Crónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú" (1638). Particularmente cundió entre estos cronistas la versión bíblica del diluvio y el salvamento de una familia o de una pareja que repoblaría el mundo.

Otro buen cronista, el Padre Blas Valera, jesuita del convento de Juli, cuya obra desapareció, coincide con Montesinos en la extensa lista de soberanos según refiere Inca Garcilaso, a quien los jesuitas prestaron los papeles de Valera ya trancos. Esta misma versión es acogida por Sir Clements Markham en su estudio "The Incas of Perú" (1967).

Luis Valcárcel, distinguido historiador limeño, asegura en "Historia del Antiguo Perú" (1964) que un vocabulario atribuido al Padre Valera, se encontraba guardado "como tesoro escondido en la biblioteca jesuita de Chuquiabo (La Paz) Bolivia, y que el autor tuvo en la mano y leyó esa obra, encontrando varios nombres de Incas que no figuran en la relación que se acaba de exponer". Valcárcel se refiere a la nómina clásica de los doce Incas inserta en todos los textos.

Los cronistas se inclinan, unos a confirmar lo dicho en la "Información" reunida por el Gobernador Cristóbal Vaca de Castro y, otros a contradecir estos relatos.

Vaca de Castro gobernó pocos años desde 1541, realizando una encuesta entre antiguos funcionarios del Cuzco sobre cosas del Imperio. La "información" reunida no contiene datos de mayor importancia y parece, más bien, una relación imaginada sin posible comprobación. Empero, lo que resulta de especial significación es lo que anota Ibarra Grasso acerca de la misión confiada a Vaca de Castro. Este gobernador, dice Ibarra, "llevó encargo y mandato del Emperador y Consejo de Indias, de averiguar la procedencia de sus antiguos soberanos (los Incas) y de sus derechos a la soberanía, a fin de ver si con efecto eran como de extranjeros e intrusos en las comarcas que señorean." Esta preocupación de España sobre el título legítimo del Inca, la toma para sí Polo de Ondegardo, jurista y Corregidor, como se verá más adelante, pues le llevó a dar sentencia en favor de Carlos V, inspirado, sin duda, en lo que sostuvieron otros gobernadores en el siglo XVI. Los hechos consumados hicieron inútil la mistificación con cual la Conquista aparecía ansiosa de cubrir y justificar la invasión de dominios ajenos.

Confirma esta confusión del antecedente histórico y desenvolvimiento del Imperio el escritor chuquisaqueño Alberto Zelada, espíritu selecto fallecido prematuramente, al expresar en "El Kollasuyo" (1933), que "las fuentes de historia indígenas están en las relaciones de la leyenda, torpemente adulterada muchas veces por los cronistas, especialmente interpretadas y no siempre originales ni veraces. Además —prosigue— las inducciones que podrían obtenerse de la consideración de los restos arqueológicos, es tan deficiente, significando casi todos ellos, sin exageración, misterios sin desentrañar".

La carencia de alguna forma de escritura entre los pueblos andinos fue un obstáculo mayor, una valla al conocimiento de su historia. Faltó el documento que hace fe y/o proporciona la información de hombres y acontecimientos del pasado, con precisiones a veces discutibles pero básicas para juzgar. De ahí que sea de veras lamentable esta falta la cual, en parte, recae sobre los amautas del reino. El pensamiento, la filosofía, la sabiduría rectoras del incario no han sido legados a la posteridad; en su reemplazo, como ya se dijo, sólo queda la tradición oral, expuesta a olvidos y distorsiones.

Si se quiere, sin embargo, adelantar algo en este terreno, corresponde decir que la ideografía, con deficiencias por cierto, vino a sustituir a la escritura misma y, a este respecto, se encuentran los dibujos de personas, representadas en cerámicas antiguas, y cabe citar los del cronista Huaman Poma en los cuales aparecen escenas del diario vivir y costumbres de los antepasados. La arqueología, por su lado, exhibe su "documentación" mediante sus hallazgos entre ruinas y tumbas. Pero con todo esto no se hace historia porque se encuentra ausente el elemento fehaciente, comprobable y, generalmente, comparable. De ahí que sea permitido expresar que la historia de los Incas será escrita siempre en forma trunca o sujeta a dudas difíciles de salvar limpiamente.

Entre los cronistas más íntegros de las primeras décadas de la gesta castellana, a pesar de sus explicables errores, hay dos que a mi entender merecen ser considerados: Pedro Cieza de León y Felipe Huamán Poma de Ayala.

Extremeño el primero, llega a las costas de la Nueva Granada adolescente y se mantiene fiel a su propia consigna que él pone así: "Escribir y sin reproche, servir a mi bandera y a mi capitán". Observador agudo y espíritu comprensivo, sus "Crónicas del Perú" de los años 1550 a 1560, son hoy elogiadas por la seriedad y moderación del juicio. Pero hay más: la generosa naturaleza de Cieza le hace mirar al incario y a sus gentes con simpatía humana. Es uno de los que condena la victimación de Atahualpa y critica el desenfado del encomendero en la conquista. Este valeroso soldado y ameno escritor, de recta contextura moral, hace honor a la España del Siglo de Oro, de la cual debe tenerse por precursor. Llegó al Perú en 1547. El historiador americano Víctor von Hagen en "En el Imperio de los Incas" (1973), dice del cronista: "hizo el viaje recorriendo en toda su extensión el camino construido por los Incas, desde Colombia. Con este hombre —subraya— nos hallamos finalmente en terreno sólido". Y después elogia al escritor al manifestar que "su sentido común es notabilísimo", juicio enaltecedor porque viene de un investigador que sabe apreciar la claridad y lógica de una narración y su expresión realista.

El segundo, Felipe Huamán Poma de Ayala, lleva por segundo apellido el del soldado peninsular que su padre salvara después de la batalla de Huarina, según apunta el peruano Markham. Es nieto, por su madre, del Inca Tupac Yupanqui y desciende de los poderosos señores de Huánuco. Sus escritos que forman "La Primera Nueva Crónica y Buen Gobierno" de fines del siglo XVI, constituyen una valerosa defensa de sus compatriotas. El mismo, con ironía, declara acerca de sus crónicas: "Algunos llorarán, otros reirán, otros maldecirán, otros se encomendarán a Dios, otros de rabia, querrán destruir el libro; unos pocos querrán tenerlo en sus manos". Pero lo que vale en el hombre es su integridad por encima de los yerros que comentaristas anotan en sus opiniones. En esos tiempos de cerrada intolerancia, no se arredra y lleva sus papeles acusadores a Lima y los dedica a Felipe II. Además, es un eximio artista que proporciona una descripción gráfica notable, aparecida en su obra, de la vida de los trabajadores y de los señores del incario. En este arte, según los entendidos, supera al Padre Murúa.

Huamán Poma en su crónica, refiere el profesor Luis Valcárcel, hizo la división de la historia universal en cuatro "edades". Es de algún interés reproducir lo que Poma de Ayala entendía de esa historia mítica. (El texto es de Valcárcel).

"La primera es bautizada como la de los Wari Wiracocha Runa o sea la de los "hombres creados por el fundador y Señor Supremo del Universo". Son gentes muy primitivas que viven en refugios naturales, no conocían el vestido, carecían de culto aunque creían en un Dios omnipotente; eran monógamos, enterraban a sus muertos y habían limpiado la tierra de fieras y alimañas.

"La segunda etapa fue la de los Wari Runa o sea la de los "hombres fundadores", que aprendieron a cultivar la tierra, a construir terrazas agrícolas, a trazar canales de regadío, edificar viviendas, fabricar sus vestidos, adorar como divinidad al rayo en quién la reconocían. No había guerra entre ellos, pues eran pacíficos agricultores.

"La tercera etapa era la de los Purun Runa, "hombres de la montaña" que se multiplicaron "como la arena del mar". Eran diestros tejedores arquitectos que usaban la piedra, dividían sus tierras, fundaron pueblos, domesticaron los auquénidos, explotaron las minas de oro, plata, cobre, plomo y estaño, aprendieron a ser buenos orfebres, así como alfareros; había organización política con jerarquía de jefes. Había conflictos y guerras, organizaron ejércitos, adoraron a Pachacama. Multiplicáronse las lenguas. Se dejó sentir la enfermedad por las epidemias.

"La cuarta edad corresponde a los Auca Runa. Los "hombres guerreros". Es el tiempo en que se multiplican las luchas por las tierras y los pastos. Se levantan fortalezas en los lugares altos y las viviendas eran como escondrijos ante el temor de los ataques, abrieron muchos pozos de agua. Se dedicaron a la caza. La tierra se había dividido en cuatro partes, cada una con su rey y todas con un solo emperador. Edificaron sepulcros en bóvedas y los muertos eran sepultados con ajuar funerario. Los Señores eran llevados en andas y eran polígamos. Conocían los movimientos del sol y de la luna. Llamaban a la divinidad Runa Camac (Animador del Hombre). Había sabios a quienes se denominaba Camusca Amauta".

Acota Valcárcel a continuación: "Lo que no se puede descubrir es el origen de esta tradición con ningún otro historiador, aparte de Huamán Poma y Salinas consignan".

Fray Buenaventura Salinas, en su "Memorial de las Historias del Nuevo Mundo" (1630) se refiere igualmente a las "cuatro edades" que caracterizaron a la prehistoria del incario. Ambas relaciones hacen pensar en influencias de origen castellano, o sea en la enseñanza universal sobre la historia del hombre. Con todo, es singular el desarrollo que Huamán Poma y Salinas suponen al período anterior a los Incas —que Fray Buenaventura supone de 1300 años— y a la edad cuarta, de guerras incesantes que hacen pensar en tiempos de behetrías.

III

A pesar de las dudas expuestas por varios historiadores o de la simple negación, se impone cada vez más la verdad de que existió un nexo entre Tiahuanaco y el Cuzco. Además de las verificaciones arqueológicas y antropológicas, está el hecho incontrovertible de que únicamente dos civilizaciones superiores y rectoras, con atributos de imperio, florecieron en el Continente Sur antes de la Conquista hispánica: la tiahuanacota y la cuzqueña. La segunda debió

ser entonces un renacer de la primera a través del reino kolla o confederación de naciones del Kollao, transcurrido un lapso cuya medida es incierta.

Comulgando con esta realidad del enlace de la metrópoli altiplánica con la del valle de Guatanay, Felipe Cossío del Pomar en "El Mundo de los Incas" (1969), invocando la lingüística y la antropología, afirma que de "Tiahuanaco salieron las culturas del Cuzco" y las de la costa se vieron acrecentadas. Para este autor peruano, la ciudad andina representaba "una civilización eminentemente dinámica", probada por las ruinas de sorprendentes restos megalíticos. Del Pomar, al igual que Posnansky, fija la antigüedad de Tiahuanaco en ¡doce mil años!.

El conocido historiador de Filadelfia, Juan Alden Mason, ("The Ancient Civilizations of Perú"-1964), ha establecido, acaso con más claridad que otros autores, la cronología de las culturas del antiguo Perú, "punto vital" que permite fundamentar el desenvolvimiento histórico de estos pueblos. Como él anota, el período inicial de esas culturas son semejantes todas ellas por el primitivo nomadismo que las caracteriza.

Mason calcula, al referirse al incario en ciería que su primera "era incipiente" data de 9000 a 4000 años A.C. consistente en un nomadismo con escasas señales de ocupación agrícola, pero advierte que tal rasgo es teórico en parte. Esto deja un lapso de miles de años fuera de toda referencia cultural, ya que el hombre aparece en América —según datos controvertidos— con una antigüedad de 35 a 40 mil años.

Después indica Mason el surgimiento de la "era del desarrollo" períodos "formativo y experimental", el cual abarcaría de 1250 a 200 años A.C..Se lograrían aquí avances notables por contar esos pueblos con la seguridad de la alimentación, particularmente de productos del mar. Chavín representaría una etapa decisiva en este desarrollo experimental. Las migraciones del norte y de la Polinesia llegan a la costa meridional posiblemente antes que a la zona netamente andina.

La "era floreciente" de Mason marca una nueva evolución que va del año 400 al 600 D.C. con positivos progresos en la cerámica y en instituciones sociales, aunque menor en métodos económicos y técnicos. Sin embargo, el historiador reconoce que el adelanto sorprende en el campo de la ingeniería agrícola. El conglomerado humano que constituyó el incario ha sentado ya sus bases inmutables en algunos aspectos.

Desde el año 600 al 1532 D.C. denominada por el investigador americano la "era climática" con sus períodos "expansionista" del 600 al 1000 años D. C., donde sitúa a Tiahuanaco, centro religioso posterior al de Chavín; y el "urbanista" de 1000 a 1400 años D.C. con un "fuerte desarrollo de organización política y social", impulsado desde los centros urbanos. El Estado incaico alcanza plenitud y, como consecuencia, cual señala Alden Mason, ingresa al período "imperialista".

Este brillante período que toma los años 1440 al 1532 y concluye con el arribo de Pizarro y su hueste, hace decir a Mason que tuvo origen en un "pequeño grupo militarista que llegó al poder tardíamente, conquistó a los grupos aledaños y estableció uno de los más extraordinarios imperios en el mundo".

De un modo que llamaríamos lejano este cuadro de las culturas que dieron forma al incario, trae a la mente el trazado por Huaman Poma de Ayala sobre las "edades" de la humanidad como él lo concebía en esos tiempos de leyenda y de rememoraciones de amautas y quipucamayocs. Todo hace pensar que el período urbanista de Mason es el de la invasión de hombres del Kollao, "grupo militarista", el que aprovechó los materiales de las "eras" pasadas, fundó un Imperio mediante el avasallamiento de naciones y parcialidades en lo largo del Pacífico austral. Manco Capac es la personificación de esta expansión poco común y poco conocida, a pesar de los meritorios esfuerzos de escritores de la talla de Juan Alden Mason.

Otro investigador calificado, Juan Howland Rowe, citado por Mason, ha elaborado un cuadro de períodos históricos del incario, el cual merece ser reproducido aquí:

Horizonte tardío	1476 -1534 D.C.
Intermedio tardío	1100 -1476 D.C.
Horizonte Medio (Tihuanaco)	800 -1100 D.C.
Intermedio temprano	150 – 800 D.C.
Horizonte temprano	700 A.C.-150 D.C.
Período inicial	1400- 700 A.C.

Aunque con interpretación de sentido religioso, que hace de Tiahuanaco un centro de irradiación, el Padre Ignaciano Bernabé Cobo, con aliento de predicador y en mucho semejante a los hombres de Iglesia, en su bastante comentada obra "Historia del Nuevo Mundo", escrita alrededor de 1653 y citada por los mejores historiadores, recoge la leyenda de este centro milenar, tan discutido, del cual partieron las tribus que, en éxodo hacia el oeste, huyendo del diluvio, poblaron varios reinos y en verdad Tiahuanaco y sus formas pétreas y su variada cerámica estilizada, sus canales de desagüe y sus tejidos, se encuentran en Nazca, Paracas, Chavín, Mochica y Chimú, originales o superpuestos, cadena de conquistas y establecimientos de la urbe, cuyos rastros religioso-militares en el antiguo Perú ya no se rechaza. En los KERUS de Tiahuanaco y los posteriores del reino inca se advierte un innegable parentesco, herencia que habla del contacto o continuación de las dos culturas desde tiempos remotos.

Existe en la cerámica de Nazca una singular urna encontrada en excavaciones recientes, en la cual, en su interior, dibujada con maestría se ve la figura central de la Puerta del Sol de Tiahuanaco, representando al llamado "dios lloroso" de la famosa portada. Esta figura alegórica, cuyo significado ha despertado numerosas polémicas, aparece también en otras manifestaciones artísticas de pueblos de la costa.

El autor de la "Historia del Antiguo Perú" observa de que la figura central de la Puerta del Sol tiene este alcance: "el dios representado es el mismo que aparece en la simbología de Chavín".

La cerámica es primordial en los trabajos del arqueólogo, es su guía para el estudio de las civilizaciones desaparecidas y aun la determinación del tiempo de una cultura bajo el método comparativo o del cálculo químico, de su arte, procedencia y conexión con otras manifestaciones creadoras del ser humano. Al fin de cuentas los objetos de uso del hombre, particularmente los que demandan un esfuerzo de la inventiva del trabajo, constituyen el índice de una etapa y el grado de un conocimiento. Para los pueblos antiguos, la cerámica es el libro de su historia.

A este respecto, el investigador argentino Edgar Ibarra Grasso en "La Verdadera Historia de los Incas" (1969), enseña que "la cerámica incaica más antigua, anterior a la época imperial, comenzaba con Huiracocha, llamada KILLKE por Rowe, consistente sencillamente en una cerámica que integra el conjunto de las variaciones que aparecen en las cerámicas collas, como las de Pacajes y Molle". Y llega el incansable arqueólogo a esta conclusión que, de modo inequívoco, reitera lo expuesto por otros autores sobre el nexo de las dos formaciones imperiales: "no se trata de una cultura de origen independiente, sino que tenía que integrar el conjunto de los pueblos collas".

En este terreno de alto interés, la inventiva de los cronistas es más despierta que la de otros investigadores por ceñir sus escritos, no al estudio cerámico sino a la relación verbal del aborígen a veces malicioso y desconfiado. De ahí resulta posteriormente la controversia sobre la exactitud de aquellas crónicas tomadas por los primeros relatores. Se llega a calificar de adulterados algunos textos de la historia incaica y preincaica así elaborados porque el criterio de las gentes del Viejo Mundo, para juzgar los fenómenos político-sociales de otros Continentes difería, a veces fundamentalmente, del que usaban para aplicarlo a su mundo, distinto y con frecuencia opuesto a la lógica y costumbre de los pueblos descubiertos.

Algunos ejemplos de este manejo libre de la tradición y leyendas del incario por no contar con otra fuente que la verbal, se leen en "La Creación de Bolivia", desgraciadamente trunca de Sabino Pinilla, redactadas por cronistas un tanto desaprensivos y más aún por copistas de éstos.

El nudo de estas controversias, a mi juicio, está en Tiahuanaco, cuya antigüedad nadie contiene aunque la relación de tiempo ha dado lugar a variadas interpretaciones. El debate se abre acerca de su posición frente al advenimiento del reino de los Incas, William Prescott, "Historia de la Conquista del Perú" (Edic. 1955), es uno de los que sostiene que la metrópoli del Ande exhibía sus ruinas cuando aún no existía la civilización del Cuzco. Particularmente, cita el ilustre historiador americano que los caminos y los acueductos son muy anteriores a la fundación de lo que fue un Imperio. Y conocido es —agrega— el sistema de desagües de esa "sociedad hidráulica", refiriéndose a Tiahuanaco, que en modo alguno pudo ser ignorado por los AYLLUS que marchaban hacia otro destino, en procura de nuevas tierras y de liberación.

Aun el nombre de Tiahuanaco es materia de controversia. Las informaciones son numerosas y confusas. Inca Garcilaso habla de Chucagua. Pero el obstáculo es la significación que debe tener la urbe, lo que lógicamente aportaría sentido descriptivo y comprensivo del sitio mismo. La palabra Tiahuanaco tiene en quichua un significado absurdo, el "siéntate Huanaco" de la fábula. En aymara se traduce por "rivera seca" THIA y GUAÑACO, explicación posible una vez que el incansable investigador Arturo Posnansky sostiene que la ciudad tiahuanacota llegaba hasta las orillas del Titicaca, existiendo aún restos pétreos de muelles y embarcaderos pero ya a alguna distancia del Lago. Tiahuanaco lacustre debió, sin duda, ser influenciado por la cultura CHIRIPA de un pueblo de pescadores que, después absorbería el gran centro religioso y político.

El origen de Tiahuanaco maya es apoyado por algunos autores entre los que figura Monseñor de los Santos Taborga. Sostiene el distinguido prelado que TI-A-I-HUANABCU significa "país sobre las aguas del Dios omnipotente". basado en que esto revela "una definición de lugar". De estas apreciaciones, debe deducirse que la invasión maya de un pueblo expulsado del Yucatán por causas desconocidas, hubo de tomar la ruta de las zonas cálidas atlánticas y emprender, más tarde, la subida a los Andes desde tierras llanas y tropicales, como refiere el conocido arqueólogo Julio Tello, aunque no va éste hasta indicar posibilidades atlánticas del oriente. Los mayas, sin embargo, pudieran haberse dirigido del Behring por la costa occidental hacia el sur, siendo en este caso una rama desprendida de los que invadieron el Yucatán. Otros filólogos indican que la urbe altiplánica se denominaba TAYPICALA, "la piedra del medio"; es una designación figurativa y ciertamente indicativa de lugar, una vez que revela la existencia de construcciones de piedra.

Viejas tradiciones indígenas mencionan a HUARI-HUILLCAS que comprenden a KOLLANAS, de gran antigüedad y dueños de extensas tierras, particularmente en el altiplano tiahuanacota. Raza dominante, sacerdotal y privilegiada, dió su nombre al Kollao y se la considera fundadora de Tiahuanaco, llamado CHUCARA, de CHUQUI-HARA, campamento de oro. Los KOLLANAS, según otros escritores, vinieron también de los flancos orientales, y en ese centro KOLLANA sitúan algunos al jefe y sabio Huyustus o Huystus, "el creador".

Nuevos comentaristas indican que vinieron del sur otras tribus al asalto de la meseta, desde zonas del Tucumán y de Coquimbo. De ahí se quiere inferir que el Inca Garcilaso se llamaba a sí mismo "indio antártico". Toma cuerpo entonces una conjunción de tribus, no precisamente de razas, en este legendario y siempre mal conocido altiplano del Continente sureño. Cabría decir que ya en ese pasado milenario la meseta, hoy boliviana, era punto de atracción de pueblos que, posteriormente, irradiaban hacia otras tierras.

Si se acepta la teoría del cambio lento del régimen pluvial en las altas cordilleras andinas antaño húmedas, explicaríase la lenta decadencia y despoblamiento del mundo tiahuanacota y el advenimiento del reino kolla y su capital de Hatun-kolla, mejor ubicada, reino que mandaba a una extensa serie de AYLLUS desde el sur del Perú al norte de Chile y la zona altiplánica. Este reino ha sido, para varios autores, prueba de la "unidad política" de las tribus aymaras. Hatun-kolla escapa a la frigididad de la vieja metrópoli, pero el nuevo reino, en buena parte, vive en las regiones altas. Sin duda, sus instituciones se asimilan a esta transformación aunque sin profundidad porque está el AYLLU para moderar toda incitación inmoderada. Posnansky afirma que Tiahuanaco desapareció por inundación catastrófica del lago.

Más que un comentario, vale copiar lo que sobre el fin de Tiahuanaco, escribió el recordado ingeniero y pionero del conocimiento científico de ese mundo misterioso: (citado por Rigoberto Paredes).

"La ruina prematura de esta gran cultura fue en gran parte la consecuencia de una inundación del Lago que destruyó Tiahuanacu también en su segundo período, fueron causa evidente del que por movimientos tectónicos se rompieron los contra-fuertes de lagos situados en mayor altura que el Titicaca dando salida a una masa líquida hacia él, cuyo nivel aumentaba temporalmente dando así fin quizás en pocas horas, a la gran metrópoli que estaba situada a pocos metros sobre el nivel de las aguas. En este cataclismo, que probablemente aconteció de noche murieron, sin duda, lo mejor y el mayor número de los intelectuales de Tiahuanacu, como también una enorme cantidad de pueblo, cual lo demuestran los osarios que llenan por leguas los aluviones mezclados con restos de animales. Esta ha sido la causa por la cual los sobrevivientes que llegaron a salvar del cataclismo no eran capaces de reedificar por segunda vez esta metrópoli".

Algunos investigadores de mérito sostienen que Hatun-kolla fue ciudad capital del Imperio tiahuanacota y que su fundación se debió a Manco Capac y no el Cuzco, de posterior creación. A este propósito, vale recordar la sentencia de Toynbee sobre los "retos climáticos" que obrarían como elemento dinámico sobre el hombre. Los AYLLUS que se fueron hacia otros lares demostraron una "energía expansiva" propia de pueblos de selección.

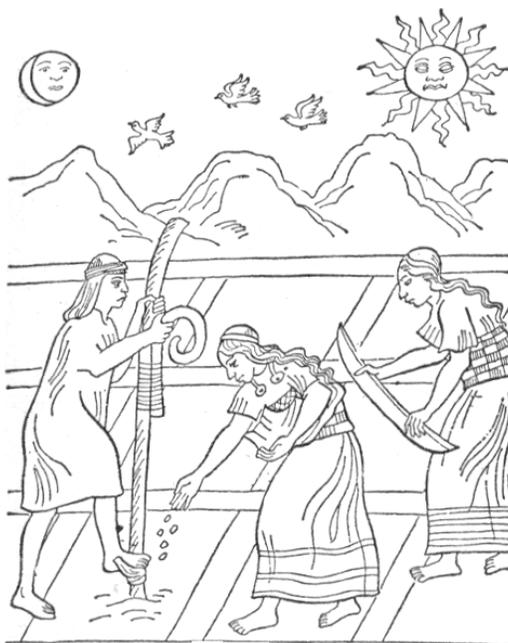
El tópico de la influencia del medio ambiente en el ser humano ha suscitado siempre alegaciones contradictorias entre la escuela que precia esa influencia a la que todo lo atribuye en la evolución de las sociedades, al medio geográfico y ambiental, soslayando dar al hombre su propia dimensión en el desenvolvimiento de toda colectividad, y la otra escuela que desmerece las fuerzas externas que caen sobre ese hombre y considera a éste factor principal en su propio desarrollo.

Tiahuanaco floreció en su última etapa en un medio físico desfavorable y ese medio hostil —es legítimo imaginarlo— no pudo menos que volver áspero al habitante de las cumbres. Trasladadas agrupaciones enteras a otro medio, recibieron la inspiración "del paisaje" distinto. que, al decir de Ortega y Gasset, modela "la condición de los pueblos".

En la dispersión de los de Tiahuanaco, se habla con frecuencia de la ocurrida entre los mayas por circunstancias malamente conocidas, a mediados del siglo XV. Desaparece este notable pueblo de la zona norte de la península, posiblemente por causas telúricas o época de "lluvias excesivas que combinadas con el clima caliente, dio el triunfo a la naturaleza sobre la cultura humana", al decir del escritor mexicano Antonio Teja Zabre "Historia de México" (1935). Todavía en el sur del Yucatán existieron restos de la civilización maya que encontraron los españoles.

Empero, Teja Zabre, no confía todo a factores de la naturaleza, ya que se refiere al factor social, atribuyendo la decadencia a la esclavitud o trabajos forzados que debieron representar los grandes templos y pirámides y la rebelión consiguiente de los oprimidos, "las guerras y la ruina final".

Sin pretender aplicar precisamente el criterio del conocido historiador citado, no puede uno disipar la idea de que en Tiahuanaco, no fueron ajenos los factores que apunta Antonio Teja, y que dieron fin al Imperio megalítico. Se acentúa la creencia de que Tiahuanaco —a pesar de las condiciones adversas que habrían restádole atracción— tuvo el carácter de centro religioso-político del Continente austral. Algunos autores invocan el testimonio de pruebas de carbono en Tiahuanaco que indicarían que su cultura dio los primeros pasos en el siglo V de la era cristiana. Cieza de León resume la incógnita de Tiahuanaco, después de haber admirado sus ruinas, con esta sentencia sin réplica: "para mi tengo esta antigüalla como la más antigua de todo el Perú".



Hombres y mujeres trabajando en la siembra. Nótese la diferencia en el vestido del puric. Al iniciarse los trabajos se hacía una fiesta; ahora, ha llegado el momento de trabajar y el puric viste una indumentaria apropiada para la labor. De un dibujo por Felipe Guamán Poma de Ayala.

IV

La decadencia y caída de Tiahuanaco por causas diversamente interpretadas, ha dado lugar a la versión de un período de fraccionamiento antagónico de las tribus altiplánicas que integraban aquel Imperio: los tiempos de la CHAMAJPACHA, sombrío medioevo de larga duración el cual movió a ciertos AYLLUS a rebelarse y tomar el camino de una especie de exilio de tan hostil medio. Tales fueron los hombres del Cuzco. Esta interpretación de un comienzo de desunión y quebrantamiento del Imperio milenar, ignora la existencia del reino kolla. En sus estudios históricos, José María Camacho analiza este período de la "edad oscura", etapa que desaparece con "un nuevo concepto religioso, nacido y extendido a los influjos de la luz y el calor vivificante y fecundante del dios Sol".

Se ha hecho a las exposiciones históricas de Camacho una interpretación que le lleva a decir que la CHAMAJPACHA o CHCHAMACPACHA, leyenda aymara, tuvo lugar "cuando la luz" no había sido hecha", lo que coloca la "edad oscura" antes de la existencia de Tiahuanaco. Esta interpretación, de lógica elemental, abarcaría a la edad nómada del continente sur, no precisamente de luchas tribales pero sí de errantes grupos humanos primitivos sin luz que les orientara en su vagar de milenios.

La última frase de José María Camacho trae a la memoria la figura de Amenófis IV, rey de Egipto, el cual en un impulso de honda religiosidad y de elevada espiritualidad, quiso instituir entre sus súbditos y vasallos el culto único del Sol. que ya existía aunque de modo secundario. Este monoteísmo iba más allá de una sencilla adoración al astro-luz, pues buscaba la unidad en medio del localismo extendido entre los centros poblados. Con el nombre de Akhenaten, casado con la hermosa Nefertiti, en su capital de Tebas, inició aquel faraón su notable revolución religiosa, mas encontrando la hostilidad del sacerdocio adicto al culto de los antiguos dioses vióse obligado a exiliarse y, más al norte, fundó su nueva sede y santuario, denominado Akhetaten. Ahí terminó sus días, sin ver cómo se destruía su obra y se restablecía el culto múltiple labrado a través de siglos presidido por Osiris en la tierra de los coptos.

El traslado de AYLLUS desde el Titicaca hacia el occidente, considerado someramente por cronistas e historiadores en cuanto a sus motivos y peregrinación envueltos en mitos, pudiera haber sido realizada al calor de una inspiración anímica profunda —a más de rebeldía— la cual tenía su fuente en la nueva creencia solar, combatida acaso con violencia por otros grupos humanos adversos a la innovación de tendencia monoteísta.

Camacho, al referirse a Wiracocha expresa que "como mito cosmogónico es el creador del universo y representa las fuerzas activas de la naturaleza y sus evoluciones; como mito teogónico, es la divinidad suprema, Dios; como mito histórico es el fundador y restaurador de pueblos y naciones".

De su parte, Belisario Díaz Romero, habla también del ciclo de anarquía que siguió al derrumbe de Tihuanaco, largo, vacío de la CHAMAJPCHA en el cual fermenta la lucha entre AYLLUS rivales hasta que se imponen los más capaces. En Alberto Zelada, siempre recto en sus opiniones, se encuentra esta misma conjetura de las behetrías.

Asume, sin embargo, suficiente consistencia la tesis de un lapso de luchas internas hasta que el orden pudo ser restablecido por los MALLCUS del Kollao, una vez que el desmoronamiento de un extenso Imperio como el de Tiahuanaco, difícilmente dejaría de arrastrar a choques fratricidas a los súbditos desorientados por las rivalidades de AYLLUS que pretendían la supremacía. La imposición del reinado kolla el cual desde luego no fue corta, evidenciaría que el período de la CHAMAJPACHA pudo ser profundo.

La investigación moderna pone en duda y aun niega este período de enfrentamientos tribales, dando paso más bien a la cohesión del poderoso AYLLU y seguidores del legendario Manco Capac, fundador del Cuzco. Este asentamiento es la expresión corridos algunos siglos, de un nuevo esplendor real remarcable porque florece sin invasiones foráneas ya que surge, racialmente, del propio seno de estos pueblos de la meseta y de los valles andinos. Hasta los años 1000 y 1100 de nuestra era, las generaciones dirigidas por los incas o ingas, "imponen paulatinamente: religión, lengua y una sola ley", afirma Garcilaso de la Vega.

A ese hipotético oscurantismo que habría envuelto a la región altiplánica más próxima a la urbe tiahuanacota, y anterior al reino incásico se refirieron cierta crónica antigua y a la obra del Inca Garcilaso. Esta obra es notable y casi única en su tiempo por la enorme influencia que tuvo en escritores hasta un siglo y más después de la muerte de aquél. Los trabajos arqueológicos son los que, al parecer, aclararon el cuadro y vino la crítica a los cronistas e historiadores de épocas pasadas. Entre tales críticos sobresale un prolijo investigador, Edgar Ibarra Grasso. Su acusación va contra el Inca Pachacutec y se apoya particularmente en algunas noticias de cronistas. Estos escriben sobre juntas de notables y sabios que habrían cambiado la historia para ventaja del gran Inca conquistador. Sarmiento de Gamboa y el Padre Cristóbal Molina, entre otros, son los que aseguran que mediante grandes representaciones pictóricas y enseñanzas a los cantores populares y andarines, se divulgó la "historia oficial". Corroboraba esta denuncia Luis Baudin al decir que "así se yuxtaponían en el Perú dos historias: una documentada y mantenida en secreto; la otra expurgada para el uso del pueblo". Riva Agüero, no menos severo, expone que Pachacutec vino a "recolectar sobre sí las glorias de gran parte de la dinastía".

Este afán, muy humano, de apoderarse de los hechos y acontecimientos favorables que mueve y ha movido a gobernantes y príncipes, es frecuente en el curso de la historia universal. De ordinario los historiadores procuran ser tolerantes con los mandatarios del momento porque con ellos conviven y, mejor que nadie, comprenden sus razones y sus miserias, y su crítica va dirigida al pasado, a veces con frases injustas. Pero la ocurrencia de Pachacutec, si uno se atiende a las relaciones de sus censores, es sorprendente toda vez que esa "historia oficial" es la que se conoce y se admira. El "manejo selectivo de la historia" de que se ocupa un historiador estadounidense, von Hagen, es juzgado grave precisamente porque ha perdurado en el tiempo y, prácticamente, se ha convertido en la historia real del Imperio. Se discute que Atahualpa victorioso de Huáscar, pretendió también introducir cambios favorables a su persona en la historia de su época turbulenta y trágica.

Empero, toda esta disertación sobre la verdadera historia del reinado de Pachacutec y aun de Wiracocha lleva alguna explicación porque el genio organizador de estos hombres y los que les rodeaban llegó a su eclosión en el siglo XV y parte del XVI, y la grandeza del Imperio, cual

sucede en el zenit de toda ascensión, produce rebalses o excesos si se presentan oposiciones porfiadas, las más de veces de orden interno. La fama del Imperio, forjado por los lejanos descendientes de Manco Capac, difícilmente acallaría la ambición de ser los que hicieron verdadera historia, pues con ello ocultaban parte de ese pasado no sin reproches. La condición humana no es imparcial: lleva a unos a la cumbre pero el camino ha sido abierto por el trabajo de otros, tantas veces ignorados.

Inca Garcilaso, a quien se sindicaba como uno de los que siguieron la cronología de aquella "historia oficial", se empeña en conceder todos los méritos del engrandecimiento imperial a Pachacutec, y refiere, sin embargo, que Mayta Capac, antepasado de Titu Cusi Yupanqui, fue el que inició la conquista del reino de los kollas, tierra de sus ascendientes, en un movimiento que la historiografía denomina "reflejo" o regreso al solar de donde emprendió la raza rumbo a nuevos destinos. Esta referencia del autor de los "Comentarios Reales" es dudoso si uno tiene en cuenta, a estar con la mayoría de los cronistas, que hasta avanzada época del naciente incario, sus gobernantes apenas dominaban escasas leguas alrededor del Cuzco, y eran acosados, no sin frecuencia, por sus belicosos vecinos.

Al borrar acontecimientos pretéritos con el fin de ensalzar la obra de Pachacutec, benéfica en varios aspectos pudo haberse suprimido trozos de historia que pertenecieron a Tiahuanaco y al reino de los kollas sus conquistas, su cultura y sus influencias más allá del Cuzco. La antigüedad de la gran urbe no parece ser tanta y menos la de Hatun-Kolla para que fuese ignorado su papel en el desenvolvimiento general del incario. Los primeros emigrantes al valle de Guatanay eran AYLLUS de las tierras altas, selectos y resueltos, que llevaban consigo sus instituciones y también sus tradiciones. De ahí que sea permitido extrañar que la historia de los Incas, "oficial" o real, haya omitido antecedentes de su evolución porque, sin duda, se juzgó que fueron extraños a la leyenda del fundador del Cuzco.

El conocido arqueólogo Ibarra Grasso dice con ironía de los Incas: "antes de ellos nada". Agrega un desmentido a la tesis de esa "historia oficial" al expresar que ocurre "que hoy la arqueología descubre no menos de dos milenios Y medio antes que ellos a pueblos civilizados". Y lanza este investigador argentino su dura condena por la suplantación histórica anotada: "La historia de los incas que conocemos a través de todos los cronistas y a pesar de todas sus diferencias ha sido fraudulenta"



V

La crónica en general señala que la gran expansión del Imperio tuvo lugar en menos de un siglo, entre 1438 ascensión al trono de Pachacutec hasta 1524 muerte de Huayna Capac. El hijo de Wiracocha, realiza la conquista de señoríos y reinos a lo ancho de los Andes y fajas costeras, y su sucesor Tupac Inca Yupanqui y el nieto de aquel Huayna Capac completan la obra colonizadora conquistando a los Chimús y a la soberanía quiteña. Por el sur-oriente, Pachacutec y los suyos invaden los Charcas, chichas, y diaguitas con entradas hacia los Móxos y Chiriguanos. El Kollao es vencido también en ese siglo.

Mal de su grado el Inca Pachacutec hubo de abandonar la lucha en el clima ardiente del Chaco. El enemigo, escurridizo y valiente, hacía sus incursiones hasta centros poblados durante el incario, la colonia y la República. Algunas fortalezas esparcidas en esas soledades protegían a los pueblos andinos y subandinos de las correrías de estos bárbaros.

Existe una relación singular sobre los motivos de las conquistas de Pachacutec, escrita por del Pomar, relación que da una perspectiva nueva a la política de ese monarca, señalado por

todos como el más ilustre de los Incas. Dice el autor de "El Mundo de los Incas": "como sus conquistas no obedecían a un afán de engrandecimiento y poderío; tampoco a razones de seguridad; ningún vecino es más poderoso que los incas; ningún vecino es más rico que los incas". Y pone esto más: "El mérito y la razón histórica que le coloca entre los grandes conquistadores del mundo, es su ideal por alcanzar la unidad política de todos los territorios de América". Y concluye con estas frases: "La ambición de ver al hombre americano reconciliado bajo un solo poder, de acuerdo con la naturaleza que le circunda y avenida a una misma mecánica ritual".

Estas palabras del historiador, tal vez algo extremas en sus proyecciones, aportan sentido novedoso y profundo a las conquistas de los últimos Incas. En el hecho, colocan a esa expansión territorial avasalladora entre los grandes ideales que aún estamos lejos de alcanzar en esta América dividida.

En un historiador nacional, Luis Paz —"Historia General del Alto Perú hoy Bolivia" (1919), se encuentra una cita que se aproxima a las deducciones de del Pomar y que viene de un ángulo distinto. El historiador chileno Diego Barros Arana, escribe que "los incas y soberanos de ese imperio se arrogaban una misión civilizadora y, en efecto, los pueblos sometidos bajo su cetro, se hacían agricultores y recibían leyes e instituciones emanadas de un poder absoluto, pero ordinariamente benigno".

La expansión incaica debióse a la dinámica de las conquistas después de siglos de natural preparación, y tal cual aconteció en todas las formaciones de tipo imperial, dominación unitaria o confederada que suele abarcar vastos territorios caracterizados por la diversidad de costumbres, dioses, lengua y sentimientos y que la fuerza más que el derecho mantiene asociados. La férrea organización de los señores del Cuzco provino de prolongados y duros conflictos armados a los cuales debieron hacer frente desde su instalación en el valle de Guatanay.

Es posible que los primeros Incas o algunos de ellos fueran paternalistas, pues la tradición señala su apego a una política de pacífica convivencia. Con Wiracocha y más con Pachacutec, ya asentadas las bases del Imperio, vino a despertar el genio guerrero de los postreros soberanos, dando paso a una especie de "despotismo ilustrado" que, en esos tiempos era acaso lo único que podía mantener la cohesión del inmenso conglomerado humano.

Estas marchas victoriosas de los ejércitos del Inca se apoyaron, por otra parte, en los adelantos agrícolas que consigo llevaban los conquistadores; en las formaciones militares reclutadas entre huestes vencidas en anteriores campañas, pero encuadradas en mandos cuzqueños, fieles y decididos y tropas que encabezaban siempre soldados kollas en tiempos de Huayna Capac, según relata Juan Santacruz Pachacuti.

Además, en la práctica de cierta tolerancia con el culto ajeno y cierta política de continuidad al dejar en las jefaturas locales a los mismos CURACAS, y, en grado no menor, a su ingeniería de caminos que acortaba las distancias. Por esos "caminos del Inca" corrían veloces los mensajeros reales, los CHASQUIS. Esas vías fueron celebradas por todos, entre ellos Humbolt y Prescott. Este último dice de ellas: "no podría ocurrir una rebelión o una invasión en la más lejana frontera, sin que la noticia llegara a la capital y los ejércitos imperiales se movilizaran por los espléndidos caminos para sofocarlos". Es conocida la frase de Alejandro von Humbolt sobre el gran camino real norte-sur que él recorrió en un fantástico viaje y calificó como "la más útil y estuenda obra realizada por el hombre"

Completaban estas rutas de comunicación los famosos "puentes colgantes", de los cuales el tendido sobre una profunda garganta del Apurimac, inmortalizado en su bella narración "The Bridge of San Luis Rey" (1939) por el notable novelista Thornton Wilder, era el más importante y estuvo en uso más allá del incario y admirado por viajeros de la vieja Europa. En esta breve recapitulación no puede omitirse a los conocidos depósitos fiscales de mercaderías, viveres e implementos, distribuidos en el dilatado territorio para provecho del pueblo en casos de penuria y del ejército en campaña. Además, la Corte si no el Inca, era la primera beneficiaria.

Resumía todo lo que valía esto, a guisa de estadística, el QUIPU que interpretaban y guardaban los QUIPUCAMAYOC, función de severas disciplinas, con el fin de permitir una adecuada y, sobre todo, frugal admiración.

Pero no sólo había ruido de armas. Los monarcas cuzqueños, antes de emprender una guerra de conquista, enviaban emisarios en procura de entendimientos pacíficos aunque con orden de fomentar con habilidad la división entre los de la resistencia, atrayéndose a bandos o jefes influyentes. Sin embargo, el fracaso acompañaba a veces a estas aperturas interesadas y ocurrían enfrentamientos cruentos como en los casos de los kollas alzados, los chancas, los caris, los chimús. Triunfantes los Incas se buscaba apaciguar los ánimos y existía benevolencia, aunque no siempre, en el trato del vencedor hacia los caídos.

Lo cierto es que se encuentra en el Kollao el espíritu más desarrollado y pertinaz de la subversión. Son rebeldes estos pacajes, omasuyos, aymaras todos y otros y así lo reconoce Sarmiento de Gamboa cuando escribe que "los que más procuraban su libertad, siempre que hallaban coyuntura" eran estos habitantes del Kollao. Rigoberto Paredes es el autor que más critica esta deformación histórica sobre el reino de los kollas, así como el silencio que se advierte acerca de los alzamientos kollas "acaudillados por sus jefes Kari, Sapaña y Humalla ". A estos habría que agregar Macuri.

El historiador von Hagen, con criterio imparcial, nos dice del kollao: "El hombre aquí fue el catalizador de los Andes y doblegó a ese mundo pétreo según su voluntad". El reflejo de ese medio áspero está en el carácter rebelde y hermético del indio, y no hay contradicción sino convergencia entre el hombre de los altiplanos y el medio duro en el cual vive.

El nombre de Zapalla o Sapaña es usado por algunos escritores para señalar al caudillo de los kollas en su aventura hacia el occidente. La omisión del nombre de Manco Capac, por esos autores, indicaría solamente que el conductor de los AYLLUS emigrantes, era el "único señor" o jefe indiscutible. No existe contraposición o confusión con la leyenda del gran AYAR sino complementación de nombres que, en suma, representa o personifica míticamente al fundador del Cuzco. El "único señor" es, pues, el Mallcu Capac.

El establecimiento del Cuzco por el ayar Capac, impuesta la preterición de sus hermanos, Cocha, Uchu y Auca, tiene un sentido convencional. Es el mito de los sacrificados para enaltecere al ungido del señor.

Sobre este pasado indeciso, una opinión respetable al respecto ha sido exteriorizada por unos de los investigadores más serios Max Uhle. Dice: "Los orígenes del Cuzco se pierden en un período de dominación aymara, y la guerra de los Incas contra los Chancas aymaras, se puede explicar como guerra de emancipación, como las de la Roma de los reyes contra los etruscos que la habían fundado". Y puntualiza que "todavía en el tiempo de la conquista, el título aymara de MALLCU o MANCU de caciques de rango superior, fue oído y estaba en uso desde el lago Aullaga hasta el valle de Lima".

Manco Capac, encarnación de la estirpe aparece, según viejas crónicas, después de ocurrido el diluvio y erige su capital en el valle de Guatanay, pero los historiadores —a estar a la tradición oral— señalan al Inca Sinchi Roca como la primera figura histórica de lo que sería el Imperio del Tahuantinsuyo. En cuanto a fechas, léese en fray Antonio Vásquez de Espinosa, "Compendium and Description of the West Indies" (1942), que en 1025 D.C. Manco Capac partió del Titicaca y fundó el Cuzco en 1031. (De este Padre carmelita se tiene esta significativa declaración: "es imperativo —afirma— que una Universidad sea establecida en la Plata, lugar donde estuve y celebré su cabal ubicación).

Entre los escritores más acuciosos se sostiene que el naciente Cuzco era vasallo del Kollao, deducción lógica inspirada en el origen lacustre del incipiente reino. En la cerámica primitiva cuzqueña se encontraría la prueba de ello. Esa aserción explica un fenómeno social que, a lo largo de los siglos, se ha repetido una y otra vez: la incursión de grupos familiares tribales a otras tierras con carácter de avanzada para el establecimiento de una colonia, cuya independencia bastante relativa al principio, no cortará durante generaciones los lazos con los pueblos de origen, particularmente en el campo de los modos de vida y en las instituciones.

El incario naciente no pudo escapar a esta experiencia humana, a esta regla de expansión territorial y social derivada del núcleo central. Después de largos períodos, según las circunstancias, se produjeron los sacudimientos, forzados o naturales, que emancipaban a las zonas dependientes. El reino de los Incas debió tardar en asentar sus reales en la región del

Guatanay y ser Imperio a la postre, después de un batallar incesante contra sus vecinos. La energía expansiva de los primeros kollas alentó siempre a los sucesores.

Prueba de que los colonizadores y descendientes eran de tierras foráneas, no de raza, la da un sujeto del viejo Perú, heredero de un poderoso señorío, Huaman Poma, al indicar en sus crónicas que "los incas eran unos advenedizos, sin origen remoto en las edades anteriores". Pero la colonización se vuelve nacionalista, se arraiga. Los investigadores aceptan que el reino "llega con su tercer Inca a un período de organización política y aristocrática definitiva" como expresa Bautista Saavedra, en el "Ayllu", (1913). No es clara la relación de los Incas que se conoce en los textos, la que llega a trece con Huáscar y Atahualpa. Parece corta la lista si se toma en cuenta que algunas crónicas y narraciones señalan al incario una existencia no menor de cuatro siglos. Es posible que hubieron otros soberanos, borrados de la nómina por razones de un supuesto decoro nacional, si se atiende uno a los que hablan de una "historia oficial" del Imperio.

Suprimidos estarían los Incas Urcu, Alnaru Tupac, Tücaj Capac y Pinahua Capac y acaso otros porque amenazaban las glorias del reino. Los dos últimos no han sido reconocidos, por algunos cronistas, como herederos del trono. En la lejanía del tiempo es incierta toda precisión sobre este punto y sólo tenemos frente a la enumeración de los doce o trece gobernantes, relaciones que disminuyen la lista o la alargan desmesuradamente como lo hacen Montesinos y Blas Valera.

La indicación del siglo en el cual los Incas se instalaron en el valle de Guatanay tampoco es unánime o clara entre los cronistas. Lo prueba Sarmiento de Gamboa, según Valcárcel, al dar la fecha del fallecimiento de Manco Capac, en 665 de nuestra era y así sucesivamente con una medida de existencia de más de un siglo de los primeros monarcas, hasta llegar al año de 1524, fallecimiento de Huayna Capac. Es decir que en cerca de nueve siglos, sólo reinaron once Incas, sin incluir Atahualpa y Huáscar. Los más entre los cronistas señalan alrededor del año 1100 iniciación del reinado incásico.

El Inca, palabra que se traduce por gobernante o jefe y vino a comprender a una nación en crecimiento, formaba parte de su AYLLU, tal cual ya se dijo, AYLLU imperial superior en conocimientos a los núcleos comunes una vez que los más altos funcionarios salían de ese AYLLU privilegiado y, por tanto formaban una selección. Con todo la herencia del Kollao se presentaba a menudo: las normas de existencia, la llama domesticada, los métodos y técnica agrícolas y de riegos, y "como fundamento y base de su sociedad la célula-tierra, cultivada en común", dice un autor. Esto marcaba una ventaja sobre otras tribus. Toca aquí introducir una aclaración: el trabajo en común de los campos, sólo tenía lugar en los del Inca o los del Sol. En cuanto a los del AYLLU, producido el reparto de los TUPUS o parcelas familiares o individuales, la labor correspondía al HATUNRUNA o PURIC cuyo producto le pertenecía de manera exclusiva, inembargable en el hecho .

Tratábase de una civilización de origen cordillerano a semejanza de la de Tiahuanaco y del reino kolla, surgidas en las márgenes e islas del Titicaca, a orillas del cual "tomó vida el culto de Inti" según frase de Ramiro Cúneo Vidal (Estudios sobre el incario, 1914) Las conquistas y la unificación aunque aparente esta última, fueron alcanzadas por la capacidad de organización que caracterizó al gran reino, desarrollada a medida que avanzaba las fronteras y surgían los problemas de la asimilación.

Empero, dos empresas debieron acometerse para posibilitar aquella expansión tardía: el sometimiento del reino kolla y el de la nación chanca, derrotado que fuera su jefe Anco Huayllo.



VI

El Imperio nació en un caserío al borde del torrentoso Tulumayu, después de desalojar a sus nativos ocupantes Lares, Poques y Huallas o Sauasiras y Allcavicas. La tenacidad de los AYLLUS aymaras y su espíritu combativo fue asegurándoles la tenencia de la tierra recién invadida, en la cual fundaron la capital de su futuro reino. A través de victorias y derrotas, sin descanso ni desfallecimiento estos conquistadores implantaron las bases de un futuro Imperio que tardaría varias centurias en llegar a su apogeo.

Figuraos un conglomerado humano que abarca en su grandeza 1300 leguas, acorde con medición de Garcilaso, desde el Ancasmayo en la zona ecuatorial hasta el Maule (el Maullí de los aborígenes) en el sur de Chile que conquista el Inca Yupanqui, y el norte argentino y Charcas hasta los límites chiquitanos y entradas a los llanos amazónicos, con superficie de dos y algo más de millones de kilómetros cuadrados. Imagináos en él una población que va de tres a seis millones de habitantes a estar a las distintas opiniones de historiadores, esparcida en lo que después serían la Audiencia de Charcas, la Audiencia de Quito, el Virreinato del Perú, la Capitanía General de Chile y las Provincias del Río de la Plata hasta el Tucumán, especie de FINIS TERRA

En un alcance a una cuestión de límites, Valentín Abecia en su excelente obra "Las Relaciones Internacionales en la Historia de Bolivia" (1979), enseña que "Decir desierto de Atacama es decir desierto del Perú desde la conquista efectuada por Tupaj Yupanqui, época en que los atacameños tenían una fuerte influencia de Tiahuanaco y estaban aymarizados como sostiene Esteve Barba" ("Descubrimiento y Conquista de Chile"). Atacama aparece después integrando el reino kolla, poblado por urus, tribu altiplánica que encabeza desarmada pero resuelta los ejércitos cuzqueños.

El Imperio dividíase en cuatro grandes gobernaciones o cuatro partes (Suyos): Norte o Chinchasuyo, Oeste o Kontisuyo, Este o Antisuyo y Sur o Kollasuyo, la más extensa de todas que tomando la hoya del Titicaca y desde el sur del Perú, dominaba el Altiplano y sus valles, Chile septentrional y el norte argentino.

Los españoles encontraron pues, en la América meridional, un poder político que desde el Cuzco regía territorios con numerosas parcialidades o "naciones". Para lograr la unidad fue propósito del Inca que el quichua se hablara en todo el reino, adaptación lingüístico difícil de producirse en el corto tiempo de la expansión imperial o sea el último siglo de la era incásica. La unificación idiomática se encontraba en una fase de lento aprendizaje y la resistencia al idioma oficial existía, en los centros alejados. Más tarde, la Iglesia, pragmática en muchas cosas, contribuiría con sus catequistas y misioneros, a la adopción general del quichua.

En esta materia del idioma, los investigadores más acuciosos sostienen que el quichua, impuesto como "lengua general" era propia de la parcialidad quichua.

Aun se agrega que el quichua cuzqueño resultaba un compuesto del habla de aquella provincia con mezcla de aymara que, originalmente, predominaba en la capital. Lo gutural de este quichua parecía explicar tal antecedente (Max Uhle).

Esta asimilación se ha prestado a que se diga que existía la raza quichua y la raza aymara cuando sólo había una raza de fondo mongoloide con diversas manifestaciones y grados de cultura, distinta tal vez de la raza amazónica o tupi-guaraní.

Con el fin de lograr cierta unidad en el reino creciente, la previsión cuzqueña vió la necesidad de extender —como se dijo anteriormente— el uso de una sola lengua, escogiéndose el quichua por razones que los filólogos explican de modo diverso. Pero tal es la fuerza de las denominaciones de cosas y sitios que perduran a través de los siglos que —manifiesta un historiador— se ha perdido el nombre de muchos pueblos englobados en el incario. Algunos cronistas creen que 2000 idiomas o dialectos se hablaban en el continente sur.

Díaz Romero da cuenta de que el PUQUINA "debió ser una lengua general en los siglos que precedieron a la dinastía de los Incas", y sostiene que parece haber sido "La lengua nativa de los aymaras, de los verdaderos aymaras paleosiberianos". Y para asentar sus pronunciamientos, Díaz Romero cita al ilustre polígrafo Manuel Vicente Ballivián quien manifiesta que "la lengua PUQUINA ha sido considerada como un dialecto burdo del LUPACA por Sir Clements R. Marckham. Sentimos diferir por completo —añade— de la opinión del distinguido e ilustrado presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres, porque entre el LUPACA y el PUQUINA existe la más completa semejanza, no hay el menor asomo de analogía".

El autor de "Ensayo de Prehistoria Americana", sobre este tema idiomático, menciona al escritor Daniel G. Brinton en lo que se refiere al PUQUINA dice: "una de las lenguas maternas y originarias de los grupos étnicos inmigrantes desde el corazón del continente asiático". Y junto con Gerónimo de Oré expresa que las "lenguas generales" que se hablaron en el Imperio fueron cuatro: "el aymara, el quechua, el puquina y el yunca ", a lo cual, desde luego, debe agregarse el atacameño o cunza.

Los Incas se preocupaban de que se enseñase el quichua en todas las comarcas que ocupaban, en todas las naciones que conquistaban. Para ello enviaban, junto con gobernadores e inspectores y al amparo de CURACAS adictos, individuos cuya labor era de instructores de la "lengua general". Estos maestros recibían algunos beneficios: casa, tierras y semillas y, según algunos cronistas, su profesión volvióse hereditaria.

El conjunto de tribus, reinos y señoríos que constituían, después de muchos trabajos, el Imperio incásico, se diferenciaba de distintas maneras. Una de ellas radicaba en el idioma, acerca de lo cual Poma de Ayala expresa que se hablaba en los territorios del incario: "aymara - puquina, cunti, yunga, quichua, inga, uanca, chincha suyo, ande suyo, conde suyo, colla suyo, cañari y quito". La lista que transmite Huaman Poma es curiosa en lo que envuelve a grandes provincias del Imperio, como "collasuyo" que no es un idioma y sí un semillero de idiomas y dialectos, entre los cuales forman parte el lupaca, el pacaje, el uru, el atacameño, el charca, puquina y otros.

Con relación al quichua un autor expresa que es la lengua que "más se acerca morfológicamente al aymara" porque se trata "de una parte integrante de un FILUM mayor". Los quichuas habitaban la región de Curahuasi, en el Apurímac, y vivían amenazados —escriben varios cronistas— por los poderosos Chancas. Eran aquellos señores de la provincia de Andahuaylas.

El Inca se adelantó y conquistó toda la región quichua; de ahí la adopción del idioma de esta parcialidad, cuya razón es motivo de controversias hasta apuntarse la del matrimonio del Inca reinante con una hija de señor de los quichuas.

El hecho notorio de la civilización del incario es su aislamiento. A este propósito, Baudin tantas veces citado, formula una sentencia significativa que dice mucho en pocas palabras: "El alejamiento en el espacio equivale a un retroceso en el tiempo". No se descarta, empero, que tuvo el incario alguna relación con las culturas del norte, Caris y Chibchas y aun Mayas y Aztecas. El Padre malagüeño Miguel Cabello Balboa afirma que navegantes incas llegaron a islas lejanas —que la historia no ha identificado— regresando al cabo de un año con extraños trofeos. Entre éstos menciona el esqueleto de un caballo, lo que no puede sorprender si se tiene en cuenta que los restos fósiles de equinos han sido encontrados en diversas partes de América, habiendo desaparecido este mamífero del Continente milenios antes de la llegada de los españoles. El caballo emigró a Siberia por tierras de Behring en éxodo que no ha sido explicado por la investigación científica.

En una conferencia dictada por el Dr. Jaime Zeballos Pastén, en la Casa de la Cultura, el 12 de agosto de 1976, sobre el estado de civilización de los Incas, expuso este juicio muy cabal: "... el incario es un desarrollo social auténticamente andino, fruto indiscutible de un sistema aborígen que se engendró a sí mismo como un conjunto grupal sui-géneris."

Más lo fundamental es que aquella civilización nació en las breñas de los Andes, marcando paso lento en su desenvolvimiento. De ahí que muestre algunas singularidades: no supo aplicar la noción de la circunferencia al uso de la rueda, quedó en el umbral de la escritura

aunque Montesinos y pocos seguidores sostienen lo contrario. En estudios recientes, realizados por William Burns saca éste la conclusión de que los Incas poseían un sistema de escritura "compuesto de diez signos" que representaban letras o grupos de letras y subraya este investigador que los Incas "utilizaban formas geométricas u otras figuras para representar letras". (Latín, Lima 20/8/79).

El haber llegado los Incas a la etapa de la escritura ha sido y sigue siendo seriamente puesta en duda vista la capacidad interpretativa de los QUIPUS y dada toda la categoría de funcionarios dedicada a este servicio hereditario, los QUIPUCAMAYOC "notarios" como los llamaba el Padre Acosta. El QUIPU, como se sabe, mediante nudillos en cuerdas de diferentes colores, estableció un método ingenioso de registro mnemotécnico que, con ayuda de ábacos, servía para memorizar cálculos y estadísticas, hasta hoy indecifrado.

Cieza de León, siempre aguijoneado por la curiosidad, confiesa su asombro al observar el manejo de un QUIPU. Expresa así su sorpresa: "Yo no quería creer lo que se me había dicho de este modo de contar y me inclinaba a pensar que eran cuentos, pero cuando estuve en Marca-Vilca, provincia de Xauxa, le pregunté a uno de ellos que me explicara el QUIPU de modo que mi curiosidad quedara satisfecha, y el QUIPUCAMAYOC procedió a aclararme todo: él sabía todo lo que se había entregado a Francisco Pizarro sin falta ni omisión, desde que éste arribó al Perú. Fue así como ví la cuenta del oro, la plata, ropas, maíz, llamas y otras cosas, hasta el punto de quedarme estupefacto."

La tradición que se conservaba en casos de fallecimiento de un monarca corría a cargo de la PANACA, grupo familiar del extinto que cuidaba de su memoria y bienes y recordaba y celebraba la vida y obras del difunto con natural exaltación. El QUIPUCAMAYOC adicto a la familia, al AYLLU que supervivía, recogía todas estas manifestaciones y, en tumbas construídas al efecto, colocaban momificado en cuclillas al fallecido. Eran "los muertos sentados" al decir de los españoles cuando desenterraron algunos.

En materia de tejidos fueron maestros como sus antecesores y sus vasallos de la costa, particularmente los paracas. En cerámica, junto con los Mochica y Chimús suscitaron el asombro de arqueólogas y artistas. Cultivaron el teatro dramático y la poesía popular, trabajaron el estaño y el cobre y obtuvieron el bronce, y artífices laboraron el oro con superposiciones de plata mediante procedimientos hoy perdidos. La medicina y la cirugía no les eran extrañas y practicaron la trepanación de cráneos y la aurificación de dientes. La medicina del antiguo habitante del incario funcionó sobre una base botánica de inmensa variedad de plantas al extremo de que no parecía existir un mal que dejara de tener su remedio, extraído de la naturaleza. No se trataba, pues de simples brujerías sino de la aplicación de una ciencia naturalista por los curanderos de la época, herboristas eximios desde tiempos inmemoriales.

Los Incas usaron el sistema decimal. En el arte de la tintura no tuvieron rivales. Aún hoy, después de siglos, por instinto, el aborígen conserva esa maestría que se explica: la pupila necesita en el hombre del yermo otros tonos que rompan la monotonía descolorida de la montaña; de ahí esos ponchos y mantas donde el morado, el índigo, el carmesí, el verde o el amarillo, el azul, alternan en combinaciones que nunca ofenden a la vista.

Los hombres del incario construían para la eternidad. Incomparable tallista de la piedra, el indio dirigido por sus alarifes, levantó obras monumentales. Basta citar los muros de Coricancha, Templo del Sol, sobre los cuales edificó la Iglesia la casa de Santo Domingo, muros de un pulido y de una ensambladura de bloques simétricos admirables. Y la enorme fortaleza de Sacsahuamán, cerca del Cuzco, en parte destruída por la Conquista. Vale dejar a Garcilaso glosar esta ruina imponente, a la cual menciona como "una de las obras más maravillosas de la fuerza vital del hombre", y más lejos dice: "Quién haya visto sus grandezas increíbles, le hacen imaginar y aun creer que son hechas por vía de encantamiento ya que sin bueyes ni carros pudieron arrastrar semejantes moles a fuerza de brazos con gruesas marromas".

El día en que se practiquen excavaciones a fondo en Tiahuanaco, las ruinas que salgan a la luz asombrarán por su grandeza y trascendencia.

VIII

En esta sociedad incaica donde la norma era la disciplina, aplicada al trabajo, el Inca —hombre de su AYLLU del cual recibía inspiración y, sin duda, normas que, a manera de consejos familiares le eran señaladas— se colocaba cercano a la divinidad. Era hijo del Sol y como tal actuaba a mil codos por encima de sus súbditos. Nadie se le acercaba sin llevar al hombro un bulto —el QUEPU— signo de pleitesía, y mirando bajo a semejanza del ceremonial azteca. Alrededor del Inca estaban los suyos, los de su AYLLU y con éstos, de preferencia, gobernaba.

La centralización extrema descansaba en una jerarquización completa, en un ordenamiento vertical que partía del soberano y terminaba —por no ir más abajo— en el CHUNCAKAMAYO, decurión a cargo de diez hogares, campesino él mismo. Sin embargo, lo señala Guillermo Prescott, la autoridad del Inca, si bien "alcanzaba la conducta más secreta, el pensamiento mismo del individuo" no era total ni absoluta en un sentido personal, pues un Consejo de cuatro dignatarios, individuos de la familia imperial, gobernadores de sendas partes de los extensos territorios, a los cuales algunos cronistas pusieron el nombre de "virreyes", asesoraba al monarca. De ahí que, dada esta interpretación de la jerarquía en juego, el AYLLU imperial ganaba en poderío y co-gobernaba por decir lo menos.

Este Consejo Real consistía de delegados de Hanan Cuzco así como de Hurin Cuzco (Cuzco alto y bajo), y también personeros de los CUATRO Suyos del Imperio. Algunos autores indican que este Consejo se integraba con 16 miembros. A este respecto, el consagrado historiador argentino Fidel López, citado por Luis Baudin, apunta que la voluntad del soberano se hallaba limitada por un rito casi masónico, dato que reitera la intervención del AYLLU de la monarquía reinante en la política y administración del incario. La característica de estos Consejos era dar la supremacía a la nobleza, encabezada por el Inca, supremacía irreductible fundada en el sistema hereditario de casta.

Garcilaso, conocedor de muchas cosas de su raza materna, afirma que el monarca y los suyos hablaban una lengua distinta del quichua pero impusieron a éste como "lengua general" y, en otro capítulo de su obra, escribe que "la lengua particular" de los Incas "se ha perdido". Acaso sería ésta un dialecto sólo del grupo de ayllus o, más bien, de sus jefes que fundaron el Cuzco, oriundos de la región kolla. No es extraña la noticia de Garcilaso de la Vega acerca de la "pérdida" del dialecto propio de la dinastía gobernante, pues si bien él perteneció a ella por su madre Isabel Chimu y las mejores informaciones que recibía para componer sus obras provenían de su tío abuelo el AUQUI Cusi Huallpa y otros dignatarios cuzqueños, es explicable que Garcilaso no conociera aquel dialecto exclusivo reservado al Inca, sus muy allegados y los amautas. Extinguidos éstos, el dialecto desapareció.

Con una noticia más extensa, el Padre Cobo, citado por Luis Valcárcel, señala que Alonso Topa Atau, nieto de Huayna Capac, le informó que la lengua "particular" de los Incas provenía del valle de Tampu, la cual por "la mudanza que han tenido las cosas", cayó en desuso, recordando Topa Atau sólo algunas palabras. Es posible que el "particular" lenguaje de un círculo reducido, de origen lacustre altiplánico, fuera ampliado o perfeccionado por los jefes kollas durante su estada en los diferentes lugares y en el tiempo de su larga peregrinación, hasta llegar al valle de Guatanay. El valle de Tampu debió ser un sitio de esa peregrinación.

Al tratar del Imperio debe darse relieve al sistema hereditario de la monarquía, en el cual se escogía sabiamente al sucesor más Capac, hijo de la COYA o mujer legítima, como basamento de estabilidad política y garantía de buen gobierno, descartándose a los bastardos. La sucesión real en Europa y Asia, después de relegada la electiva de los primeros tiempos, salvo excepciones, no ha guardado la regularidad sucesoria producida en el Tahuantinsuyo. De otra parte, este Tahuantinsuyo formaba una especie de confederación de pueblos, aunque no convenida, antes que una patria unitaria, pues era hijo de la conquista. Cierta amplitud en el gobierno de los cuatro "virreyes" y el predominio de los CURACAS, fieles por convicción o por temor, permitían el funcionamiento de ese conglomerado que, a los ojos de varios historiadores, daba la sensación de un gran reino en el cual prevalecía la incorporación por no decir la fusión.

Los primeros Incas que se establecieron en el Cuzco difundieron el culto al Sol como quedó anotado, pero el pueblo seguía apegado a sus HUACAS, rito panteísta a manifestaciones de la naturaleza, particularmente el rayo al cual le concedía individualidad propia. Este culto popular coexistió con el milenarismo culto a los antepasados, formando el todo una fuerza unificadora en el AYLLU o, como afirma Bautista Saavedra "de solidaridad familiar". Empero, la nobleza, al amparo de su heliolatría, adoraba a un ser supremo abstracto, PACHA, creador y único. Con este culto embellecido con los mitos de Tici Wiracocha y de Pachacuti, la élite mostraba su espiritualidad. Esta élite, sin embargo, reverenciaba también a sus HUACAS y el culto a los muertos no le era ajeno.

El legendario apóstol Tunupa —hombre barbado según Posnansky— predicaba la hermandad entre los hombres y la justicia para los desamparados. Se le perseguía por los cambios profundos que anunciaba y hubo de alejarse de tierras aymaras. Algunos cronistas le hacen perecer en manos de Macuri, versión anacrónica entre el mito de Tunupa y la leyenda de Macuri. Otra versión hace de Tunupa y Wiracocha un mismo dios.

Inca Garcilaso sostiene que "tuvieron los Incas que el hombre era compuesto de cuerpo y ánima y que el ánima era espíritu inmortal, y que el cuerpo era hecho de tierra porque se lo veía convertirse en ello". El cronista y gran viajero, Francisco López de Gómara, expresa algo parecido en su "Historia General de las Indias" (1551). Edic. 1965), con un fuerte acento bíblico tan común entre estos primeros relatores: "pues creen bien —dice— la resurrección de los cuerpos y la inmortalidad de las almas". Pero el común volvía siempre los ojos a la madre tierra, a la PACHAMAMA, pues era ella la vida misma, la protectora de sus afanes de terrícolas y dominaba esta diversidad religiosa cierta tolerancia de inspiración política. El monarca hacía llevar al Cuzco las imágenes del culto de los sojuzgados a la par que imponía el del Sol.

El soberano oficiaba de Sumo Pontífice, conductor político y espiritual, concentraba en su persona un mandato que al ensancharse las fronteras de los reinos, le obligó a dejar la dirección religiosa en manos del Huilla Uma, jefe del culto y personaje del círculo familiar de aquél.

En el Cuzco bullicioso y abigarrado, juntábanse gentes de todos los pueblos y señoríos, pero tal era el orden reinante y la individualización de las provincias que, como cuentan historiadores, los visitantes se distinguían unos de otros por sus tocados y vestimentas. Transcribo una nota pintoresca de Víctor von Hagen sobre el particular. ("El Imperio de los Incas", 1973).

"Si se trata de YUNCAS de la costa, van embozados como gitanos; los COLLAS (de los alrededores del Lago Titicaca) llevan gorros en forma de una redonda paca de lana, en tanto que los CANAS (en la actualidad la aldea de Tinta) portan otra clase de gorra mayor y más ancha. Los CAÑARIS (de la provincia de Cañar y en el lejano Ecuador) se tocan con coronas de gruesas cintas como las usadas para los cedazos. Los HUANCAS (o sea los centinelas del campo que se localizaban alrededor de Jauja en el Perú central) usan cortas cuerdas que les cuelgan hasta más abajo de la barbilla y el pelo se lo trenzan. Los CANCHIS (la moderna Sicuani era su centro) llevan anchos listones rojos o blancos que les pasan por la frente. Todas estas tribus —finaliza el autor— se distinguen particularmente por la forma de su tocado".

Quedó dicho ya que la clase dirigente del Imperio la componían los individuos de los AYLLUS fundadores de la nueva capital. Estaba sujeta a severas ordenanzas antes de tomar su puesto en la administración, el sacerdocio o la milicia. Esta clase, con estatuto personal propio, encabezaba el monarca y su numeroso grupo familiar, y los "incas por privilegio", funcionarios de alguna significación así como los CURACAS o jefes del agro. Empero, la conducción superior de los negocios públicos correspondía a los hombres de la casa imperial, que los primeros españoles llamaron "orejones", como a los otros nobles, por la deformación física que les producían los grandes adornos que pendían de la oreja. El CURACA no era de la casta de los orejones pero gozaba de preeminencias, siendo acaso la principal verse eximido del trabajo agrícola que equivalía a no pagar tributos. Los de su AYLLU laboraban sus campos.

La masa del Imperio, agricultora por excelencia, tipificada por el HATUNRUNA o el PURIC, vivía apegada a la tierra que le marcaba el ciclo invariable de su jornada con los equinoccios propicios a las faenas campestres; mas su condición de plebeyo no podía llevarle muy alto ni muy lejos en la escala de sus ambiciones, si alguna abrigaba, porque su existencia entera

estaba destinada a la tarea agrícola sin escape posible. Del esfuerzo de estos hombres y mujeres, sin embargo, dependía la economía del reino, el sustento de una población creciente y la previsión alimenticia en depósitos resguardados.

Con todo, aun entre los HATUNRUNAS, en casos de excepción, los había mejor situados bajo ciertas condiciones de propia capacidad en un arte u oficio. Fundidores y artífices de alta calidad, alfareros y tejedores de nota, ceramistas incomparables, constructores, formaban la clase artesanal. "El cronista los denomina "ciudadanos de honor" por algunos beneficios a que se hacían acreedores. Además, por grupos o individuos, eran enviados a distintas provincias para enseñar las artes y oficios de su profesión, aunque en general residían en el Cuzco y trabajaban para la Corona y la Corte.

Pero la condición general del HATUNRUNA era limitada. Garcilaso refiere que el Inca Roca predicaba que no debía darse enseñanza a los hijos de la gente común y que "no aprendiesen las ciencias, las cuales pertenecían solamente a los nobles, porque no se ensoberbiesen y amenguasen la República". Y apuntaba esto más: que "les enseñaran los oficios de sus padres que les bastaban". Con esta revelación de un hijo de un AYLLU imperial, queda establecida la desigualdad reglamentada en materia de enseñanza, desigualdad que condena toda ansia de superación en el siervo de la gleba.

No era esta prohibición de avanzar en el dominio de la cultura cosa extraña o única en el universo de esos tiempos; sin embargo, el caso del incario tenía de odiosa la prohibición de la enseñanza para los hombres del campo, colocándolos por disposición del gobernante en inferioridad de condiciones, lo que casi equivalía a dar al trabajador los caracteres de un forzado, ajeno a la luz del conocimiento.

La cita de Garcilaso de la Vega, según él manifiesta, la tomó del Padre Blas Valera, tan citado y apenas conocido, cuyos papeles aunque incompletos le facilitaron los jesuitas.

La enseñanza abarcaba para los "nobles" e hijos de CURACAS y de jefes de pueblos conquistados, una severa educación física, manejo de los QUIPUS de las funciones administrativas, de las labores agrícolas, historia, los ritos del culto solar, astronomía, matemáticas y, con especial empeño el arte militar.

Consecuentemente, la sabiduría y la cultura estaban reservadas a los AMAUTAS y al grupo gobernante. De esta suerte, la inteligencia creadora, la que analiza y sintetiza, vale decir la intelectualidad de esos pueblos sometidos al Cuzco, resultaba peligrosamente acaparada por los que se agrupaban alrededor del soberano y hablaban el "idioma particular" de los Incas. La sangrienta lucha entre Huáscar y Atahuallpa dió principio a la exterminación de esa categoría pensante y la Conquista dispersó sus fuentes de inspiración. Así el genio cortesano se acostó temprano.

VIII

Los kollas al establecer la dinastía en el Cuzco llevaban consigo porque les era congénita, como a otros pueblos, la antiquísima célula de la comunidad agraria, el AYLLU, constituido por los descendientes de un antepasado común, fieles a su PACARINA o ancestro, figura central del culto a los muertos. La personalidad del grupo pertenecía a esta célula social y, como expresa Bautista Saavedra, "a esta célula típica originaria de donde proceden las demás formas de desdoblamiento humano".

Al tornarse sedentaria dominaba en la célula la razón territorial, como en todos los casos de partidas antaño nómadas. Este AYLLU mantenía supervivencias de consaguinidad que, luego de extenso lapso, se ampliaría con elementos "agregados" por necesidad económica de aumento de la producción agrícola para una población cada vez mayor.

En el valle de Guatanay y comarcas vecinas y aun lejanas, que dominaron Tiahuanaco y el Kollao, el AYLLLU ya existía y los primeros migrantes según la crónica, formaban diez AYLLUS y traían su culto privativo a los antepasados, no eran en verdad extraños, una vez que la raíz mongólica se había extendido por la dilatada región.

Aplicadas al AYLLU y, en verdad, a toda célula social, se adaptan las palabras del escritor americano Hendrick van Loon en "Tolerance" (1945) acerca de las primeras agrupaciones humanas. En su estilo peculiar el historiador expone: "la sociedad primitiva estaba dominada por una única idea, un deseo subyugante de sobrevivir" y, más lejos, dice; "todas las otras consideraciones fueron sacrificadas a la única exigencia suprema: vivir". Añade después; "El individuo no contaba para nada. La comunidad libre contaba para todo y la tribu se convirtió en una fortaleza errante que vivía por sí misma y de sí misma y que halló la seguridad únicamente en la exclusividad".

Este desenvolvimiento se ha repetido a través de los siglos y se reproduce hoy en alejadas regiones del universo, donde existe la tribu y, básicamente casi siempre, es endógena por instinto de defensa que se combina con las demandas de la alimentación. En América, investigadores comparan al AYLLU con el CALPULLI azteca que el historiador Alfonso Teja Zabre describe así: "Cada familia o tribu recibía un lote de tierra. Dicha propiedad no pertenecía a cada habitante, sino al "calpulli" o comunidad. La propiedad de la tierra sólo fue individual respecto a las tierras de la nobleza".

El AYLLU consanguíneo es la columna vertebral del incario. Su voluntad, no obstante el autoritarismo del gobernante y del CURACA o MALLCU, es acatada cuando se expresa en términos agrícolas, particularmente en el reparto de tierras, pues antes que al Inca o al Sol, corresponde al AYLLU la primacía en el conjunto de lotes de cultivo y, desde luego, la entrega individual o familiar de cada parcela. Por tradición de tenencia o cierto derecho consuetudinario, el AYLLU tiende a ser propietario del campo asignado. Casi siempre éste es el mismo y se presenta una similitud con el terreno entregado al campesino.

En la horda de los días prehistóricos no existía el lazo de la tierra para mantener la cohesión y unidad de sus componentes. La forzada consanguinidad de este puñado de seres revelaba un sentido de defensa, pero su vínculo físico pudo estar en cierto tipo de matriarcado que se advierte en tantas formaciones humanas protohistóricas. El AYLLU venía de lejos cuando de él hablaron los primeros cronistas. Abona esta idea del matriarcado una sentencia del arqueólogo Adolfo Bandelier, cuando dice que "la descendencia era en línea materna; es decir que los hijos seguían en el clan de la madre".

En un renombrado autor, Fustel de Coulanges, "La Cité Antique" (Edic. 1957), se encuentra un interesante punto de vista sobre la cohesión que se advierte en las sociedades primitivas. Expresa el ilustre profesor: "la unión de los miembros de la familia antigua ha consistido en algo más poderoso que el nacimiento y que la fuerza física; es la religión del hogar y de los antepasados la cual hace que forme la familia un cuerpo en esta vida y en la otra". Con opinión un tanto contraria a lo dicho por el celebrado escritor francés, el sociólogo Lester F. Ward, en su "Compendio de Sociología" (1914) sostiene que "el sentimiento es la única fuerza psíquica y al mismo tiempo fuerza social fundamental" en el afán unitario de los núcleos primarios.

Es indudable que al correr de los años, el AYLLU haya experimentado algunas transformaciones sin herir la substancia de su constitución. El crecimiento de los cultivos, ya anotado, atraía a otros campesinos a la célula-tierra ajena; pero también el fenómeno debió tener lugar en los AYLLUS "aristocráticos" del Cuzco y ni que decir de los "imperialistas" que absorbían alguna clientela porque no escapaban esos núcleos al juego político que bajo superficie se movía en la capital en busca de prebendas, donaciones y posiciones superiores. Por último, la concentración de AYLLUS en aldeas o MARCAS, daba nueva fisonomía al viejo AYLLU. Un autor indica que el Inca era "jefe del AYLLU reinante" y añade que "toda la importancia del Inca depende del valor que le da el AYLLU".

En la MARCA no había fusión de AYLLUS. El soberano parece haber auspiciado la formación de esos centros de campesinos con vista a unir los sentimientos de su destino común y dar impulso a los avances de la agricultura. Es posible que la organización de las MARCAS obedeció a requerimientos de defensa aunque no se ha probado que en esos lugares hubieran sus moradores levantado fortificaciones.

La razón de perdurabilidad de la comunidad agraria no es otra que la compulsión inescapable que llevaba a sus integrantes —y dicho esto con redundancia— a aumentar la producción de los campos, en buena parte pobres y con medios deficientes. De ahí el trabajo duro del HATUNRUNA, sostén de la colectividad, de quien por disposición de gobernadores y

CURACAS "procuraban que los indios jamás estuviesen ociosos". Empero, el AYLLU al cumplir su cometido socio-económico mediante la labor por separado o conjunta "absorbe inexorablemente al individuo".

Quien haya leído la vida de las abejas de Mauricio Maeterlink, no podrá menos que imaginarse construidos en los altiplanos andinos, enormes colmenas donde miles y miles de hombrecillos cosechando los frutos de la tierra, metódica e incansablemente para el propio magro sustento, pero más para otros, grandes y pequeños, mediante el uso de vastos depósitos sin que faltasen ni un gramo de sus aportes.

La calidad del suelo y su condición accidentada y serrana en gran parte, exigían trabajos en común en las tierras del Estado y del Culto; era permanente el cuidado de las obras de irrigación, la construcción de canales, la perforación de la roca en labores mineras, la apertura y conservación de caminos, la lucha contra la erosión con un acondicionamiento de terrazas en cerros de cultivo que los hay por doquier. Todo esto estaba en la tradición laboral del incario y anterior al incario.

La obsesión del trabajo agrícola o la relación del hombre con la tierra alcanza el más allá. En la exigencia de ese más allá, que se encuentra en tantos pueblos, está el depósito de semillas en las tumbas para que el indio pueda sembrar su TUPU en el mundo de los muertos. A medida que el hombre sube en la escala social y se aproxima a la corona, las necesidades del más allá crecen, y en la sepultura se dejan numerosos objetos, algunos de alto valor, que requerirá el ausente. Entre los Incas gobernantes que creían en la existencia del alma —como ya se anotó— los objetos funerarios debían resultar acaso de forma.

Cabe concluir con las ofrendas dadas al muerto no se limitaban a éste sino que se dirigían al espíritu o ánima que habitaba con aquel bajo tierra. El culto a los antepasados iba más allá de los despojos humanos, pues venía a significar para los muertos un cambio de vida, una vez que al venerárseles se pedía su protección y ella producía la cohesión familiar permanente del AYLLU, suma de hogares individualizados.

La religión en los pueblos antiguos revestía una importancia impar. Era el lazo de unión familiar y tribal, aunque no el único y así la propagación religiosa de la nación motivaba el asentamiento del sistema de gobierno o sea la autoridad del mandatario. El culto del Sol tuvo ese objetivo. Desobedecer al Hijo del Sol implicaba un acto sacrilegio.

El distinguido historiador peruano Luis Valcárcel, en su monumental tratado ya citado, pinta un cuadro idílico del AYLLU milenario con estas palabras que vale la pena reproducir: "Son muchos miles de AYLLUS los que ocupan el quebrado territorio, en cada repliegue, en cada hoyada, en el regazo de las montañas, a orilla de los ríos y de los lagos; allá pueden plantar y cosechar, vivir plácidamente un año tras otro hasta hacerse viejos y morir sin angustia" .

Otro autor comenta que "normalmente el indio, a menos que muriese en acción de guerra en alguna tierra lejana o que fuese transferido de lugar por sus superiores, nacía, vivía y moría en su AYLLU y éste era el primordial y esencial objetivo de su lealtad". En las anteriores frases se encuentra trazado el estrecho y cerrado marco de la existencia del campesino en su único medio social. La residencia forzada en el campo bajo la vigilancia del CURACA y, a veces del Inspector, volvía tal vez odiosa la vida del HATUNRUNA pero le salvaba la costumbre inmutable que le amarraba a sus campos, sin ningún aliciente para irse a otras comunidades o centros poblados.

En rigor de verdad, no cabe afirmar que el AYLLU practicaba un comunismo agrario, pues la cuasi propiedad si bien colectiva era de la comunidad misma y no del Estado, y el producto individual o familiar que trabajaban separadamente los indios su parcela, no rendían cuenta a nadie del provecho de su labor. Originábanse así pequeñas diferencias debido al personal esfuerzo, cuyos excedentes eran absorbidos por ferias y mercados, mediante el trueque o sirviéndose de moneda-mercancía: el maíz, la sal, el algodón u otros bienes. El oro y la plata, supérfluos al decir de Garcilaso de la Vega, sólo representaban un valor ornamental; de ahí su acumulación en templos y palacios.

El AYLLU recibía un espacio laborable definido y suficiente y sólo él podía distribuir los TUPUS, ejerciendo indudablemente una especie de derecho propietario que nadie le discutía;

además, el señalamiento del área agrícola del AYLLU era principal y primordial y se mantenía sin variaciones que no estuvieran indicados por los cambios producidos entre los HATUNRUNAS por muerte, ausencia, matrimonio.

La tierra arable se dividía en tres partes como es bien sabido: la del Inca, la del Sol y la del AYLLU. La unidad económica era el TUPU. Cada campesino laboraba con los suyos su lote y reconocía la obligación de ayudar en esta tarea a los ancianos, viudas, enfermos, y ausentes. Esta obligación de alto sentido moral, la MITA o tributo en forma de trabajo que, en este caso, tenía lugar dentro del ámbito de las preocupaciones campestres habituales del aborígen, mita muy distante a la de los trabajos en minas y otras ocupaciones que se identifican con el concepto de trabajos obligatorios fuera de su medio.

Escribe el Padre Cobo, jesuita del siglo XVII, al relatar las condiciones del indio en sus faenas la siguiente amena descripción: "Tienen sus cantores alegres, acomodados para cuando aran, los cuales cantan todos a una, entonando uno y siguiendo los demás, llevan su compás tan puntual que el golpe que dan en la tierra con las TACLLAS no discrepa un punto del compás de sus cantos y así como éste, van todos a una, lo van también en levantar las TACLLAS y herir con ellas la tierra que cierto es de gran gusto verlo, arar a su manera como yo los he visto tantas veces, porque sus cantares son agradables y suelen oírse a más de media legua de distancia".

Al respecto se debe tener en cuenta que "la Historia del Nuevo Mundo" de Bernabé Cobo, es de un siglo posterior a la Conquista, y no hace mención al arado que se usaba ya en España, de origen romano, instrumento curvo con reja y arrastre aunque todavía de madera. Posiblemente lo visto por el Padre Cobo, fue en una región con insuficiencia de tracción animal conservándose entonces la TACLLA. Consistía ésta en un largo palo cuya punta se endurecía al fuego y se introducía en el suelo con un fuerte golpe, cavando así un hoyo en el cual la mujer que seguía echaba la semilla. De otra parte, el trabajo en común, ya con los españoles, sólo podía corresponder a grandes feudos de los encomenderos.

Sobre la labor del HATUNRUNA, Valcárcel manifiesta de manera rotunda algo de alto valor humano. Dice: "en ningún tiempo era exigido a los pobladores que ofreciesen tributo nada de lo que produjeran sus propios bienes, ni hubo obligación de que le diesen ni a los CURACAS ni a los depósitos comunes del pueblo ni a los gobernadores del rey ni a los templos ni a los sacerdotes". Es un principio de justicia que asegura la supervivencia de los agricultores por estrecha que sea la medida de su campo de cultivo.

En resumen, tres son las bases y proyección del AYLLU: la religiosa mediante el culto a los antepasados y la veneración a sus HUACAS; la económica por su condición de grupo que producía para sí y para el consumo del Estado, a manera de tributo fiscal; la política al formar aldeas o MARCAS, base de futuras transformaciones sociales. Lo que importa dejar sentado, en la organización del poder centralizado del Imperio, es que nace del conjunto de AYLLUS y de la inamovilidad de los CURACAS, varones de su propio AYLLU.

Por último, recordando una vez más a Epicteto, filósofo estoico, de que el hombre completaba la suma, no se podría ignorar que el humilde integrante del AYLLU era considerado como fuerza laboral de conjunto, pero escasamente como individuo. Cobraba, sin embargo, una singular vivencia, gracias al culto a los antepasados, cuando moría.



El tambor formaba parte de las fiestas en que los tribeños hacían pantomimas tomadas de su vida cotidiana. Los hombres están vestidos de pájaros. De un dibujo por Felipe Guamán

IX

Entre los medios que controlaban las necesidades de la colectividad, regulaban la producción y adaptaban ésta al consumo, estaba el ingenioso sistema numérico y estadístico de los QUIPUS, ya mencionado; el desplazamiento forzado de seres humanos, a veces de AYLLUS enteros y la obligatoriedad del trabajo. La crónica colonial y la moderna investigación reconocen a los QUIPUS el mérito de haber permitido al Inca, en la medida que daba su rudimentario mecanismo, cuidar de la subsistencia de una considerable masa humana, sin entorpecerle, sin embargo, fomentar su crecimiento "maravilloso", según palabra del jurista, y Corregidor del Cuzco, Juan Polo de Ondegardo.

Determinados factores políticos y económicos, el empobrecimiento de campos arables y plagas agrícolas debieron romper, más de una vez, el equilibrio entre la producción y el consumo alimenticio en las zonas serranas. Ondegardo declara que de cinco cosechas, tres eran malas. Con el fin de salvar semejante quebranto, el Inca practicó el traslado de campesinos. Las poblaciones o grupos transplantados, los MITIMAES, emigrantes a la fuerza, eran algunas veces colonos enviados a regiones menos pobladas para acomodarlos a los recursos del suelo o extender los límites de la labor agrícola; otros, artífices especializados que, a más de instructores de su oficio, se encargaban de mejorar las condiciones de vida, particularmente en territorios recién conquistados; por último, se trataba de migraciones con fines políticos, llevando a provincias sublevadas a grupos fieles o alejando a AYLLUS rebeldes, sin olvidar a los individuos que se dedicaban a la enseñanza del quichua. Este idioma se hablaba en los centros gubernamentales y en las guarniciones. Los historiadores señalan a Pachacutec el haber instituido la obligación de dicho idioma, originario propiamente —como se dijo— de la parcialidad quichua. Otras relaciones indican que antes de Pachacutec ya se había hecho compulsivo el uso del quichua en el naciente Imperio.

Markham refiere de los kollas que el Inca Tupac Yupanqui, buscando la paz "permanente" en el Kollao, llevó numerosos AYLLUS de esa nación a "Arequipa, Moquegua y Tacna". Estos y otros MITIMAES gozaban de la conformidad de los naturales del lugar donde iban a residir para que les construyesen casas, ayuda en el trabajo y donaciones de semillas y otros objetos que facilitasen su adaptación a sus nuevos hogares.

Se ha especulado largamente acerca de la bondad del traslado de poblaciones, recurso usado en la antigüedad con harta frecuencia. Júzgase que las migraciones de AYLLUS se traduce en un debilitamiento de éste por restársele un segmento de su fuerza laboral, siendo relativo al beneficio que recibe el país de inmigración con sujetos exógenos, a veces mal adaptados y acaso resistidos. Si como subraya del Pomar el AYLLU define "la estructura política del Imperio" y éste es una "confederación de AYLLUS", bien se advierte que el sistema de estos trasplantes debió suscitar a veces problemas contrarios a la intención del soberano. La coacción era entonces norma generalizada.

En una anotación de índole sociológica el autor de "El Ayllu" manifiesta que el trabajo de las tierras se practicaba "en comunidad", lo que era indudable en las labores primitivas, y aduce que "esta cohesión primera del grupo y su aislamiento respecto de otros, se refleja visiblemente" y termina sosteniendo esta verdad histórica de carácter universal: "La cooperación agrícola tiende, en virtud de la división del trabajo social, a individualizarse y esta individualización se deriva del fraccionamiento o distribución familiar y aun personal de los lotes de cultivo".

Este fenómeno económico social es un preludio, aun lejano, de la apropiación individual de bienes que se opera con el crecimiento del conglomerado humano. No se desconoce que la capital cuzqueña no era sino un conjunto de AYLLUS privilegiados, dominados por la realeza y los OREJONES. Los artífices que se llevaba a la Corte era individuos y no AYLLUS y si se les otorgaba algunos privilegios, no contaban en las filas de la nobleza pero iban constituyendo un principio de clase media.

Von Hagen, varias veces citado, tiene una idea tal vez más cabal sobre el papel de importancia de los MITIMAES, pues los considera "civilizadores como las legiones romanas", en oposición a los autores que manifiestan un criterio contrario. La cita del historiador americano es inspirada, posiblemente, en lo que expresa Cieza de León sobre el particular, es decir la unificación del Imperio cuyos vastos territorios podían escapar a su vigilancia. La idea de la unión de pueblos dentro del incario no podía menos que recibir un aliciente con muchos de esos trasplantes de población, pero lo buscado, específicamente, era más una política para mantener la paz y obra civilizadora en beneficio de zonas conquistadas.

Un dato curioso es aportado por Rigoberto Paredes con referencia a sucesos del Altiplano que merece la transcripción: "En los últimos tiempos del Imperio incaico se hallan tan diezmados (los kollas) que Huayna Capac, con ánimo de repoblar el valle de KKOCHAPAMPA donde también habían sido exterminados los charcas, hizo allí cabecera de provincia de MITIMAES de todas partes porque los naturales eran pocos y había aparejo para todos, en que la tierra era fértil".

Sobre la MITA corresponde apuntar que, en esencia, constituía un trabajo forzado del que nadie podía excusarse; en verdad, ella se refería al común. El agricultor con trabajos para ajeno beneficio, el minero, el constructor de viviendas y caminos y obras públicas y otros cometidos, pagaban su tributo con estas labores, regimentadas con precisión. El HATUNRUNA en medio de este movimiento demográfico, era además soldado al igual que el del Lacio; si partía en servicio, los de su AYLLU, reglamentariamente, debían cuidar de su parcela de cultivo.

Siempre bajo el peso del problema de las subsistencias, el poder central estableció los almacenes, graneros o depósitos en los cuales se amontonaban toda suerte de mercaderías y materiales, cual se dijo en páginas anteriores. Este mismo problema llevó al Inca a conservar, como sus antepasados de las altiplanicies, la patata deshidratada, producto que desafiaba al tiempo y muypreciado. Estos almacenes constituían una prueba de solidaridad colectiva y de contribución más bien estatal, una vez que de la cosecha propia del campesino nada iba a esos graneros, y de esa solidaridad superior, el mayor beneficiario resultaba el común en días de escasez. De ahí la frase: en el Imperio nadie padecía hambre!.

La importancia del trasplante de poblaciones radicaba en la consolidación del Imperio. En las conquistas, el soberano consideraba como elemento primordial la aplicación de este sistema, ya que daba paso a una obra "colonizadora" significativa. El historiador americano Alden Mason "The Ancient Civilizations of Perú " (1957), proporciona una información sugestiva sobre este cambio de grupos humanos que parece un tanto fuera de realidad: "el sistema —escribe— ha

estado en práctica menos de una centuria antes del tiempo de la conquista, y para entonces muchas de las tribus, en los Andes y costas del Perú, habían perdido su identidad, su lenguaje y varias de sus peculiares costumbres".

Más adelante, Mason explica que ciertas colonizaciones aymaras "las había en la costa y cálidas faldas de montañas del Este". Y puntualiza: "los aymaras habitaban y habitan la parte más alta, fría e inhóspita del altiplano y al permitirseles acceso a los frutos y otros productos del trópico o semi-trópico, el Inca les permitía fundar colonias en esos lugares. Estos eran enclaves homogéneos bajo el mando de sus propios dirigentes". Lo que dice Alden Mason hace suponer que tales centros sólo fueron establecidos con fines de descanso rotativo para ciertas gentes de la altura, constituyendo ello una previsora y plausible medida de bien público.

Pasando a otra consideración interesante, se debe anotar que la propiedad privada del HATUNRUNA centraba en su vivienda, pocos animales domésticos, utensilios del hogar y prendas personales y, dicho aparte, la llama, factor económico invaluable. El quipu registraba los rebaños del Inca y del Sol. Elemento de transporte que únicamente existía en el mundo incásico, proveedora de lana, carne y cueros y uso de huesos, que ya tres mil años atrás y tal vez más, antes de la era cristiana —afirman los morfólogos— vagaba en la gran meseta andina, emigrada también de Asia —según muchos autores— con ciertos camélidos. El transporte de carga, en otras latitudes recaía sobre el hombre o como sostiene un historiador, "la primera bestia de carga era la mujer; el hombre quedaba libre para combatir".

La vivienda propia y hereditaria daba al campesino una sensación de seguridad. Esta vinculación estrecha de hombre a tierra, había formado en el indio el concepto de que su vida limitada le era grata, fuera de preocupaciones mayores del mundo exterior. Para Inca Garcilaso, persona de estrato aristocrático, esta situación reducida del terrícola "era vida de gran perfección".

Gentes del común y de la Corte, por voluntad del soberano mediante donaciones, recibían en propiedad ganado, vestimentas y TIERRAS. Estos beneficios recaían más sobre los OREJONES y artesanos de la capital o funcionarios cercanos al monarca. Según Ondegardo, no sólo a nobles sino que a gente del pueblo el Inca efectuaba donaciones a título hereditario. Tal propiedad no era la colectiva ya que no entraba en las particiones de usufructo, y menos afectaba al AYLLU. Resultaba, por naturaleza, típicamente individual.

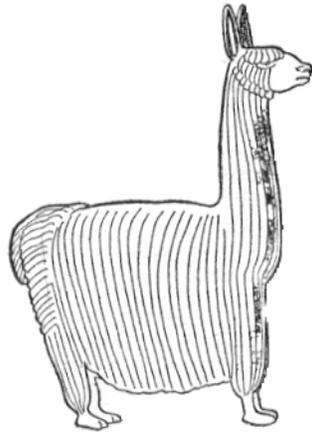
Al hablar de la llama, no resisto la tentación de reproducir aquí el bello soneto del eximio poeta y noble amigo Gregorio Reynolds:

Inalterable por la tierra avara
del Altiplano, ostenta la medida
de su indolente paso y su apostura
la sobria compañera del aymara

Parece, cuando lánguida se para
y mira la aridez de la llanura,
que en sus grandes pupilas la amargura
del erial horizonte se estancara

O erguida la cerviz al sol que muere
y de hinojos, oyendo el miserere
pavoroso del viento de la puna,

espera que del ara de la nieve
el sacerdote inmaterial eleve
la eucarística forma de la luna "



X

Con frecuencia en estos breves apuntes y particularmente al juzgar el régimen político-social del incario, he consultado a Luis Baudin, prestigioso historiador de ese oscuro pasado imperial. Sus datos e informaciones son interesantes y, en cierto modo, convincentes. De ahí que pueda considerarse al ilustre profesor de la Universidad de Dijon como uno de los maestros de la moderna divulgación de la historia de los reinos cuzqueños, a pesar de críticas suscitadas por algunas de sus conclusiones.

Empero, si bien merece acatamiento este prolijo investigador, me aparto de él cuando se trata de considerar lo que fue el Imperio, ya en su madurez, en su sistema político y ordenamiento social que mucho ha dado que hablar en las últimas décadas. Baudin afirma que "la tendencia a la individualización ha sido paralizada por la aplicación del sistema socialista del Inca y la cuasi-propiedad, constituída por donación, ha quedado la excepción".

Tropezamos aquí con uno de los capítulos más sugestivo y controvertido de la civilización incaica, capítulo que se refiere al basamento de todo el conglomerado humano regido desde el Cuzco, y singular por más de un aspecto debido, en gran parte, a su aislamiento de otros grupos humanos de significación. Baudin, con larga permanencia en el Perú, incurre a mi juicio en un error al sostener que esa cuasi-propiedad fue paralizada por la aplicación de un sistema socialista, implantado por el Inca, vale decir por los últimos monarcas.

Esta conclusión es ilógica y no parece precisamente comprobada por los hechos ni por la naturaleza del hombre, siempre en procura de una mayor suerte y de ampliar el campo de sus ganancias y ventajas. Un proceso que halaga a la condición del súbdito no cabe anularlo por simple dictado del gobernante; es más obvio y real reputarlo vigente. La práctica política de las donaciones era el instrumento de que se valía la Corona para asegurar la fidelidad de cortesanos y allegados y gente que sobresalía, y nada indica fehacientemente que hubiera dejado de usarlo.

Se trata pues de precisar si la civilización incaica representaba una normal evolución del primitivo colectivismo agrario de trabajos en común y reparto según las necesidades, propia de todas esas sociedades antiguas, hacia un individualismo posterior a través de esas etapas que la Historia señala en tantos pueblos o, si era la resultante de un estado político-social que, situado al margen de esa evolución, había saltado o ignorado el período del individualismo para afincarse en la tendencia de un supuesto socialismo, a pesar de contradicciones de ambiente y de época y una evidente confusión de conceptos en los que escribieron, guiados por la tradición oral.

Esta confusión —vale reiterarlo— de las relaciones de cronistas e historiadores se acentúa mas tarde por el afán de los escritores modernos de colocar a las instituciones del incario en el marco de los sistemas políticos del Viejo Mundo. Así encuéntrase a quienes hablan de un gobierno comunista, de colectivismo agrario, de socialismo de Estado, de teocracia absolutista, de socialismo aristocrático y autocrático.

En el interesante cuaderno, titulado "La Vida Cotidiana de La Paz 1800-1825", de Alberto Crespo Rodas y colaboradores, se lee: "Si se trataba de definir el imperio de los incas con la terminología actual, no habría la menor duda en calificarlo de totalitario".

Dicho en otra forma: este error proviene de aferrarse a la sistematización política de nuestros días para fijar conclusiones sobre una sociedad arcaica, con escasos contactos exteriores. Más lógico es sostener que el Tahuantinsuyo, producto de su propio medio y de la idiosincrasia de sus gentes, presenta algunos caracteres de uno y otro de aquellos sistemas políticos sin estar encuadrado en ninguno. El Imperio cuzqueño aparece entonces como una teocracia de castas cerradas, edificado sobre congregaciones agrarias ancestrales que soporta un conjunto de normas de previsión esenciales donde la propiedad privada de bienes tiende a crecer paulatinamente, conjunto humano que desconoce el beneficio de la igualdad, entre unos y otros grupos superiores del Imperio.

En Markham se encuentra una opinión de lo que fue el sistema de proveer a las necesidades de la colectividad, importando ello una errada definición de lo que es el socialismo bajo la influencia de prejuicios de su época. Dice: "Esto era por cierto socialismo como se lo soñaba en tiempos pasados e impracticable por teóricos que hablan de ello. Existió alguna vez porque las condiciones esenciales se combinaron en cierta forma que posiblemente no ocurra más: inexorable despotismo, absoluta exención de cualquier interferencia externa, un pueblo muy peculiar en un estado inicial de civilización y extraordinaria combinación de hábil conducta estatal". Para el ilustre miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres, el despotismo y no la igualdad sería lo que determinaba el advenimiento del socialismo en un Estado.

Se diría que Clements Markham quiso establecer o insinuar una comparación entre el liberalismo manchesteriano de la época victoriana —su época— y un supuesto socialismo dominante en el gobierno del Cuzco, socialismo que juzgó "impracticable" ya en su tiempo. Curiosa aseveración una vez que antes de conocerse los escritos del celebrado peruano en Inglaterra y en Europa occidental se encontraba en franca y pública discusión la doctrina de un socialismo, que no era utópico, y que se luchaba por imponerlo.

No pretendo aquí dar una definición escueta de la cuestión social en el incario. Me limito a ensamblar los elementos salientes del Estado para aproximarme mejor a su verdadera fisonomía. En la evolución del mundo de los Incas un hecho resulta patente: al constituirse el Imperio no existía otra propiedad que la comunaria perteneciente al AYLLU; y el Inca y los suyos formaban su propio AYLLU, la célula-tierra o célula-social.

La donación de tierras y de otros bienes, constitutiva de dominio, fue obra del soberano en posterior etapa, ya imperial, y no la revoca. Confirma este importante aserto el prolijo historiador Valcárcel en el siguiente párrafo de su ya citada obra: "a la regla general de ese reparto (al Inca, al Sol y al AYLLU) seguía cierta excepción consistente en algunas mercedes que hacía el Inca a gentes beneméritas en remuneración de sus servicios o por sus hazañas en paz y en guerra. Dichas mercedes —agrega— importaban alguna adjudicación de TIERRAS concedida a persona particular y a sus descendientes, con la expresa condición de que la parcela no podría ser objeto de ningún género de contrato ni partición, y así se mantenía en cabeza del pariente mayor y de ella gozaban todos los miembros del linaje de la persona originariamente favorecida".

En otra observación de este meritorio escritor, se lee: "el verdadero dominio de la tierra correspondía al pueblo y a sus antepasados, pues era un derecho menor el del Inca o el de la Iglesia". Más lejos, Valcárcel añade: "Los obsequiaba (a los capitanes) con ganado y TIERRAS de labor que pasaban a ser su propiedad". Y recuerdo el profesor limeño que el Padre Acosta manifiesta lo mismo.

Con este tipo de mayorazgo se tiende, insensiblemente, a crear una clase económicamente privilegiada, tanto más poderosa cuanto sus componentes son gente principal y poseen numerosos servidores, los YANACONAS, nombre que proviene de los indios sublevados de Yanaco y que, por extensión, se aplicaba a los sometidos a una semiesclavitud en provecho de OREJONES y CURACAS y aún otros beneficiarios. Baudin expresa que el YANACONA "se encuentra colocado al margen de la sociedad incaica", juicio que vale por un testimonio autorizado y que contradice toda idea de un régimen socialista que vendría a sostenerse sobre una servidumbre extremada.

Frente a este estado cambiante de cosas debido a las donaciones, cabe preguntar: ¿cuál hubiera sido la resultante posterior si la Conquista tarda en llegar con su fuerte individualismo? o, en otras palabras, ¿cuál ha sido el sentido real de esa civilización andina, acosada por el imperativo de alimentar a masas y gentes de la Corte, del ejército y del culto? La pregunta tiene alcances que sólo pueden ser medidos teóricamente porque la eventualidad no se produjo y España halló un gran reino absolutista en trance de ver amenazada su política de unificación por el enfrentamiento despiadado entre dos hijos de Huayna Capac.

El llamado principio de población, afirman algunos autores fue dominante en la política del incario en su relación con la producción agropecuaria o, como escribe Rigoberto Paredes, "la administración política del imperio incaico tenía por base la población y no el territorio", referencia al sistema de traslado de poblaciones sin considerar el territorio de que éstas eran oriundas y menos al que eran llevadas de por vida, cuando había interés político o económico en ello.

Estas situaciones han conducido a ciertos historiadores, entre los cuales a Luis Baudin, a sostener que el Inca fue creador de una práctica de economía dirigida, bajo un plan aplicado desde arriba. Es decir, que el soberano impuso una economía planificada, con absorción del individuo por el Estado y, en consecuencia, que el Imperio fue socialista. Sin embargo, en ese Imperio penaban los YANACONAS, sumidos en "una esclavitud apenas disimulada", según escribe, en otro párrafo, el mismo Baudin.

La conclusión parece forzada. Las patentes negaciones de la política cuzqueña a fundamentos básicos del socialismo, indican más bien que el Imperio emergía, después de lenta marcha y duros contrastes, del colectivismo comunario antiguo hacia una individualización de bienes o de mercados que no excluía la de tierra, sin apartarse de ese organismo agrario ancestral, el AYLLU, porque no encontraba medios de sustituirlo, pero es preciso repetirlo, no prescribía la apropiación del trabajo familiar del campesino. Y como las donaciones o sea individualización de bienes aprovechaba mayormente a los que rodeaban al monarca, natural fuera que aquellos buscaran extenderlas. Además, con un solo elemento de juicio —una economía dirigida— no cabe clasificar un sistema político.

XI

En el drama de Ollántay admite del Pomar "la humanización de la dinastía incaica" ya que el premio que recibe el héroe, en vestimentas y objetos preciosos, "establece el precedente de la propiedad individual, no a consecuencia de conquista o despojo, sino bajo la forma de recompensa conferida al merito". Vale agregar que en este caso el favorecido es hombre del común. La versión humanitaria del perdón que recibe Ollántay es considerada una adulteración por algún "cronista de convento". En su bella obra sobre este episodio del teatro incaico, Fernando Diez de Medina en "Ollanta" rectifica aquella versión e interpreta rectamente la inexorabilidad de la justicia cuzqueña y la fuerza del destino.

Condenado a muerte el gran guerrero, su orgullo lo lleva al suicidio antes que sufrir la indignidad del cadalso. Otros escritores que se ocuparon del tema cuentan la victimación del protagonista en la hoguera.

Cabe decir algo más: la obra dramática según del Pomar, viene a representar un tema social de la mayor importancia, el cual sin duda debió ser apreciado en su tiempo no sólo por el mensaje del argumento sino también por el significado de la producción. No se trata de una fusión de clases pero sí una aproximación que anuncia una nueva etapa de relación entre el Inca y el pueblo. Se destruye "la divinidad de la casta imperial", dice aquel autor. Esta pieza de teatro refleja, pues, un principio de cambio en el pensamiento del soberano y una esperanza en los anhelos del común. La rigidez que imperaba en el contacto entre autoridad y trabajador aparece en trance de convertirse en un diálogo —si se me permite la palabra— entre dos poderes que procuran acercarse porque entre éstos se encuentra el hijo que nacerá de Coyllur y la muerte del predestinado. El drama presenta una interrogación al futuro: ¿hasta dónde irá este destello de proficua unión humana por encima de los prejuicios de siglos? La respuesta sólo podrá darlas el futuro y, en verdad, ese futuro es corto si se señalan los días desde el reinado del Inca Pachacutec, como los iniciales de esta transformación social.

La versión del perdón que toma Cossío del Pomar, y que generalmente se conoce, refleja el sentimiento cristiano que aparece en el texto, posiblemente, adulterado por quien o quienes, en los albores de la Conquista, escucharon de labios de un QUIPUCAMAYOC o de un HARAHUICUS (trovador de la época - aún existente, la cuenta del drama -) al decir de Pacheco Zagarra en su presentación de la obra, traducida por él al francés (1878) y espantados aquellos copistas de la fiereza del Inca que ordenara matar al héroe andino, dulcificaron el final de la obra, representativa más de una gesta de rebeldía que de una voz de apaciguamiento político-social.

En la clasificación socialista en la cual varios historiadores ponen al Imperio, entre ellos Baudin, corresponde anotar que este último no se cierra en una definición categórica, pues con franqueza señala sus dudas al respecto cuando sostiene en su notable obra que "el Imperio no estaba socializado, estaba en vías de socialización". Y avanza un juicio pesimista acerca de la decadencia próxima de esos reinos al escribir que "los miembros no estaban todavía enteramente desecados en provecho de la Corona, pero su vitalidad disminuía". Este juicio de un agudo observador señala la vigencia del imperialismo absorbente, de concentración no lograda aún a pesar de algunos síntomas en contrario, pero no de socialismo. Todo el aparato imperial, desde Pachacutec, ha sido preparado para acaparar pueblos por una u otra razón en contraposición a la esencia socialista que algunos llaman socialismo democrático porque prospera en los límites de la nación homogénea y coherente.

Un juicio que se muestra precipitado es el de Sabino Pinilla inserto en su "Creación de Bolivia". Expresa el historiador: "Este imperio realizó las modernas utopías del comunismo mediante la energía y concentración en el soberano y su familia de las diversas fuerzas o poderes sociales, estableciendo el cultivo de la tierra por el trabajo colectivo, para su disfrute en común, dentro de las bases de una distribución proporcional; así que allí no albergaba el pauperismo".

La concentración de poderes en el que manda denuncia una constatación de fuerza despótica de los antiguos imperios, que pueden ser o no ser comunistas y, desde luego, contrario al socialismo. El trabajo del campesino para satisfacer sus necesidades no era colectivo sino individual y la ausencia o presencia del pauperismo se debía a la intensidad de esa labor personal.

En el vasto problema de la producción agrícola: Prescott dice una verdad que no admite ser pasada por alto: "debe confesarse —afirma— que los incas sobrepusieron a todas las otras razas americanas, en su dominio de la tierra. Su agricultura es fundada en principios que realmente pueden llamarse científicos. Era la base —añade— de sus instituciones políticas. No teniendo comercio exterior, la agricultura era la que les facultaba elementos para los cambios internos, para su subsistencia y para sus rentas públicas". Y finaliza con estas palabras: "se exigía a todo hombre, exceptuando a los de las clases privilegiadas, que se ocupasen en el cultivo". Es preciso anotar que la excepción significaba el no pago de tributos que sólo recaía sobre el HATUNRUNA. Esta declaración, reiterada por otros autores descarta el concepto socialista aplicado al Imperio, no por las distintas tareas que a cada clase incumbe pero sí por la patente desigualdad en la repartición de los impuestos.

Los factores económicos y sociales que dieron origen contemporáneo a la formación de la doctrina socialista no pudieron figurar en la preocupación de los conductores del Cuzco. Andaban éstos bajo otro cúmulo de desvelos y, fieles a su época y a su medio, e inspirándose en realidades del diario vivir, dieron ordenamiento, con prudentes innovaciones, a lo que existía. Los Incas no rompieron la armonía de un proceso de siglos, aunque lentamente iban perfeccionándolo. Faltábales el maquinismo para instaurar una sociedad de trabajo diferenciado en centros especializados, desde luego de masas y no de individuos aislados que se llevaba a la capital o se mandaba a provincias como artesanos.

Apegados a la tierra y junto con los suyos y sus dignatarios, los Incas formaban un mundo aparte, cada vez más autócrata, donde el HATUNRUNA era el siervo. La humanización de ese autocratismo era lenta y, sin duda, tropezaba con obstáculos de los intereses opuestos. Los cronistas apuntan .que el monarca supo dar calor de fiesta a la tarea agrícola. En traje de gala y entonando cantos marchaban los labriegos a trabajar las tierras del Inca y del Sol, lo que a los primeros hispanos producíanles asombro de que en forma tan liviana se acometiese trabajos para provecho ajeno. Más, como explica Garcilaso de la Vega, "trocaban el trabajo en fiesta y regocijo porque era en servicio de su dios y de sus reyes". En los campos del incario la adoración al astro

divino y a la PACHAMAMA se reflejaba en la labor agrícola, y era fiesta y alegría el hacerlo porque traducía, en el hecho, la plegaria del HATUNRUNA.

Luis Baudin cita a Lorente, Martens y Reclus entre los historiadores y antropólogos que denominan socialista al Estado incaico, "porque la tierra en el Perú era objeto de un derecho de propiedad colectiva de los habitantes", afirmación no precisamente exacta una vez que el socialismo importa la propiedad estatal de los medios de producción y no la colectiva de los grupos. Refiere después el ilustre profesor que Payne, Cunow y Latcharu expresan una idea contraria, ya que "los soberanos peruanos se habían limitado a mantener esas comunidades agrarias que se encuentran en la aurora de todas las civilizaciones y que forman las células de las sociedades primitivas". A este propósito, Bautista Saavedra sustenta que "la naturaleza de las formas colectivas del Imperio peruano proceden de la civilización aymara", corroborando a lo manifestado por los tres últimos autores arriba citados.

En el minucioso Valcárcel se menciona al Padre Cobo por su información sobre los OREJONES en sentido de que éstos tenían una semejanza que correspondía a lo que en España era una "orden de caballería". Y la información detalla que "iguales inmunidades y franquicias extendíanse a los gobernadores, capitanes, curacas y Jueces del Inca con sus hijos, todos los cuales estaban exentos de las contribuciones que pagaba la gente común y antes por el contrario de los mantenimientos acumulados por el tributo señalado a los MITAYOS o Pecheros". Esta desigualdad en los bienes y en la posibilidad de obtenerlos es señalada por un comentarista con esta frase: "el común según sus necesidades, los de la clase alta —curacas, funcionarios— según sus méritos".

Se califica de socialista a una colectividad en la cual ha habido, como se manifiesta, "a la vez colectivismo agrario y socialismo de Estado, el uno muy anterior a los Incas y el otro establecido por estos conquistadores", y el autor (Baudin) acentúa su sentencia: "el uno resultado de una larga evolución, el otro creación del genio humano". La comunidad agraria no es, pues, una creación razonada o planificada ya que viene del confuso pasado de las tribus altiplánicas y es la consecuencia de adaptaciones positivas para cubrir necesidades primordiales de vida, sin ordenación antelada como se pretende dar a períodos posteriores. La creación del genio de gobernantes no ha transformado, esencialmente, el sistema agrícola aunque sí cabe asumir que la tenencia de la tierra sufrió un cambio de proyecciones interesantes, una vez que la costumbre de participar en esa tenencia del suelo año tras año, invitaba a la adopción de hecho de un sentido propietario en quienes lo usaban.

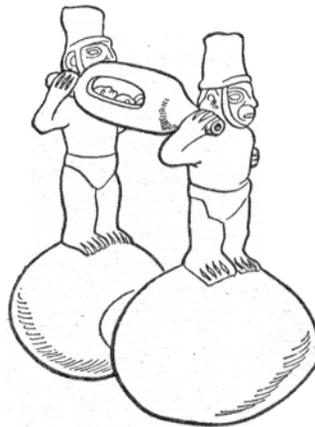
La razón que da Baudin para referirse al socialismo de Estado implantado después por los Incas es que la "absorción del individuo por el Estado" agrandada en ese período posterior, representa para el recordado profesor de Dijon un "ensayo de racionalización de la sociedad". La absorción del individuo por el poder político no es extraña en las etapas anteriores al esplendor incásico, una vez que la noción de libertad individual, para los del común, no existía ni podía existir debido a la pobreza de las tierras y la dureza del medio que les empujaba a una cooperación activa con el fin de asegurar, antes que toda otra preocupación, la subsistencia del AYLLU, individualizado en grupos familiares.

"El socialismo, opuesto al individualismo —expresa Baudin— comporta la sustitución de un plan nacional de organización al equilibrio espontáneo obtenido por acción del interés personal y el libre juego de la concurrencia, siendo establecido el plan conforme a cierto ideal de igualdad de hecho mediante la supresión de la propiedad individual".

El socialismo de Baudin es de alcance relativo, ya que el mismo considera al Imperio como régimen "casi-socialista". De otra parte, manifiesta que en este Imperio "el elemento l'igualitario no es absoluto", pues "los soberanos no solamente respetan los islotes de propiedad que existen, sino que contribuyen con sus donaciones a fomentarlos". Esto confirma el aumento de la propiedad privada que Baudin considera contraria a toda idea de socialismo. La "racionalización" de la sociedad que atribuye a Pachacutec sobre la base de las normas de convivencia de los antepasados, es lo que hace calificar a aquel autor de socialista al Imperio. Incierto es el juicio si el origen racionalizador es sólo de Pachacutec, pues ello estaría acorde con la "historia oficial" cuya elaboración se atribuye a dicho soberano.

La realidad que vivió el Imperio hasta el fin, da a lo formulado por el profesor Baudin un sentido más teórico que real.

En las instituciones imperiales es difícil encontrar una identificación con lo que se expresa más arriba. Desde luego, no se advierte un plan que conduzca deliberadamente a una igualdad de hecho, ya que sobre las espaldas del HATUNRUNA o del PURIC y del YANACONA se amparan la aristocracia OREJONA y los "incas por privilegio", clientela palaciega entre la que se destacan los QUIPUCAMAYOC y la artesanía superior, y huelga repetirlo, la administración, el ejército y el sacerdocio, y están ahí los CURACAS, jefes de AYLLUS y MARCAS, pequeña nobleza rural también hereditaria. Es un enjambre de beneficiarios que, a cada paso, atestigua el estado de desigualdad que soporta la nación.



XII

Los Incas no adoptaron un sistema político por mandato de una ideología preconcebida, sino que lucharon denodadamente para resolver el grave problema de las subsistencias alimenticias y se inspiraron en el pasado como fuente de experiencia. Caracterizaba al Estado incaico la PREVISION que aplicaban en todas las cosas. Este problema de las subsistencias agudizó en los gobernantes el genio de esa previsión, usada en muchas formas y sin el cual el Imperio no hubiera sido capaz de expansión. El ilustre D'Orbigny manifiesta sobre la tradición funcional del incario lo siguiente: "los aymaras tenían un régimen agrícola organizado", y explica que "las ideas sociales posteriores salieron germinadas, de donde el primer gobierno monárquico y religioso hubo nacido".

Un alto exponente del socialismo, José Antonio Arze, en su estudio titulado "Sociografía del Inkario", enseña que "es impropio calificar de "socialista" o "comunista" a la civilización incaica" y más lejos expresa que al Imperio le faltó "la premisa indispensable para la implantación de un verdadero socialismo: la presencia liberadora de la máquina y de la gran producción". Y concluye el excelente traductor de Luis Baudin, negando las aseveraciones de éste en una nota basada en "el carácter profundamente clasista de la estructura de este Imperio". La premisa y conclusiones de Arze son irrefutables y bastarían para dar por terminado el tema del hipotético socialismo entre los Incas si no fuera un deseo de avanzar un poco más en este terreno.

Valiéndose de una cita del Padre Juan de Velasco, Luis Valcárcel particulariza el catálogo de las cinco clases de la colectividad cuzqueña: fundidores, plateros, tejedores, arquitectos, calificados de "ciudadanos de honor"; orejones y funcionarios altamente distinguidos; los llamados "señores naturales" que forman la grandeza del reino, y los descendientes del Sol. Esta clasificación señala un punto importante: la variedad y cantidad de oficios y rangos que se agitan alrededor de la Corona siempre en demanda de favores y que se benefician del trabajo del campesino.

En contradicción con la dura labor del HATUNRUNA, se ve en Felipe Cossio del Pomar un aserto poco afortunado cuando dice que en la "organización socialista del Imperio no hay moneda, no hay negocio y no hay esclavitud." Se puede convenir que la esclavitud declarada no existe, pero el YANACONA y los MITAYOS no corresponde reputarles hombres libres y están más cerca de una condición esclava que emancipada. El mismo del Pomar, sin embargo, se rectifica cuando escribe que el pueblo se había "acostumbrado a la negativa felicidad de vivir sin libertad".

Con ironía sino con dureza algunos autores se refieren al socialismo de los Incas. Como ejemplo viene la cita de Huaman y Amat en "Los Antiguos Pueblos del Perú" (1965), los cuales expresan: "Dicen que fue un Imperio socialista, pero no es cierto. El socialismo incaico fue la ejemplar manera de distribuir la riqueza entre los despojados para obtener la casta gobernante los mejores beneficios".

El socialismo, so pena de pervertir el vocablo, es una doctrina de la cual nace una acción continuada que busca, en interés del grupo social mediante el control de los medios de producción y reparto, la realización de un determinado ideal de igualdad. No es la lucha de clases ni el desconocimiento de la libertad y menos el marxismo cuando pretende crear una sociedad sin clases, amparada por un discutible concepto que proclama dogmáticamente y con mucho ruido, la ficción de la dictadura del proletariado.

Lo que sí corresponde mencionar es que en algunas sociedades antiguas y del medioevo. existieron elementos socialistas y utopías socializantes, sin la doctrina, en demanda de justicia los cuales iluminaron la mente de algunos pensadores. Empero, esto no explica que a las doctrinas políticas que persiguen la igualdad entre los hombres, principalmente en el ámbito económico y educacional, sin mengua de la libertad, haya de aparejarse la severa y desuniforme organización del incario y su régimen de castas y clases menores.

En forma clara, acerca del tema que se viene tratando, Gonzalo Romero en su notable estudio sobre "La Conquista de Nueva Toledo" (1976), escribe: "La transposición política "socialista" a un mundo de colectivismo agrario es forzada. Surge más de un afán —crítica— de afectación y novelaría que trata de ver con ojos modernos realidades antiguas".

De su lado y con harta autoridad, Ramiro Condarco, historiador de valía, censura en "Protohistoria Andina" (1967), ese transplante socialista con estas palabras: "El debate político con no menos impulsos efectivos, comprende la seriedad de los estudios relativos a la estructura de los Estados pre-hispánicos y a las interesadas perspectivas puestas de manifiesto en él, se deben las ficciones de un imperio socialista o de un comunismo incaico".

En opinión del celebrado escritor Enrique Finot, hombre de aguda percepción, con criterio similar la expone en "Nueva Historia de Bolivia" (1946) manifestando que los AYLLUS denominados "reales" recibían beneficios fuera del común y concluye expresando de modo rotundo que "Es inútil, por consiguiente, hablar de una organización socialista, si ha de interpretarse esta palabra en sentido igualitario".

Resalta de todo lo dicho y transcrito que el principio de la igualdad es el que, con fuerza y reiteración, aparece en la base de todo régimen socialista; y al hablar de socialismo corresponde manifestar que se le considera, en esta corta exposición, en su sentido constructivo y recto y no en las torcidas interpretaciones que se deslizan con tanta frecuencia, dando a la estatización de los medios de producción una trascendencia que no tiene, pues es un medio de crear condiciones de justicia e igualdad y no un fin en sí mismo.

El arqueólogo americano von Hagen critica a Baudin por su denominación de socialista al Imperio de los Incas. Sostiene que sería "confundir las cosas el calificar de socialista o comunista a ese Estado dirigido". Más adelante pone esta afirmación rotunda: "el Imperio no era para el pueblo y la igualdad no era un ideal; por el contrario, el Estado existía sólo para el Inca", opinión tajante que exagera el fondo de una verdad.

Otro investigador, también del norte, Alden Mason es, asimismo, terminante en su juicio sobre el proceso social del Imperio. "El AYLLU —apunta— además era una comunidad; poseía un territorio definido". (it owned). Y añade con Joseph Bram, autor de "Análisis del Militarismo Inca" (1941), que "las posibilidades del adelanto económico y social (en el AYLLU) fueron

prácticamente inexistentes y esto debe haber asegurado un grado considerable de estabilidad en las relaciones Inter-personales".

De los excedentes de producción del campesino, resultante de su propia cosecha, dice Cieza de León con su habitual observación precisa, que "en todos estos reinos del Perú, quienes hemos viajado por ellos, sabemos que hay grandes ferias y mercados en donde los naturales negocian". Para estas ferias que constituyen una prueba de la apropiación individual de bienes, "no existían reglamentos restrictivos en cuanto a precios y se garantizaba el libre comercio".

Contrariando, a mi juicio, la ley y la lógica de las apropiaciones individuales de bienes, afirman algunos autores que el labriego no buscaba la acumulación de cosas, pues todo lo daba el Inca, y sabía que su seguridad estaba garantizada por los graneros públicos. Esta total entrega del indio al soberano, limitada a la labor de las tierras del monarca y de la religión, tierras ajenas, constituía su única entrega de productos y ello constituía su tributo único. En cuanto al laboreo de sus propias parcelas que recibía del AYLLU, no existía donación alguna al soberano o al templo. El producto —se reitera— pertenecía al HATUNRUNA y los excedentes —como se ha visto— también eran de su propiedad y los trocaba.

En esta búsqueda del pensamiento de autores de mérito debo invocar, una vez más, a Luis Valcárcel cuando argumenta sobre las "organizaciones social-políticas del mundo", expresando que "al pasar a la fase de la ciudad, disgregáronse, produciendo el reconocimiento de la personalidad individual del ciudadano". Esta referencia del respetado arqueólogo limeño, relacionada con el incario, viene a significar que en éste, la ciudad no produjo mayormente el cambio arriba anotado, una vez que "la unidad irreductible continua siendo el AYLLU". Se debe concluir entonces que el súbdito del Imperio conservaba su condición de "un agregado para la suma".

Un criterio contrario se recoge, sin embargo, de un eminente pensador. Bautista Saavedra. Refiriéndose a la cooperación agrícola manifiesta que "se iba produciendo un verdadero estado de relajación del primitivo sistema comunista de vida, determinando la transformación del grupo aymara por una ley sociológica fácilmente explicable". De su parte, el historiador Alberto Zelada habla de una "etapa de transición de la vida económica de los kollas, que los iba derivando hacia una organización individualista, donde la propiedad iba a perfilarse con caracteres nuevos, originando nuevas actividades".

Sobre la condición monárquica, base de toda apreciación cabal de carácter político-social, el profesor de la Universidad de Buenos Aires, Carlos Bunge, incide en que el Imperio "constituía el más típico y completo absolutismo teocrático". A esta sentencia que no parece admitir réplica alguna aunque atenuada por el mecanismo de esa teocracia, vale recordar la opinión del conocido escritor Santiago Real de Azúa, expuesta en declaraciones a la prensa (11/3/76). Dice Azúa: "Si la propiedad privada de los medios de producción no existía, no puede afirmarse en cambio que se trataba de una sociedad igualitaria, ya que en el interior del Imperio se fue trazando una rígida diferenciación. Los miembros de los AYLLUS reales —continúa— constituyeron una suerte de nobleza de nacimiento; paralela a ésta había una nobleza de privilegio que hablaba quechua y cuyos descendientes eran educados en el Cuzco. Un tercer grupo privilegiado constituían, en fin, los KURACAS poderosos. Los indígenas designaban esa disparidad social mediante los términos "kapa", los poderosos; "Wacqa", los comunes, pero la realidad debe haber sido bastante menos simple".

Los Incas antes que creadores eran organizadores competentes, como ya se tiene reconocido. Se guiaban por un sentido conservador y de continuidad en su política de expansión. Polo de Ondegardo, observador sin reservas, afirma que si bien era ley los designios del soberano, "la voluntad del Inca no modificaba jamás la costumbre para dar a uno lo que era de otro".

En resumen sobre el tema social me parece interesante reproducir la definición que da sobre el socialismo el profesor de la Sorbona, Emilio Durkheim, en un compendio, que sus editores presentaron en 1932, de su tratado sobre Sociología. De modo didáctico dice Durkheim: "Es socialista toda doctrina que preconiza el enlace de todas las funciones económicas, o de algunas de ellas que hoy aparecen difusas, con los centros directores y conscientes de la sociedad".

Aclara el autor de esta definición que de ella no debe pensarse en una supeditación del Estado a la voluntad de las fuerzas económicas privadas, pero juzga que en el "enlace" que indica, se encuentra la clave de los buenos entendimientos y la negación de una posición estatal dominante y excluyente. En el incario poco cabía la aplicación de esta doctrina, pues el gobierno central por el acaparamiento de funciones económicas anulaba toda idea de un enlace de intereses, vale decir, de un orden socialista.

Finalmente queda por decir que mayor confusión ha traído —en nuestros tiempos— al tema social ligeramente esbozado aquí el empleo equívoco de palabras y definiciones sobre socialismo y comunismo. Valga la prueba en la denominación que se dan, a sí mismas algunas naciones comunistas, de repúblicas "socialistas" o "democracias populares" cuando son ejemplos de unidades donde impera el materialismo histórico, sin un fondo de sentido humano que es esencia del socialismo porque no destruye la libertad.

Y cuántos por este mundo "ancho y ajeno", según la gráfica expresión de Ciro Alegría, van pregonando el marxismo bajo cubierta de socialistas!

XIII

La organización social fundada en el AYLLU, anterior a los Incas, Kollas y tiahuanacotas, estuvo concentrada, a no dudarlo, en el trabajo en común de los campos en tiempos proto-históricos. Sólo siglos después desapareció el reparto del producto o fondo común según las necesidades y se impuso la norma del reparto de TUPUS o parcelas que el campesino laboraba para sí y le daba a veces un surplús o ganancia, sin condición de reintegros del producto ni de tributos ni de aportes a los depósitos generales. Establecida esta situación, que ya representaba un principio de equilibrio social entre la fuerza laboral y la autoridad, consecuencia del asentamiento formal del AYLLU y aun de la MARCA, el reino del Cuzco, villorio entonces o campamento de AYLLUS agresivos, inició un movimiento de propagación, de resultados dudosos al comienzo pero que más tarde tomaría amplitud y echaría los cimientos de un Imperio.

Dadas estas condiciones, surge la pregunta: ¿cuál ha sido, en substancia, la motivación que llevó a los señores del Cuzco a emprender una política de conquistas? Desde luego, parece una tesis de anticipación histórica, en esta parte de América, la de engrandecimientos con miras a lograr la unión entre los distintos pueblos o naciones existentes a lo largo del oriente del Continente Sur; por otro lado, es discutible que la expansión incaica obedeció únicamente a las ansias de gloria y fama de los últimos monarcas, ambición humana que por sí sola difícilmente explica la política de la guerra, usada sin descanso por el hecho de que una conquista casi siempre engendra la siguiente aventura bélica y, en el incario, esas conquistas producían levantamientos en zonas del sur y del norte: kollas, caras, chancas por no citar otros.

No se podría negar y más bien caería dentro de las prácticas de los Estados militarizados, una de las causas del constante batallar. Esto nacería de la organización de una fuerza combativa ya considerable a la cual fuese necesario emplearla en toda circunstancia antes que se volviese peligrosa para el Estado por la inacción prolongada. Un historiador designa a ese tipo de ejército: "una casta belicosa".

Queda aún otra motivación de esa política de adquisición de territorios: incrementar los medios de subsistencia de una población en desarrollo. La riqueza de la tierra arable sería, pues, la meta principal de los afanes del Inca. Tendría para esta política un significado de economía social la conquista del kollao, del Chimú, de Quito y otras parcialidades.

La unificación que se supone ser la tarea cardinal del Cuzco, en su período de expansión, alcanzó más bien el engrandecimiento de la confederación de naciones que dominaba, pues cada región que se anexaba seguía con su propia estructura, tradiciones y cultura y aunque no se repudiaban a sus dioses, el culto del Sol era impuesto. Lo que importaba al gobernante no era precisamente dar lugar a una similitud de normas de vida ya que sus vasallos formaban nuevas energías para hacer frente al problema de las subsistencias. Los graneros oficiales fuera de su utilidad proveedora para los hombres de armas, suplían de provisiones a las masas de campesinos en años de pobres cosechas —como se anotó en páginas anteriores—. Pero la

presión de las subsistencias iba más allá de la vida y, como en tantas civilizaciones antiguas, la tumba guardaba provisiones agrícolas.

Se debe recordar la característica política del incario: la PREVISION, admirablemente aplicada a las actividades del Imperio. De ahí que lo anterior a éste, si probaba su utilidad y raigambre, no era suplantado por métodos y formas de vida distintos. Además, las innovaciones podían resultar contrarias a las inveteradas costumbres y levantar malvenidas resistencias.

La previsión ayudaba a los mandatarios a usar los graneros como cámaras de compensación entre la producción y el consumo, escrupulosamente controlada por la estadística de los QUIPUS y su interpretación por los rememoradores. Es de la esencia de la estadística en materias agropecuarias, dar lugar a ciertas nivelaciones de los grupos humanos en cuanto se refiere al consumo general. Hacia esa previsión alimenticia, que anulaba los magros resultados del campo, tan frecuentes, iba rectamente el esfuerzo constante del Inca.

Para lograr esta expansión utilitaria, no cabe desconocer que el Imperio poseía una eficaz organización militar, superior en su época floreciente a la de sus vecinos. El Imperio en el último siglo de su existencia se convirtió en una sociedad militarizada. De ello se ocupa José Bram en su tratado ya mencionado. El pueblo tenía dos principales deberes: pago de su tributo con el trabajo de las tierras del soberano y del sacerdocio y el servicio militar al cual se hallaban sujetos los varones de 25 a 50 años. Debido a ese genio de la organización que se reconoce a los Incas, es explicable que, sintiéndose fuertes, buscaran ensanchar sus dominios para satisfacer urgencias económicas antes que la gloria por ella misma.

En el avance hacia el norte Tupac Inca Yupanqui se enfrentó, según las crónicas, con los guerreros del Gran Sello Río de Chimú, sucesor de los Mochicas. El Inca venció en cruentas acciones bélicas y tomó posesión de una nación rica en tierras de regadío mediante acueductos instalados en la Cordillera. La arqueología ha encontrado, en años recientes, que los mochicachimús desarrollaron una cultura superior, constando la lejana influencia de Tiahuanaco en estas tierras sedientas del desierto.

El señorío chimú fue el más grande de los fundados en la costa peruana, calculándose su existencia desde 300 a 400 años A.C. y su caída en 1450. Fue el más notable por su civilización y desde Tumbes hasta cerca de Lima, alrededor de Pachacamac, se medía su extensión aunque de menor radio en profundidad.

Formaba este reino una sociedad de clases; su nobleza, sacerdocio y altos funcionarios escapaban al trabajo agrícola, luego no pagaban tributos. El común dedicaba su vida a la labor campestre y recibía su parcela de tierra de las de comunidad; la pesca era otra de sus tareas importantes y la provisión de productos de mar alimentaba, en buena parte, a la colectividad. Los excedentes iban a un tipo de graneros que los Incas hicieron suyos. El cultivo en laderas de colinas, en terraplenes a la usanza andina, se hallaba bastante desarrollado.

Su nobleza gastaba pendientes pesados en las orejas, lo que le daba semejanza con los orejones del Cuzco. Adoraban al Sol pero el culto de la Luna dominaba su existencia. El Sol quemaba en esas comarcas tropicales; la Luna traía el frescor y dejaba el divino rocío. Estos chimús usaban como instrumento musical la flauta pánica, la zampoña andina; lograron aclimatar a sus dominios cálidos a la llama; sus enterramientos de tipo chullpa contenían, en víveres y bienes, lo que el muerto o, mejor dicho, el espíritu del muerto habría de aprovechar y, para los grandes señores sacrificaban servidores con el fin de que el difunto fuese atendido como le correspondía. A veces se ofrecían en holocausto las mujeres que más habían amado.

En un folleto publicado por Manuel Vicente Ballivián "Adolfo Bandelier y sus investigaciones" (1899), al hacer el elogio del conocido arqueólogo franco-americano, reproduce un informe de Frederick Webb Hodge sobre la labor de éste. Dice: " Al tiempo de la llegada de los españoles, las más extensas ruinas de la costa peruana estaban sea completamente o, por lo menos parcialmente abandonadas. Pachacamac estaba arruinada en parte en 1532 y Chan-Chan, cerca de Trujillo, al parecer el recinto más extenso de ruinas en la América del Sur, había quedado reducido a modesto villorio a la llegada de Pizarro, conociéndose tal sitio con el nombre de Mansiche, a una milla más lejos".

Posnansky coincide con el dato de Bandelier acerca de la destrucción de Chan Chan antes del arribo de los españoles.

Esta noticia sólo tiene explicación por la guerra destructiva del Inca para hacerse dueño del Señorío de Chimú, y anota Webb Hodge esta otra observación de Bandelier: "Es extraño que una de las ruinas entre Chachapoyas y Kue-lap, se llama Aymarabamba (llanura de los aymaras) y que la palabra misma de Chachapoyas con más facilidad puede ser etimologizada por el aymara que por la lengua quichua". El caso observado por el infatigable Bandelier es otro ejemplo del traslado de un contingente de AYLLUS aymaras a la región norteña que penetra en los trópicos.

La estadística de los chimús quedaba anotada en tableros con juego de piedras pequeñas de distintos colores; no parecía un instrumento para guardar sus cálculos aunque debieron manejar alguno que facilitase las grandes construcciones de ingeniería. No conocieron la escritura pero se admite que sus nociones hieroglíficas superaban al QUIPU y a la grafía del incario; no llegaron a crear la rueda; sus "mensajeros alados" no se diferenciaban de los CHASQUIS cuzqueños. Y aparece maravillosa, por su realismo y su perfección artística, la variada cerámica pintada de esa notable sociedad Mochica-chimú, superior a muchas otras por la representación —se diría animada— de la vida y costumbres de aquel extraordinario señorío.

Al referirse Arturo Posnansky en su curioso estudio de "Las Cerámicas Eróticas de los Mochicas y su relación con los cráneos occipitalmente deformados", (1926) expresa que "se pueden distinguir diferentes tipos raciales" y agrega de esas cerámicas que son "sólo comparables con los objetos antropomorfos de Tiahuanacu, por cuya cultura estuvo muy influenciado el pueblo de los Mochicas". Y para el esforzado arqueólogo, ese pueblo mochica-chimú "no ha sido un grupo racial puro sino un conglomerado de diferentes elementos antropológicos con fuerte predominio mongoloide".

El conglomerado chimú era típicamente una teocracia absolutista y como todas las de su género, bastábale un supuesto origen divino del cual emergía mayor autoridad de sus conductores e infundía temor sagrado a los súbditos, al igual que entre los Incas. Eran los chimús navegantes costeros y usaban grandes balsas de varios remos. Bartolomé Ruiz primer explorador de estos mares del sur, encontró una de esas embarcaciones con mercaderías en viaje hacia el norte, posiblemente hasta Panamá. De ahí se deduce que los de Chimú recibían noticias de los aztecas y mayas, pero no hay tradición que ha establecido la existencia de relaciones entre el Imperio y esos lejanos reinos, por lo menos en el ámbito del comercio.

El padre Cabello escribe que "la tierra pertenecía en el Chimú a las clases dirigentes, las cuales la entregaban individualmente a los parceleros". Existía, pues, en el señorío de la frontera norteña la célula-tierra similar al AYLLU en cuanto repartía los TUPUS al campesino pero sin intervención de autoridades o dirigentes. Desde la capital del Chan-Chan el rey-sacerdote guiaba a su pueblo, poco conocido en otras comarcas, con prudencia no exenta de crueles castigos a los infractores.

El origen figurado de esta colectividad nacía de un mito, el de ÑAYMLAP, el cual llegó desde zonas meridionales, acaso de Chavín más antigua, trayendo consigo las instituciones que habían de regir a su pueblo durante siglos, inspiradas en la vieja civilización tiahuanacota a través de Nazca y otros centros culturales de la costa y del Chinchasuyo. Las semejanzas institucional y cultural de los Chimús con el incario se deben al ascendiente de un antiguo poder expansivo proyectado hacia el norte y hacia el sur. Cierta uniformidad que se observa entre los pueblos que constituyeron el Imperio confirma esta sentencia.

Desde los albores de la dinastía de los Incas se advierte claramente el propósito de ir hacia nuevas tierras más fértiles, abandonando la alta meseta andina. Estas migraciones de AYLLUS como la de los aztecas al valle del Anahuac, atestiguan el afán del hombre por ganar superiores condiciones de existencia con la tierra fecunda que proporciona la abundancia. No cabe duda que a esos diez AYLLUS de la primera aventura debieron seguir otros y otros por la ruta abierta hacia el Cuzco por Manco Capac legendario y sus seguidores.

Termina el ciclo de la conquista. Huayna Capac toma el reino de Quito y pone la frontera septentrional en el Ancasmayo ecuatorial. Al sur ha llegado hasta el Maule chileno. Del gran Inca pinta del Pomar este retrato: "Guerrero escéptico, prefiere la persuasión al amoral empleo de la

fuerza. A tan vasto imperio —prosigue— no podría dársele una unidad política permanente sin la unidad de conciencia que requiere una verdadera confederación de pueblos. Un buen entendimiento es más resistente que una gruesa cadena". Y termina con una evocación: "Esta cadena se la echa al cuello con sus brazos la bella Paccha Duchisela, hija del rey de Quito, muerto en el sitio de Otavalo".



Al madurar el maíz, todo conspira en contra de él. Un muchacho protegido con una piel de lobo mata a los animales y pájaros depredadores con su honda. De un dibujo por Felipe Guamán Poma de Ayala

XIV

La "raza de bronce" prehistórica, en sus andanzas por el Continente, no ha revelado de modo cierto su origen a la investigación científica. A pesar de las deducciones eruditas de antropólogos y filólogos, los milenios han borrado las huellas de esos primitivos migrantes o de los autóctonos, dejando en el olvido lo que fueron como el olvido cubrió los pasos iniciales de Tiahuanaco. Y la duda persiste. De ahí esas teorías que señalan a la raza atravesando continentes desde las profundidades asiáticas o cruzando la inmensidad amazónica tras el hundimiento de la mitológica Atlántida o bajando por la vertiente occidental de América en ruta hacia los Andes del Sur o nativa de su propio HABITAT de las llanuras patagónicas o de los estrechos valles de Sorata.

En "Doctrina y Descubrimiento" (Edic. 1923) resumen de lo mucho expuesto en "La Antigüedad del Hombre en el Río de Plata" (1980), Educ. 1918) el arqueólogo autodidácta argentino, Florentino Ameghino ya citado, pone en esta forma la emigración del hombre de América —el homopampaeus— desde su cuna, la frígida-Patagonia, hasta las otras partes del mundo: "El hombre partió de Sud América para poblar los otros continentes. Que los hombres que habitan las otras regiones de la Tierra tienen un origen común con los de Sud América, es un hecho indiscutible; pero mientras acá los Hominidios aparecen como de una época geológica

remotísima, en los otros continentes son de edad muchísima más reciente". Y subraya que esto le conduce "a considerar Sud América como la cuna del hombre del género humano".

En cuanto a las rutas de este hombre hacia el norte, Ameghino dice de su "interminable peregrinación" que se dividió "en dos ramas, que tuvieron caminos opuestos. Una tomó rumbo al norte y al Oeste, invadiendo el continente asiático, siguiendo allí su evolución hasta constituir la raza mongólica. La otra tomó rumbo al Nordeste y al Oriente y pasando por sobre el puente que al fin del Plioceno y al principio de la época Cuaternaria unía a Europa con Canadá"... "y evolucionando —prosigue— en la vía de la humanización, se transformaron gradualmente en el Hombre caucásico, la raza blanca".

Las exposiciones de Ameghino a fines del siglo XIX en París, llamaron grandemente la atención del mundo científico de la época, particularmente sobre restos fósiles de seres humanos diluvianos, pero con los años fueron rechazadas, dudándose de la antigüedad del hombre en el Plata.

El inquieto Villamil de Rada (1804-1878) sitúa el paraíso terrenal en las vegas sorateñas y proclama al aymara "la lengua de Adán", afirmando ser innegable la autoctonía del hombre americano. Y así busca probarlo en su sorprendente obra, titulada precisamente "La lengua de Adán y el Hombre de Tiaguanaco" y entre otros trabajos defendiendo su tesis: "Nacionalidades Americanas Emanando de Perú", "La localidad del Edén y su Mapa de los Cuatro Ríos que designa con Precisión en el Génesis" y "La historia Prehistórica", citadas por Nicolás Acosta. Pero "La Lengua de Adán" (Edic. 1939) es la que ha sido mayormente divulgada.

El credo de Emeterio Villamil es puesto con estas palabras por su biógrafo Gustavo Adolfo Otero: "Cree en la primitividad geológica del Continente americano, contemporáneo de una fauna mamífera y aérea, y en su prioridad de la vida antropológica. Cree en la antigüedad, unidad e identidad del hombre americano, en su autoctonía, a lo que consideraba "jamás venido de otra parte" y en que el Perú y Bolivia son los antiguos domicilios y escenarios del primitivo actor humano. Cree que el aymara fue la lengua primígena de la humanidad, que el hombre es el poblador de los continentes llamados del Viejo Mundo y que en fin, que éste fue nacido en Tiahuanacu, y cuya cultura y, principalmente, en ciencia celeste fue la transmitida a Egipto, India, Caldea y Grecia".

El impenitente viajero y agudo observador en su estudio de notable comparación filológica entre el aymara y otras lenguas, remontándose hasta el sánscrito, se apoya en algunas conclusiones a que se habría llegado en círculos lingüísticos de Europa sobre la falta de una lengua madre anterior al sánscrito y a las indoeuropeas. De ahí nació, sin duda, la idea de que el aymara sería el antecedente idiomático supuesto. El ilustre polígrafo sorateño, después de ver tanto mundo en costas lejanas y sufrir en el destierro que le impusiera Linares, el desconocimiento de sus auténticos méritos, en una última misión al Brasil, abatido por el desengaño, se lanzó a la muerte desde la cima del Corcobado.

Fray Antonio de la Calancha, que renuncia a la encomienda paterna e ingresa a convento todavía adolescente, relata, a su manera, el origen del ser humano en América. Escribe: "Los pobladores de estas Indias fueron los hijos y descendientes de Jafet, tercer hijo de Noe y pobláronla los tártaros naturalmente inclinados a poblar y vencer distantes y diversos reinos, y así se han extendido en todo lo que hay de tierra desde el Océano Oriental a Mangico o mar helado que topa con este nuevo mundo hasta la laguna de Meotis que divide a Asia; o los Noruegos, Lupianas y Curlandios, naciones septentrionales pegadas con este nuevo mundo y parecidos a estos indios en gestos, hábito, costumbres y religión". Calancha, no cabe dudar, se refiere a las tribus mongoles que, al final de la última era glacial — otros sostienen que antes — pasaron a América por la lonja de tierra que después cedió al Estrecho de Behring, uniendo el Pacífico al Mar Ártico.

El dominico chuquisaqueño, gran viajero, escribió una juciosa sentencia que hizo declarar a Bolívar, cuando se la leyó Estenós, que el ilustre cronista era "más sabio que Salomón y que los siete sabios de Grecia". Dice la sentencia de Calancha: "No es más infeliz el que no tiene amigos, sino el que no tiene enemigos, porque eso prueba que no tiene honra que le murmuren, valor que le teman, riquezas que codicien, bienes que esperen, nada bueno que envidien" (Primer volumen

de la Biblioteca Boliviana, 1939 "Crónica Moraliza" Páginas Escogidas Edición del Ministerio de Educación, bajo la dirección y por inteligente iniciativa del Ministro Gustavo Adolfo Otero).

Otra versión es traída por un capellán del conquistador de México cuando éste era ya marqués del Valle, el Padre Carmelita Antonio Vásquez de Espinosa en su tratado, quien también nombra a Japhet, hijo de Noe, como colonizador de América del Sur, pero señala su arribo por la ruta atlántica, aclarando que en esa época los continentes estaban más cercanos unos de otros. Esta tesis es la de la escalada desde los llanos amazónicos. Fray Vásquez además se refiere a otra invasión a la gran meseta andina por el occidente, siempre de raíz hebrea, por el Estrecho de Anián, viniendo de Tartaria.

El origen hebreo del hombre primitivo en América es aceptado por varios cronistas, tal vez influenciados por la relación de Arias Montanus contenida en su Biblia Políglota (alrededor de 1570) que cita Enrique Finot en su obra histórica sobre Bolivia, atribuyendo a Sam, hijo de Noe, la irrupción de sus hombres en América. Las alusiones a cosas de la Biblia es bastante común en los cronistas de convento, con adaptaciones a la naturaleza de las nuevas tierras conquistadas; de ahí que se suele decir que la labor de estos cronistas proviene de un "material que encaja en un patrón cristiano establecido".

Como muestra de la corta sabiduría de la época, vale reproducir lo que anota el celebrado cronista de los Agustinos sobre edades y fechas pretéritas. Dice: "El año de mil setecientos y cincuenta y ocho después de la creación y ciento y un años después del diluvio, se hizo la división de las gentes. Y el año de mil novecientos treinta y uno, dice Tornielo, que este medio mundo se pobló doscientos y setenta y cuatro años después del diluvio, tiempo sobrado para poblar dos mundos en tiempo fecundo y en tierras seguidas con las que le cupieron a Jafet, donde en año y dos meses y medio, caminando cada día siete leguas, se puede llegar hasta Lima y poblar este orbe...".

Según Sarmiento de Gamboa el Imperio duró 968 años, Huaman Poma, le señala 1515 años y el Inca Garcilaso 400. Los historiadores calculan esos 400 años, dando 300 al reino cuzqueño y 100 al Imperio.

Monseñor Miguel de los Santos Taborga no es menos rotundo en sus apreciaciones cual se vió en páginas anteriores. Sus aserciones le llevan a sostener que los primeros tiahuanacotas fueron originarios del Yucatán. Los pobladores de esta península —los mayas— no pueden negar su tipo mongol que implica una migración asiática. El ilustre Arzobispo de La Plata se hizo notable por su oratoria sagrada y su laboriosidad en trabajos históricos.

Adopta la tesis de Monseñor Taborga, Philip Means, al expresar que 1000 años antes de Cristo, tribus mayas invadieron los planos andinos y fundaron pequeños reinos, unidos después por el cetro de Tiahuanaco. Y Belisario Díaz Romero y otros investigadores se inclinan por teorías que hacen aparecer, primeramente a los antis de la perdida Atlántida, después a los arios y por último a pueblos asiáticos, o euroafricanos, en la formación de la raza andina.

La leyenda habla de los antis como primeros pobladores que subieron de la montaña oriental de los Andes, Arawaks y Antis serían entonces migraciones del mismo origen o, tal vez, dos distintas: la primera viniendo del norte del continente por la vía oriental y la segunda iniciada desde el mundo del Atlántico. Daniel Brinton —mencionado por Díaz Romero— manifiesta que la migración del oriente nació en la Eurafrica, conclusión que explicaría ciertos tipos raciales de los llanos tropicales.

Algunos observadores modernos señalan a los urus descendientes de los antiguos arawaks de la amazonía, como los primeros habitantes de la montaña y, al efecto, sostiene Baudin que "no fueron los hombres de la árida meseta los que habrían descendido a los llanos amazónicos en busca de tierras fértiles, sino por el contrario, los pueblos de los llanos los que habrían subido al asalto de la meseta". No es otra la conclusión del sabio peruano Julio C. Tello, quien enseña que el recorrido de los primitivos migrantes "parte de los boscosos flancos orientales de los Andes", no siendo —añade— "improbable que salieron de las cálidas llanuras amazónicas", a raíz de una de esas "alteraciones climáticas como las que echaron a los antiguos mayas fuera de su territorio".

El brillante escritor Augusto Guzmán indica en su "Breve Historia de Bolivia" (1969) que los urus y los chipayos fueron "protagonistas primitivos en el escenario del Collasuyu". Empero, el probo historiador, ajeno a aserciones aventuradas, se pregunta si estos uru-chipayos son autóctonos o venidos de la Amazonía, del Pacífico Sur, o asiáticos, respuesta que siempre será incierta. Agrega Guzmán que los collas estaban divididos en dos naciones: aymaras y charcas, cada una con sus propios señoríos.

Parece estar dentro de las probabilidades de la era prehistórica que la cordillera andina y sus vastas altiplanicies sudamericanas hubieran sido un escenario en el cual las olas de sucesivos invasores nómadas, de orígenes diversos, tuvieron ancho campo para lograr ciertas fusiones que, pasados incontables siglos, dieron lugar a una raza homogénea donde, sin embargo, pudo observarse el predominio del tronco mongólico.

Cuando se menciona migraciones del Asia se suele dar figuración a la Mongolia, lo cual indicaría un origen de una nación determinada. La verdad es que los hombres que pasaron del trozo de tierra entre Siberia y Alaska, fueron de raza mongoloide, la que comprendía a individuos cobrizos del pueblo mongol, tártaro, tibetano, del Gobi, de Manchuria, de la tundra siberiana y múltiples otros.

Tiahuanaco es, sin duda, una de las primeras manifestaciones de ese amalgama de pueblos procedentes de distintos puntos cardinales del continente. Es decir que en la urbe misteriosa vino a producirse el contacto de diversos pueblos formando un todo uniforme que irradiaría su civilización a centros lejanos en un afán unitario que se perdió del recuerdo de las generaciones.

Sin embargo, esa raza aunque una ante la antropología no ha conseguido crear una nación cohesionada sino que, siguiendo a sus particularismos, tal vez ancestrales, ha levantado numerosas parcialidades que el antiquísimo culto a los antepasados —incuestionablemente de los tiempos prehistóricos— puso valla a las tendencias unitarias que pudieron existir.

¿Produjo esta concentración humana en los altiplanos andinos del sur alguna "explosión demográfica"? Ello explicaría, en parte, que asentadas las migraciones en este gran centro distributivo del continente meridional, saliesen de ahí, los AYLLUS tras aventuras de mejores horizontes y contactos de grandes alcances. Tiahuanaco, en este sentido, es una pregunta; lo es asimismo el éxodo de los MALLCUS aymaras.

XV

Hace más de cuatro centurias que el Imperio ha caído frente a hombres de otro temple y de otra civilización y de otra raza, hombres barbados de los reinos hispanos que siete siglos de lucha contra el moro hicieron insuperables, temerarios y seguros de sí mismos, llenos de fe en el Crucificado, con ansias de gloria y de riquezas. La desaparición del incario, sustituido por España, hace pensar en una frase del escritor Indro Montanelli, quien al narrar con bastante HUMOUR la vida de los próceres griegos, dice de la Historia que "es una especie de carrera de relevos" haciendo alusión a los relevos de corredores en lides olímpicas. Unos reemplazan a otros en el vasto escenario de los grandes cambios históricos y el dominio queda con los más aptos, los más evolucionados.

La Conquista abatió una nacionalidad en formación o, más propiamente, una confederación de naciones que el Inca pugnaba por mantener cohesionada. La figura del Imperio se asemeja a lo que dice Américo Castro, el eminente historiador a propósito de la vieja España de los varios reinos: "una agrupación de regiones soldadas en sus bordes, más bien que internamente fundidas".

Destruído el poder central en un reino de jerarquías verticales extremas, dispersos los conductores y los AMAUTAS y los intérpretes de los QUIPUS aflojada la obediencia a la ley, los pueblos "quedaron a semejanza de ovejas sin pastor", según la sorprendente frase de Garcilaso.

Sobre este tema escribe del Pomar estas palabras que contienen una verdad: "El Imperio del Tahuantinsuyo, a pesar de su expansión, de poseer una clase gobernante preparada para ejercer su función dirigente, carece de unidad política. Es un conglomerado de pueblos y tribus de diversas creencias religiosas, lejanas en su geografía y extrañas en sus convicciones sociales. Las provincias de la región del Cuzco acechan la debilidad de la nación Inca. Esperan algún caudillo audaz para sublevarse contra los dominadores. Exceptuando a los quechuas, los más fieles aliados de la federación y de la misma sangre que los Incas, con la misma lengua e igual grado de cultura, las demás naciones del Collao hacia el sur y de Pachacamac hacia el norte, sólo están adheridas por débiles vínculos de CURACAS agradecidos del poderío incaico".

El Imperio era aún joven para que el principio de unidad, que es conciencia y voluntad de preservarlo, le diera sustentación interior a prueba de embates como los que le trajo la irrupción castellana. Es que toda conquista territorial da el dominio pero su asentamiento es obra de un proceso de mutua asimilación que demanda el paso de muchas generaciones.

La compenetración o identificación en los casos de conquista, "fueron a flotar superficialmente en un principio", anota Bautista Saavedra. La manera insubstantial de esa mezcla entre partes, revista, pues, relación directa con el transcurso del tiempo. La facilidad con que los españoles, en número reducido, subyugaron al Imperio es prueba de que aquella superficialidad existía en el incario.

Huelga decir y repetir que la conquista, aun la que usa la tolerancia política y religiosa, no siendo esta última sino consecuencia de la primera, no cimenta sus fracciones componentes sino que las junta hasta tanto factores que la propia conquista engendra al ganar consistencia, le quitan las ganancias obtenidas y disminuye los límites de su engrandecimiento a cuadros que den mayor expresión al espíritu nacional, a veces singularmente localista. De otro lado, la desintegración de la obra de la conquista produce, con frecuencia, fraccionamientos contrarios a la naturaleza que, luego, han de requerir otro período, esta vez de parciales reintegraciones sobre bases económicas y políticas coherentes. Así el Imperio incaico cedió el paso a otro intento de unificación, la ibérica, en gran parte del Continente. El fenómeno arriba apuntado, vencido un tiempo relativamente corto, volvió a marcar sus leyes de desintegración, rompiendo la artificiosa unión de una enorme agrupación humana desarticulada.

Preocupa a los últimos Incas la debilidad interna de la confederación organizada a base de conquistas, punto débil de los imperios. Según los cronistas, esos monarcas se esforzaron por vigorizar el sistema jerárquico que regía y aun dar al AYLLU mayor consistencia social y a los CURACAS intervención más acentuada en la vida política de la comunidad.

Cunow, autor alemán citado por Baudin, expresa con relación al desempeño de los Incas "que sólo eran un lazo ficticio entre las tribus" y que "el Imperio constituía no un Estado verdadero, sino una aglomeración de pueblos". Y puntualiza después que "la única institución fundamental que formaba unidad social era el clan", vale decir el AYLLU. Aunque rígida la sentencia de Cunow, contiene puntos de realidad innegables en cuanto a la cohesión política todavía no lograda, particularmente con los distritos alejados del núcleo central.

Se han señalado diversas causas que determinaron el fin de la dinastía del Cuzco con la muerte de Atahuallpa. Entre esas causas los escritores difieren entre sí por la importancia que dan a un factor sobre otro. En tan complejo problema, como es la disolución de un reino de siglos que ascendió a la grandeza del imperio, la indicación precisa de causas se hace difícil y resulta natural la disparidad de opiniones.

La falta de tenacidad del indio es un factor de la desintegración del incario, y así lo reconoce Bautista Saavedra, quien escribe que "las razas que habían esbozado la civilización precolombina, eran de esas sin gran tenacidad para resistir y reaccionar al choque de una invasión". Este juicio no es errado en cuanto a los hechos producidos con la llegada de los hombres de Pizarro, pero sí respecto a la causa íntima de esa carencia de tenacidad, pues la atribuye más bien a cierta hostilidad latente del indio contra los gobernantes cuzqueños.

Para otros autores, sin desconocer factores de descomposición general, la caída del Imperio debióse en buena parte a la guerra civil entre Huáscar y Atahuallpa, ocurrida en los días del desembarco de los españoles en el norte peruano. Aquí es Baudin quien dice: "Entonces el

equilibrio se rompió, los conocimientos cayeron en el olvido y el pueblo, habituado a obedecer, erró como un perro sin amo".

También la situación "antinatural" del incario es tomada particularmente por algunos historiadores. Sostiene tal punto de vista el infatigable investigador del pasado, Rigoberto Paredes, quien refiriéndose a la unidad incaica enseña que "parecía sólidamente constituida y se hallaba en su apogeo", pero tenía el vicio —agrega— de su "organización antinatural que le haría demasiado débil", pues al "primer choque con los elementos extraños sería destruida".

No han faltado escritores que insistiendo en el primer medio de comunicación entre los hombres, el idioma, dan a su desuniformidad en el Imperio una importancia de largos alcances y así se trasluce del pensamiento de Inca Garcilaso cuando escribe esta confesión: "De donde ha nacido que muchas provincias, que cuando los primeros españoles entraron en Cajamarca, sabían esta lengua común (el quichua) como los demás indios, ahora la tienen olvidada del todo, porque acabándose el mando y el Imperio de los incas, no hubo quien se acordase de cosa tan acomodada y necesaria". Refiere después que en el norte, términos de la jurisdicción de Quito, "ignoran del todo la lengua general que hablaban" y, subraya que "todos los collas y puquinas, contentos con sus lenguas particulares y propias, desprecian a la del Cuzco". No debe olvidarse acerca del quichua lo dicho en páginas anteriores: la Iglesia, por conveniencia, fue después de la Conquista la mejor propagandista de esta lengua.

Algunos historiadores, entre ellos Guillermo Prescott conceden primacía a la sumisión del indio en el acatamiento a los nuevos gobernantes. Al respecto, el escritor americano de la Conquista del Perú otorga a la docilidad y a la vida estrecha del campesino las facilidades para el éxito de la obra colonizadora de España.

A manera de resumen de estas opiniones acerca de la suerte del incario, se anota seguidamente la del distinguido catedrático de San Marcos, Juan José Vega, expuesta en "La Guerra de los Viracochas" (1969): "Como todo Imperio, el forjado por los Incas fue un Estado constituido por diversas parcialidades. Vastos señoríos separados a menudo por lenguas, dioses, costumbres, artes y tradiciones. Eran federaciones cuyas altivas aristocracias, vencidas poco tiempo atrás por los Incas, apenas si habían permanecido hasta entonces sujetas, mediante una férrea autoridad imperial y las guarniciones incas". Y termina exponiendo otra verdad de una situación que revela lo lejos que se encontraba el indio de la felicidad entre una autoridad absorbente en trance de desaparición y el fraccionamiento subversivo de los pueblos sojuzgados: "La Conquista española tomó así la forma de insurrecciones regionales contra los Incas del Cuzco y de Quito, sencillamente porque el Imperio se hallaba apenas cuzqueñizado".

Esta constatación sugiere una proyección decisiva en los sucesos de esa época: el despotismo o poder duramente centralizado, las restricciones impuestas a la libertad del individuo, la ausencia de cuerpos colegiados, provocan un achatamiento del espíritu ciudadano y le restan fuerzas para protestar y, según los casos, volver a la plenitud de sus derechos largo tiempo conculcados. Los imperialismos son contrarios, por esencia, a las nacionalidades que avasallan.

El incario no escapó a esta ley sociológica, cuya severidad se creyó disminuiría con la venida de los hombres de la Península porque traían con ellos —fue la gran esperanza— la liberación que no sirvió plenamente a la emancipación del indio, pero sí produjo en éste un alejamiento de sus vínculos con el Cuzco.

Estos juicios y otros semejantes, si bien explican el desconcierto por la muerte del Imperio, no parecen tener en cuenta otro factor de suma importancia: el espíritu de liberación nacional no precisamente individual, que sin duda alguna debió existir en todos los reinos, señoríos y provincias, y que la entrada de los españoles en tierras del Inca venía a alentar aun cuando en los primeros momentos existió mas expectativa que decisión de actuar. Y acaso, en esos días, tal espíritu de liberación careció de líderes, porque la Conquista representaba una suerte de independencia. Solamente alrededor del Cuzco, fuertemente imperial, Manco II alzó con vigor el pendón de la rebelión.

Al dejar al local Garcilaso, corresponde citarlo una vez más a raíz de su confesión que transmite Luis Alberto Sánchez en su notable biografía (1945) del autor de los Comentarios, confesión de la que brota toda la amargura del gran indiano que, en el ocaso de su existencia no ha encontrado la paz del atardecer. Se queja Garcilaso, al revisar su obra, de la quiebra del ánimo y exclama: "Paso una vida quieta y pacífica, como desengañado y despedido de este mundo y de sus mudanzas, sin pretender cosa de él, porque ya no hay para qué, que lo que más de la vida es pasado y para lo que queda proveerá el Señor del Universo como lo ha hecho hasta aquí". Es la lamentación sin consuelo del exiliado al que atrae ahora más el regazo materno que los lauros del Capitán de Felipe II.

La discreta queja de Garcilaso le sugiere a de la Riva Agüero, esta inspirada frase: "¿No os parece escuchar una plegaria religiosa en el recogimiento del crepúsculo vespertino?".

Sánchez también cuenta que un alto personero del Consejo de Indias, José Gálvez, presentó a Carlos III una orden real, corolario del drama de Tupac Amaru, condenando los célebres Comentarios la cual, en su parte principal y en mensaje al virrey del Perú, de fecha 21 de abril de 1782, dice: "Igualmente quiere el rey que con la misma reserva procure V.E. recoger sagazmente la historia del Inca Garcilaso y los otros papeles detractores, los de los tribunales, magistrados del reino que andan impresos de un tiempo en que los creyeron inocentes, aunque nunca debió permitirse la profesía supuesta del prefacio de la historia, para este fin prevengo a V.E. la orden de S.M. se valga de cuantos medios regulares sean conducentes, aunque sea haciendo comprar los ejemplares de estas obras por terceras personas de toda confianza y secreto, o pagándolas de la real audiencia, pues tanto importa el que llegue a verificarse su recogimiento, para que esos naturales sin ese motivo más de verificar sus malas costumbres con semejantes documentos, sobre cuyo grave asunto deberá V.E. acordar sus providencias con D. Jorge Escobedo, a quien se le advierte lo propio para su cumplimiento".

Esa profecía que alarmaba al Ministro Gálvez se relacionaba con una referencia a Inglaterra, como potencia destinada a amparar a esos naturales de América en sus aspiraciones de justicia y libertad. Destrozada la Invencible Armada, el reino isabelino emergía como fuerza dominante en el mar. El comentario histórico señala que esa profecía no fue escrita por Garcilaso, pues sólo apareció en ediciones posteriores de su obra. Pero era una extraña anticipación de hechos, llegada que fue la era de la Independencia latino-americana y la actuación de Canning en ella.

¿Qué habría dicho aquel decepcionado de los hombres si, en sus días, hubiera llegado a las autoridades de Lima la orden de recoger su vasta obra? Una amargura más para romper los bríos del insigne cuzqueño y abatir su espíritu prematuramente, o quizá la enorme injusticia habríale enderezado el ánimo, prestándole fuerzas para retomar a su patria y luchar por la raza derrotada.



XVI

Introduzco aquí una digresión, fuera de lugar si se quiere al lado de mis someros comentarios del Imperio, porque se refiere a la situación del indio frente al rudo encomendero y empresario que no conocían otra ley que la del trabajo sin descanso del mitayo, atroz en las minas y tal era la penosa prueba para el trabajador minero que el virrey Alba de Liste, buscaba aliviar la mita y argumentaba con vigor que "las piedras de Potosí y sus minerales están bañados con sangre de indios, y que si se exprimiera el dinero que de ellos se saca habría de brotar más sangre que plata". Dato tomado de Boleslao Lewin en "La Insurrección de Tupac Amaru" (1963).

En las relaciones de los cronistas e historiadores, en general, se encuentra que la situación del trabajador de las minas en el incario, no llegó jamás al grado de cruel subyugación a que estuvo sometido el minero bajo la Conquista. Los turnos de la mita eran cortos y se cuidaba del indio que no dejaba de seguir bajo la vigilancia y responsabilidad del CURACA de su AYLLU.

Apenas iniciado el asentamiento de la colonización española en América, desde la docta Salamanca y durante veinte años hasta su muerte, se alza la voz acusadora del dominico Francisco de Vitoria (1486-1546), hombre de talento, considerado Padre del Derecho Internacional, abogando por los meros del aborigen pisoteado por los conquistadores.

En sus Relecciones "De Indis" y "De Juri Belli", resúmenes de sus conferencias y notables por la claridad del concepto y la valentía del discurso, se encuentra la palabra condenatoria y desafiante del célebre hijo de Alava. La voluntad de Vitoria por defender una noble causa merece ser puesta de relieve, pues traduce un empeño irreductible en bien del indio americano, empeño que no se arredra ni del trono, ni de los grandes ni de la Iglesia.

Vitoria pone el derecho de los pueblos por encima del derecho de los reyes y, como dice Angel Osorio, eminente jurista, en un estudio sobre el ilustre predicador (1943), "defiende la libertad personal de los indios atropellados y concibe la guerra un verdadero ordenamiento jurídico puesta por encima del capricho de reyes y emperadores". Más lejos, Osorio escribe este párrafo con visible desengaño: "La concepción es magna. Cuatro siglos han pasado y todavía estamos los hombres bregando porque el ideario del P. Vitoria llegue a vías de realidad lo cual por cierto, no parece estar nada próximo".

Vitoria manifiesta en la primera parte de sus Relecciones sobre las Indias, con audacia que debió atemorizar a muchos y enfurecer a otros: "aunque se admitiera que el Emperador fuese el señor del Mundo, esto no le daría derecho a ocupar las provincias de aquellos bárbaros, constituir allí nuevos príncipes, deponiendo a los antiguos y cobrar impuestos".

Declara después el ilustre catedrático salmantino que "Si los indios abrazan la fe cristiana y sus príncipes quieren impedirselo, los españoles podrán protegerlos aun con la fuerza; igual que si voluntariamente quisiesen someterse al dominio español para huir de la tiranía de sus señores. Asimismo los indios pueden entregarse a los españoles por título de alianza o comunidad". Vitoria iguala al indio con el español cuando habla de título para la convivencia de las dos razas, lo que excluye toda supremacía del conquistador sobre el común en términos jurídicos.

La notable obra del famoso dominico es un tratado de derecho y de moral avanzado para una época de estrechas miras, donde campea la Inquisición religiosa que invade la política. Este maestro de la humana comprensión admiraba y era fiel amigo de otro grande como él por sus prédicas de la tolerancia con la mas fina de las ironías, Erasmo de Rotterdam, el cual solía visitar a aquel en España.

Contraste de los destinos: Polo de Ondegardo se inclinaba a negar a los Incas derechos sobre el territorio que gobernaban, valiéndose de la prescripción pues, a su juicio, esos derechos no cabían por lo corto del tiempo de la expansión incaica, correspondiendo, en consecuencia, al Rey de España tomar las tierras y destruir a sus Incas. Aberración de un hombre de derecho, altamente considerado en el gobierno del Cuzco.

Por esos años, encuéntrase en el sevillano Fray Bartolomé de Las Casas (1474-1566), "Protector de Indios", una obra que procura materializar las enseñanzas de Vitoria, tal vez sin

conocerlas según afirman algunos autores. Porfiado en sus defensas de los aborígenes, apasionado y contradictorio, rompió lanzas donde estuvo y, a veces, fue desterrado de lugares en los cuales oficiaba. Rehusó el Obispado del Cuzco, luego no conoció el Perú del Inca. Pero el Obispo de Chiapas no puede ser olvidado cada vez que se habla de los sostenedores de los derechos del indio. La Corona, después de insistentes ruegos de Las Casas, autorizó dar curso a la importación de negros del África Occidental para reemplazar a YANACONAS y otros siervos de la gleba. Este prejuicio de las Casas contra el negro que le supone menor en la escala humana, corriente en esa época y aun posterior, no disminuye la obra del Protector de Indios. En su tratado "Destrucción de las Indias" (1552). cuyo título da la medida de su contenido, se hallan muchas de sus alegaciones contra los ataques, tan frecuentes de que fuera víctima.

A manera de un epílogo de sus trabajos sobre el incario, Víctor Wolfgang von Hagen, tantas veces citado, escribe: "Los Incas llegaron tarde..." Y al referirse a las "asombrosas" civilizaciones que existieron en la América meridional antes de los Incas —seguramente tiene en mente a Tiahuanaco, Chavin, Mochica y otras costeñas— declara que "la prehistoria de los sudamericanos es nebulosa" y añade que "ni una sola de sus culturas sabía escribir, ni siquiera conocemos con certeza el nombre de algunos de esos pueblos ni tampoco el de los Incas, porque esta denominación se aplica únicamente a sus gobernantes". Y termina afirmando que "Los registros en cordeles con nudos no significan nada sin la ayuda de los "rememoradores", profesionales que estaban capacitados para leerlos".

El escritor americano extraña que no aparezca en la historia el nombre de la estirpe que estableció la dinastía en el Cuzco. De Manco Capac, el fundador, que se traduce por Poderoso Jefe Supremo, no corresponde deducir el nombre patronímico de la familia reinante. La observación tiene, pues, algún sentido. La crónica no ha precisado que la dinastía al proceder de la gran meseta altiplánica pudiera haber llevado el nombre de la nación que le sirvió de cuna. Pero, después de todo, la observación puesta por von Hagen es extemporánea, una vez que la Historia ha acogido la palabra Inca no solamente como título de gobernante sino también como designación de esa dinastía que duró siglos sin buscar otro nombre.

"Llegaron tarde..." Sin duda, una vez que el incario habría requerido un lapso largo para alcanzar la consolidación del Imperio y elevar el índice de su cultura, particularmente la tecnológica. Más el destino marcaba ya el arribo de los españoles, envueltos en supersticiones pero abiertos a todas las aventuras. El proceso civilizador entre los Incas, aunque dió frutos sorprendentes, andaba retardado pues se encontraba en una etapa agrícola elemental. Del enfrentamiento de las dos culturas debía triunfar la más avanzada, la más profunda, la que daba mayor categoría al hombre y le encaminaba a superarse, partiendo del común.

Los Incas, nacidos en la hoya hidrográfica altiplánica, quedaron cortos en su evolución, netamente autóctona, hija del aislamiento y, por ello fueron débiles frente a los invasores del Viejo Mundo. Esta sentencia cubre a todo el continente de Colón, cuyos pueblos vivieron alejados los unos de los otros, dejando huella de su lento avance hacia culturas superiores. Sobre esta situación de inferioridad se hace un cargo a la implantación de una "historia oficial", según ciertos autores, porque dejó en la sombra la presencia de varias culturas anteriores, agravando con ello cierta política costumbrista y prudentemente innovadora de los últimos soberanos.

El incario en formación no fue superior a los pueblos vecinos: von Hagen lo expresa en estos términos: "esto es precisamente lo que hace fascinante su historia" ya que "con las mismas armas culturales" lograron la dominación de esos pueblos. Cabe pues inferir que los AYLLUS que se establecieron en el Cuzco al dar conductores más avezados que los de otras parcialidades, sintieron tentados por la aventura imperialista, modesta al comienzo y de pocas leguas en torno a la capital. Más disciplinados, mejor organizados y bajo mandos resueltos, vencieron a la larga e impusieron un Estado teocrático y autoritario que, sin embargo, probó su flaqueza estructural al contacto con otras fuerzas más calificadas, para la lucha y consolidación de sus hazañas.

Ampliando el horizonte de las investigaciones corrigiendo errores del pasado y rectificando enseñanzas de las tradiciones orales, ha constituido la tarea moderna de los que han escrito sobre el mundo incásico. Mejor que todo lo que yo pueda decir en esta materia, Josep H. Barnadas en su excelente estudio sobre los orígenes coloniales de "Charcas" (1973), escribe una suma acertada del Imperio que merece ser reproducida a continuación:

"1.- Dentro del pasado americano prehispánico, los Incas representan sólo el último eslabón cultural y político, cronológicamente insignificante en relación al conjunto del período.

"2.- La cultura inkaica sólo es comprensible a partir de las culturas que le prestaron innumerables elementos que sólo por referencia a ellas nos permiten delimitar el "plus" específico inkaico entendido como creación cultural.

"3.- Lo que se ha llamado el "Imperio de los Incas" queda trunco en su desarrollo por la invasión europea cuando trataba de adaptar sus estructuras sociales, económicas y políticas a la inédita situación de grandes dominios territoriales, incluyendo gran variedad de culturas, anexadas de forma violenta o pacífica.

"4.- Por tanto, resulta de todo punto impertinente empeñarse con dar con un inkario cuajado. Esto debe entenderse de las clases sociales con sus respectivas funciones públicas, de los distintos sistemas de tenencia de tierras, de la estructura administrativa, de la vinculación política de los diferentes grupos políticamente identificables dentro del Estado entre sí y con el poder central cuzqueño.

"5.- Por lo que toca al territorio charqueño, buena parte de él constituía frontera para los Inkas, línea extrema de dominio y comienzo de las culturas extrañas. En consecuencia, resulta ineludible hablar de Charcas Inkaica.

"6.- Finalmente una nueva realidad hasta hace poco también encubierta: las dataciones modernas de la secuencia expansiva nos enfrenta con un fenómeno de gran interés: al llegar los conquistadores castellanos durante la primera mitad del s. XVI, grandes extensiones incluidas bajo el gobierno inkaico se encontraban en intenso trance de aculturación e integración a los modelos culturales del Cuzco. Por tanto, un estudio etnohistórico de estos territorios nos enfrenta con una realidad doblemente compleja.

a) por la plasticidad de los propios modelos inkaicos, al pasar de las etnias al gran Estado territorial.

b) por las características mestizas, híbridas o de estado intermedio de evolución entre el punto de partida autóctono y la aculturación inkaica ".

La lentitud con que avanzó la política de adaptaciones dada la resistencia del AYLLU, centro conservador por excelencia, impidió que el incario acometiera una acción más resuelta en defensa propia y, de otro lado, diera un florecer más lozano de las instituciones, particularmente de la enseñanza, fuente del discernimiento.

El eminente historiador Arnold J. Toynbee, en "La Civilización Puesta a Prueba" (1952), escribe una sobria sentencia al sostener que "Tal como la conocemos, la civilización es un movimiento y no una condición; un viaje y no un puerto". Y después inserta este pensamiento: "pienso que las civilizaciones llegan a nacer y pasan luego a crecer gracias a respuestas exitosas a sucesivas incitaciones. Entran en colapso —concluye— y se desintegran cuando las enfrenta una incitación ante la cual fracasan".

El AYLLU no obró como fuerza de incitación hacia nuevas formas de convivencia o unitarias. Por el contrario, su naturaleza proporcionó más bien solidez y continuidad a las instituciones del Imperio, lo que, por una parte era garantía de estabilidad y, por la otra contrapeso a impulsos de remozamiento.



La coya del inca. Era de sangre real y con frecuencia hermana suya. De un dibujo por Felipe Guamán Poma de Ayala

XVII

Trazada someramente la imagen del Tahuantinsuyo, efímero en la inmensidad del tiempo y grande en el espacio de un siglo, viene a la mente una pregunta cuya respuesta afirmativa valdría por todas las glorias imperiales. ¿Fue feliz el hombre del común, el HATUNRUNA, el MITAYO, el YANACONA? ¿Gozaron éstos de ese estado anímico que proviene de la satisfacción de poseer o lograr un bien deseado, una situación apetecida, una seguridad obtenida lejos de temores?

Dos opiniones coincidentes con otras muchas, distantes en el lapso de casi tres siglos, dan una medida de lo que pudo ser la existencia amenguada del indio, pero no tocan el aspecto anímico de la cuestión, generalmente puesta de lado por cronistas e historiadores. Es que en esto de la felicidad del ser humano se entra en el mundo de las deducciones, de las suposiciones, importando más ese otro, el de los acontecimientos ocurridos y de las acciones de los hombres.

El Padre Martín de Murúa (1590), al hablar de la condición del indio, la resume así: "la igualdad en la pobreza hacía a todos los hombres ricos". De su parte, Prescott, no es menos tajante cuando dice: "La gran ley del progreso humano no le alcanzaba. Como nacía, estaba destinado a morir".

En estas sentencias que inciden en dos ángulos de la encuesta; la pobreza y el estancamiento, se perfila lo que el indio debía aprehender de una felicidad nacida de un estado material sin horizonte. Nadie discute la limitación del punto de vista así expuesto para juzgar sobre algo más allá de las ocurrencias históricas. De ahí que a esas dos opiniones es preciso añadir otra que, en cierta forma, las contradice porque toma más de cerca al indio, como ya se advirtió al tratar el tema del AYLLU. La frase de Valcárcel al efecto, merece ser reproducida una vez más:

"Son muchos miles de AYLLUS los que ocupan el quebrado territorio, en cada repliegue, en cada hoyada, en el regazo de las montañas, a orillas de los ríos y de los lagos; allá pueden plantar y cosechar, vivir plácidamente un año tras otro hasta hacerse viejos y morir sin angustia".

Esta frase pinta una vida en extremo modesta en el marco estrecho entre la siembra y la cosecha y por ello impregnada de la placidez clásica de las faenas simples del campo que llevan al labriego —donde sea que se encuentre— a un desenlace sin amargura. Alegaban la jornada del labrador fiestas y diversiones señaladas en su calendario agrícola. La referencia comentada

cae sobre el HATUNRUNA, quedando pendiente la pregunta puesta al principio de este capítulo al MITAYO y al YANACONA.

Considerado el tema desde otra dimensión, la de la igualdad en las normas de las faenas y en la obtención de los bienes indispensables para la existencia, garantizados desde arriba como reguladas tantas otras actividades, se producía una condición igualitaria para todos, lo que podía llevar al indio a cierta íntima complacencia que debía aportarle algún aliciente.

Pero faltábale al común el ejercicio de la libertad, traba que cortaba el vuelo de su expansión hacia mejores caminos, aunque fuera preciso anotar que el indio no parecía inclinado a salirse del cerco de su vida.

Había más: la justicia, tercer elemento componente de una definición acerca de un estado que procuraba asentimiento general sobre las formas del diario vivir y la consiguiente satisfacción. Era igualitaria en el incario para grandes y pequeños, severa y hasta cruel. Si la pena era la misma para cualquier delincuente, por dura que fuese, no brotaba la queja por inocua. De ahí que resulte prematuro todo juicio que afirme la infelicidad del común sin reparos ni diferencias.

La felicidad se encontraba entonces entre tres elementos, la igualdad, la libertad y la justicia sobre los cuales cabía construir esa satisfacción interior permisible hasta cierto grado, que daba al indio un precio invalorable al paso de sus días.

El indio no era individualista y la ventura de la libertad —el primero de aquellos elementos— no pesaba ciertamente en la balanza de su destino acaparado por el AYLLU absorbente. Bastábale la posesión de su tierra, pues si uno se atiene a lo que escribe Guillermo Prescott, sobre la tenencia del suelo, valía como propia. Seguidamente declara el historiador americano que "cada nueva repartición del territorio confirmaba la posesión del que lo ocupaba y la posesión de un año se convertía en posesión para toda la vida".

Por carencia de un elemental concepto de libertad, fuente del sentido vital que el ser humano da a su existencia, el Imperio fue débil frente el invasor. Acerca de ese concepto de libertad, tema de meditaciones sin fin y de luchas desde que aflora la conciencia en el hombre, hay claridad en lo que enseña Bertrand Russell, filósofo de renombre en "Autoridad e Individuo" (1950), usando una simple pregunta que toca el meollo del problema: ¿"cómo podemos combinar —dice— el grado de iniciativa individual necesario para el progreso con el grado de cohesión social indispensable para sobrevivir?". Y después, a manera de axioma, enuncia esta verdad: "la excesiva falta de libertad trae consigo el estancamiento, y la libertad excesiva el caos". Las reflexiones transcritas no dejan de ser conclusiones, lo que resta es darles valimiento para lo cual será menester, según palabras del mismo Russell, "concesiones y ajustes".

Con juicio severo Luis Baudin termina sus observaciones sobre la vida de los súbditos del Imperio, resumiéndolas con estas palabras que rebaten, en el fondo, el avance del progreso en el incario y sus previsiones: "En América no se obtuvo una supuesta felicidad más que a costa del aniquilamiento de la personalidad humana". Esta aserción rechaza toda posibilidad de un socialismo —que el mismo Baudin predica— en el Imperio de los Cuatro SUYOS.

Nada narra con más agudeza la realidad vivida por el campesino, cualesquiera que fueran las rebeldías de sus CURACAS y aún de los últimos príncipes del reino, que la siguiente interpretación del pensador peruano, José Carlos Mariategui: "la organización colectivista regida por los Inkas había enervado en los indios el impulso individual, pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social".

La apreciación de Mariategui deja al descubierto la secante rutina a que se hallaba sometido el labriego y otros del común y ello lleva a recordar un juicio del ilustre educador americano, John Dewey, en "Naturaleza Humana y Conducta" (1964), acerca de un aspecto básico del problema: "El hombre libre preferiría correr riesgos en un mundo abierto que sentirse seguro en uno cerrado".

Pudo existir cierta libertad objetiva en los del común pero difícil es concebir una libertad subjetiva, vale decir, ansias de ser libres en estos hombres y aun en muchos de los que dirigían la marcha del vasto reino.

El profesor Valcárcel da también la primacía a la satisfacción de las necesidades esenciales del hombre y, al efecto, suscribe este punto de vista el cual, sin embargo, parece ir más allá de su simple afirmación. Dice:

"Podemos, con profunda satisfacción, sostener enfáticamente que está probado de manera absoluta que el Estado Imperial de los Incas, fue la gran empresa por el Bienestar Universal. Que fueron los Incas que comprendieron, como ningún otro pueblo lo ha hecho en el mundo, que la prioridad número uno en toda sociedad organizada debe ser la plena satisfacción de las necesidades primordiales del hombre, como ser biológico, es decir, que la economía es el orden de actividad cultural básico".

Valcárcel sostiene que los Incas lograron erradicar totalmente "el hambre y la miseria" del reino, pero cabe preguntar qué hubo de pagar el gobernado por tamaña merced o felicidad impuesta? La tesis del autor de "Historia del Antiguo Perú" demanda ser reproducida:

"No se trata de creaciones inconexas, fruto de la improvisación, sino de estructuras consolidadas que permitían un funcionamiento regular del gran organismo del Estado, concebido como la expresión del ETHOS de la sociedad incaica. Una canalización perfectamente racionalizada para aprovechar de todo el potencial humano y de los recursos naturales en directo beneficio del íntegro de la colectividad. Un Estado que tiene por finalidad asegurar el bienestar universal. Una sociedad que se disciplina, coordinando todos sus actos en forma tal que no contradicen el sistema. Y en la base, como piedra angular, el trabajo. Auténtica "república de trabajadores"

Hay más de una realidad en la exposición del profesor peruano, pero no es en su conclusión del "bienestar universal" y de esa "república de trabajadores" que radica lo mejor de la obra de los Incas, una vez que se funda en la explotación severa del trabajo, excluido de beneficios que "pudieran llevar al hombre más allá de su condición de terrícola de por vida. El propio Valcárcel expresa sobre la parsimonia en el consumo esta verdad contraria al bienestar que proclama: "nada que pudiera significar derroche o uso excesivo valía", y subraya: "lo necesario y nada más que lo necesario era su regla de oro".

Lo que escribe Valcárcel obliga a reiterar lo dicho antes y agregar que no cabe hacer un cargo a la administración imperial por esa modicidad impuesta a los habitantes del incario, una vez que ella era la resultante de una política de previsión. El cálculo de los QUIPUCAMAYOC fijaba las reglas del consumo y, como sucede siempre, la costumbre de pasar una existencia sobria y sacrificada se hacía norma que formaba ya parte de la vida.

Sin embargo, esa parsimonia acusa un grave problema de desequilibrio entre la producción y el consumo, el cual, sin lugar a dudas, tuvo que ser el mayor del reino, el más apremiante. De ahí las rigurosas medidas de previsión, pues las crónicas afirman que los almacenes fiscales se encontraban con muchas vituallas y otros bienes.

Al poner punto final a estas cortas anotaciones político-sociales de un Imperio ya de leyenda, me inclino a creer que el hombre del agro fue feliz en su ambiente pues otro no conocía, asegurada como estaba su alimentación y techo. En un mundo sistematizado hasta en la intimidad del diario vivir, el Inca —hombre de su raza— era la providencia misma, la paz interior al precio de cosas no aparecidas por ignoradas. El medio era duro, la agricultura elemental con pérdidas frecuentes, la parquedad dominaba su existencia, más el trabajo redimía su jornada de labrador que adoraba a la Pachamama, la buena madre de la tierra de los humildes.

Pero la situación de MITAYOS y YANACONAS no puede ser tomada en condiciones iguales a las del HATUNRUNA, a menos que aquellos fuesen destinados a labores agrícolas u ocupaciones artesanales y aun así, mas para la mayoría, transplantados a la fuerza lejos de sus tierras nativas o sujetos a trabajos sin recompensa, la vera de la felicidad apenas si existía porque su vida era la imagen de la sumisión entera del hombre a un destino adverso.

La Paz, 1980

BIBIOGRAFIA

- Padre Acosta José de -La Natural y Moral Historia de las Indias -citado por Clements Markham.
- Abecia Valentín -Las Relaciones Internacionales en la Historia de Bolivia -La Paz -1979.
- Alegría Ciro -El Mundo es Ancho y Ajeno -Santiago de Chile -1940.
- Amat Herman y C. Huaman -Los Antiguos Pueblos del Perú -Lima -1965.
- Ameghino Florentino -La Antigüedad del Hombre en el Plata -Buenos Aires -1918 -Doctrina y Descubrimiento -Buenos Aires -1923.
- Arze José Antonio -Sociografía del Inkario -La Paz - 1952
- Ballivián Manuel Vicente -Adolfo Bandelier y sus Investigaciones -La Paz -1899.
- Baudin Luis E. .El Imperio Socialista de los Incas -Santiago de Chile. 1943.
- Barnadas Josep M. -Charcas. 1536 -1565 -La Paz -1973
- Barros Arana Diego -Historia General de Chile -citado por Luis Paz Vásquez.
- Bingham Hiram -Lost City of the Incas. Nueva York, 1970
- Brinton Daniel - citado por Belisario Díaz Romero.
- Bram José -An Analysis of Inca Militarism -citado por Alden Mason
- Bunge Carlos. citado por Alberto Zelada .
- Padre Cabello Balboa Miguel -Histoire du Peru -citado por Luis Valcárcel.
- Padre Calancha Antonio de la -Crónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú -(1638) Los Cronistas de Convento -Biblioteca de Cultura Peruana -París -1938.
- Camacho José María -Historia de Bolivia -La Paz -1951
- Castro Américo -El Pueblo Español -Revista Panorama No. 14 -México, D.F., 1965.
- Cieza de León Pedro -Crónicas del Perú, 1630 -1560 -citado por Luis Valcárcel.
- Padre Cobo Bernabé -Historia del Nuevo Mundo -1653 -citado Luis Baudin.
- Condarco Morales Ramiro -Protohistoria Andina -Oruro - 1967
- Cossio del Pomar Felipe -El Mundo de los Incas -Fondo de Cultura- Económica- México D. F.1969.
- Coulanges Fustel de -La Cité Antique -París -1917.
- Crespo Rodas Alberto y colaboradores: René Arze Aguirre,
 Florencia de Romero, Mary Money -La Vida Cotidiana de La Paz -1800-1825 -La Paz, 1975.
- Cúneo Vidal Ramiro -Del Concepto del Ayllu .1914 -citado por Alden Mason.
- Cunow Heinrich -citado por Luis Baudin.
- Dewey Juan -Naturaleza Humana y Conducta -Fondo de Cultura Económica -México D.F. 1964.
- Díaz Romero Belisario -Ensayo de Prehistoria Americana -Tiahuanaco y la América Primitiva -La Paz, 1920.
- Diez de Medina Fernando -Ollanta, el Jefe Kolla -La Paz - 1970
- D'Orbigny Alcide -L'Homme Americain .citado por Bautista Saavedra.
- Durkheim Emilio -El Socialismo -Santiago de Chile, 1932.
- Finot Enrique -Nueva Historia de Bolivia -Buenos Aires -1946.
- Garcilaso de la Vega Inca .Páginas Escogidas -Biblioteca de Cultura Peruana -París -1938.
- Padre Gómera Francisco López de -Historia General de las Indias -Barcelona -1965.
- Guzmán Augusto -Breve Historia de Bolivia -Enciclopedia Boliviana -La Paz -1969.
- Hagen Víctor W. - El Imperio de los Incas -México D. F. 1973 The Desert Kingdoms of Perú -Nueva York. 1968.
- Humbolt Alejandro von. Vue des Cordilleres et monuments des peuples indigenes de l'Amerique -citado por Guillermo Prescott.
- Ibarra Grasso Dick Edgard -La Verdadera Historia de los Incas La Paz -1969 -Enciclopedia Boliviana.
- Prehistoria de Bolivia -La Paz -1973 -Enciclopedia Boliviana.
- Padre Las Casas Bartolomé de -citado por Luis Baudin
- Lewin Boleslao -La Insurrección de Tupac Amaru -Buenos Aires -1963.
- Loon Hendrick van -Tolerancia -Buenos Aires -1945.
- López Fidel -Les races aryennes du Pérou -citado por Luis Baudin.
- Maeterlink Mauricio -La Vie des Abeilles -París .1901
- Markham Clements R. The Incas of Perú .Lima -1967.
- Mariategui José Carlos -Siete Ensayos de la Realidad Peruana -citado por José Antonio Arze.
- Mason Alden Juan -The Ancient Civilizations of Perú -Fi- ladelfia .1964.
- Means Ainaworth Philip -citado por Alden Mason.
- Miranda José, Jimenez Moreno J. y Ma. Teresa Fernández -Historia de México D.F. 1977.
- Molina Cristóbal de -Ritos y Fábulas de los Incas -citado por Luis Valcárcel.
- Montanelli Indra .Historia de los Griegos -Barcelona -1969
- Padre Montesinos Fernando de -Memorias Antiguas Historiales y políticas del Perú -1644 -citado por Luis Valcárcel.
- Padre Muroa Martín de .Historia del Origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú -citado por Ibarra Grasso.
- Ondegardo Juan Polo de -los Ritos y Leyes de los Incas - citado por Clements Markham.
- Osorio Ángel -El Pensamiento Vivo del P. Vitoria -Buenos ", Aires -1943.
- Otero Gustavo Adolfo -Prólogo a la Lengua de Adán de Villamil de Rada -Biblioteca Boliviana -La Paz 1939.
- Pacheco Zegarra Gabino .Introducción al drama de Ollantay- literatura Inca -Biblioteca de Cultura Peruana -París 1938-,(Traductor de la obra al francés,1878).
- Paredes Rigoberto .El Kollasuyo .La Paz .1971.
- Paz Vásquez Luis .Historia General da Alto Perú hoy Bolivia -Sucre. 1919.
- Pinilla Sabino -La Creación de Bolivia -Madrid -1917.
- Poma de Ayala Huaman Felipe -La Primera Nueva Crónica y Buen Gobierno -citado por Luis Valcárcel,
- von Hagen. Pomansky Arturo -citado por Rigoberto Paredes -Las Cerámicas Eróticas de los Mochicas y su relación con los cráneos occipitalmente deformados. La Paz .1926.
- Prescott Guillermo -Historia de la Conquista del Perú -Buenos Aires -1955.
- Real de Asúa Santiago -El Plan Copesco y la cultura incaica -"El Diario" de marzo 11 de 1976.

Reynolds Gregorio -Poetas Contemporáneos de Bolivia de José Eduardo Guerra. La Paz .1920.
 Riva Agüero José de la -Elogio del Inca Garcilaso de la Vega .San Marcos. Biblioteca de
 Cultura Peruana –Paris 1938
 Romero A. G. Gonzalo -La Conquista de Nueva Toledo - La Paz, 1976.
 Rowe Howland Juan -citado por Alden Mason.
 Russell Bertrand -Autoridad e Individuo -Fondo de Cultura Económica -México D.F. 1950.
 Saavedra Bautista. El Ayllu -Paris -1913
 Salinas Buenaventura -Memorial de las Historias del Nuevo Mundo -1630 .citado por Luis Valcárcel.
 Sanchez Luis Alberto. Garcilaso Inca de la Vega -Santiago de Chile -1945.
 Santa Cruz Pachacuti Juan de .Citado por Clements Markham en An Account of the Antiquities of Perú.
 Sarmiento de Gamboa Pedro. Historia de los Incas .citado por Luis Valcárcel, von Hagen, Markham.
 Taborga Miguel de los Santos -citado por Belisario Díaz Romero
 Tello Julio C. citado por Alden Mason.
 Teja Zabre Antonio -Historia de México -México D.F. 1935.
 Toynbee Arnold .La Civilización Puesta a Prueba -Buenos Aires -1952.
 Uble Max .citado por Alden Mason
 Valcárcel Luis E. .Historia del Antiguo Perú -Lima -1964.
 Padre Valera Blas. citado por Garcilaso de la Vega
 Vásquez de Espinosa Antonio. Compendium and Description of the West Indies- Washington. 1942.
 Vega Juan José -La Guerra de los Viracochas -Lima - 1969.
 Padre Velasco Juan de -citado por Luis Baudin.
 Villamil de Rada Emeterio -La Lengua de Adán y el Hombre de Tiahuanaco Biblioteca Boliviana. La Paz. 1939.
 Ward Lester F. Compendio de Sociología -Madrid -1914
 Wilder Thornton .The Bridge of San Luis Rey -Nueva York. 1939.
 Zelada Alberto. El Kollasuyo .Sucre -1933.

© Rolando Diez de Medina, 2006
 La Paz – Bolivia

[Inicio](#)